HORA Y DES HORA

Mariano Picón-Salas

Tomamos del prólogo a la traducción inglesa del libro "De la Conquista a la Independencia" de Mariano Picón Salas, hecha por el profesor Irving A. Leonard (University of California Press and Cambridge University Press - London, England) el siguiente juicio:

"...Mariano Picón Salas is a Venezuelan prose writer of great distinction and a Spanish American master of the essay, a literary form more widely and successfully cultivated in his part of the world today than in the United States. He is, moroever, a versatile writer with numerous short stories and novels to his credit, including "Viaje al Amanecer" (Journey to the Dawn), "Registro de Huéspedes" (Guest Register), "Odisea de Tierra Firme" (Maindland Odyssey) and "Los Tratos de la Noche" (Night Deals); also, in illuminating biographies he evokes with scholarly imagination the lives of the precursor of Spanish American Independence, Francisco de Miranda, and of a saintly protector of Negro Slaves in colonial New Granada, Pedro Clavier. The history of literature and of the fine arts has claimed the attention of his pen, but possibly its most impressive products are his broadly based cultural and sociological studies of which "De la Conquista a la Independencia" is, perhaps, the finest. His most recent book is the autobiographical "Regreso de tres Mundos" (Return from three Worlds) which admirably combines ideas and incidents of his own generation with historical and cultural

HORA Y DESHORA

MARIANO PICON-SALAS

HORA Y DESHORA

TEMAS HUMANÍSTICOS
NOMBRES Y FIGURAS
VIAJES Y LUGARES

□

Publicaciones del Ateneo de Caracas
Caracas — 1963

Impreso en Venezuela / Editorial Arte, Caracas

Hora y deshora es casi siempre el trabajo del escritor. Si como todo ciudadano, vecino o contribuyente, tiene que vivir en la hora: la de conocer y tratar a sus contemporáneos, votar en las elecciones, pagar los impuestos y leer el periódico, con frecuencia —y como corroboración del valor de la vida, como norma, teleología o simple placer estético— requiere escaparse a esa "deshora" que ya no se marca en los relojes públicos. Tenemos pasado y tradición, y ella también permite entender el presente. El ejemplo de otros libros, otros hombres, otras instancias y circunstancias, nos quita un poco de presunción y soberbia, nos hace entender con más modestia y acaso con más escepticismo, nuestra limitada condición humana. También nos hace ganar amigos y buena compañía, generalmente más discreta, que la de esas gentes ruidosas que se disputan a codazos un sitio en los espectáculos, y cuando media su propio provecho no vacilan en sacrificar o calumniar al prójimo. El Humanismo —de que se habla con insistencia en estas páginas— no es sino una forma superior de tolerancia, moderación y conducta. Cada hombre que aspira a llamarse civilizado, debe forjar su propio Humanismo, su norma estética y moral, aunque haya olvidado el Latín e ignore los discursos de Cicerón. La civilización no ha abolido completamente los sacrificios humanos que existieron en toda prehistoria o toda protohistoria, y simplemente los llevó a un plano de común envidia y de lucha por la primacía, el dinero o el prestigio. Salimos desnudos del vientre de nuestra madre, pero ya lanzados al "gran teatro del mundo", queremos arrancar a los otros el vestido y la máscara de la figuración. Disfrazados, así, para nuestra función u oficio público, sólo un momento de amor veraz

y de transporte poético o religioso, parece devolvernos nuestra autenticidad antropológica. Nos confesamos con la mujer que amamos —toda confesión es el humilde reconocimiento de la fragilidad humana— o refractamos nuestra angustia, euforia o zozobra, en el poema o el libro que nos estremecieron. Es el momento en que nos pueden consolar Shakespeare o Cervantes. Si toda sociedad dogmática y estratificada en sus convenciones, desconfía de los escritores, los poetas y los artistas, es porque son ellos los que más allá de toda contingencia o presión estrictamente contemporánea pueden evadirse a otra zona de fantasía y de libertad y rescatan al hombre contra los prejuicios de la tribu.

Nuestra obligación de servir a la "hora", como ciudadanos o militantes, no nos quita ese sueño poético de la "deshora", de tener junto al presente la nostalgia de lo "intemporal". Porque la mayoría de las gentes en nuestros países todavía inorgánicos, viven demasiado prisioneros de la contingencia y la necesidad inmediata, acaso nos toca a los escritores ser los abogados de ese otro mundo imponderable, jamás cuantificado, que los filósofos denominan "valores" y que nada tienen que ver con los de la banca y las letras de cambio. Son los únicos "valores" que crea y descuenta la conciencia. Hacemos a veces —y se observará en estas páginas— un periodismo de ideas para enseñar a las gentes que más allá del "apremio de la hora" hay una esfera superior de belleza, razón y justicia. ¡Cuántas gentes acosadas, fanáticas o sobrexcitadas, podrán aprenderlo! Pero la mente del hombre reflexivo es la primera potencia liberadora y trae al espíritu el testimonio de otras almas que después de recorrer su obligada porción de laberinto o luchar como Jacob con los incómodos ángeles de la noche, encontraron, por fin, la claridad. Si la cultura sirve para algo es para canalizar el desorden y el frenesí.

Tiempos de varia dimensión y jaez, hora y deshora, temas actuales y temas inactuales, libros y autores releídos, gentes y lugares que me impresionaron, coinciden casi arbitrariamente en las páginas de este libro. Si no las dejé morir del todo en las columnas de los periódicos en que aparecieron, es porque acaso pensé —ingenua o vanidosamente— que to-

davía daban tema de meditación más prolongada, que una pequeña enseñanza podían ofrecer. ¿Frente a obras más cohesionadas y orgánicas, no realizamos en esos artículos o pequeños ensayos una como labor enciclopédica de leer, juzgar o interpretar para los otros? Es parte de esa función de servicio que también cumplen las letras en países como los nuestros, donde la Cultura no puede todavía encerrarse en el más hermético especialismo, y a cada escritor se le está pidiendo cada día, cada hora, su resumen particular del mundo. Quizá aún pueden ser útiles en América lo que en el sabroso idioma del siglo XVI se llamaban "silvas de varia lección".

MARIANO PICÓN - SALAS

HUMANITAS

Una encuesta reciente de la UNESCO vuelve a poner en discusión el tema de las Humanidades clásicas y el papel que todavía pueden ellas cumplir en el mundo científico y tecnificado de nuestros días. ¿No le restamos al hombre de hoy un precioso tiempo que destinaría a la Física y a la Química, al cada día más complejo artilugio tecnológico que gobierna la civilización, cuando imponemos larga consideración en los programas escolares a las lenguas muertas, a Sófocles y a Lucrecio, a cuanto de hermoso se escribió y soñó sobre la humanidad en los veinticinco o más siglos que nos separan del clasicismo helénico? Y profetas excesivamente modernos llegan a vaticinar que ciertos instrumentos tradicionales de la Cultura, como los libros y la buena conversación, habrán de desaparecer o perder su importancia, cuando podamos pedirle a un "robot" lo que ahora consultamos en una Enciclopedia; y cuando las imágenes del Cine y la Televisión parezcan más veraces que cualquier tratado de Historia. Ya hay una infantil y menesterosa cultura de "muñequitos" y "tiras cómicas" en que las caricaturas de Sancho y Don Quijote intentan sustituir a la prosa de Cervantes. Otras revistas de gran circulación en los Estados Unidos quieren "deshidratar" la Literatura; tratarla con la misma manipulación con que se reduce el peso de las legumbres y las frutas, y condensan a Dickens y a Carlyle, quitándoles metáforas o epítetos que se consideran innecesarios, para ofrecerlos en el más chato e inocente estilo de oficinista. Ver rápidamente; hacer no importa qué cosa, moverse de un sitio a otro, más que reflexionar, parece el ideal de

vida de muchos contemporáneos. Los centenares o millares de horas de vuelo sustituyen hoy las que antes podían destinarse a la meditación y la lectura. Cualquier empleado de tienda de New York y Chicago, pudo estar en Creta y en Micenas, en Tebas y en Heliópolis, aun ignorando la existencia de Homero y Herodoto. Y quienes todavía leen los venerables libros de la antigüedad, apenas podrían acompañar, como fatigados cicerones entre las ruinas, a los mercaderes prósperos, o enseñar aquellas cosas que se están tornando inútiles —por muy poca paga— en un liceo de provincias. El humanista se está convirtiendo en un hombre maniático, de traje raído, seguido de sus milenarios espectros y repitiendo hexámetros, en una sociedad que busca emociones más aceleradas.

Si sobre la importancia educativa de las Humanidades pidiéramos un juicio al viejo profesor de Latín, que fuera de su Virgilio no encuentra otro sistema de salvación espiritual, o, por el contrario, al tecnócrata empecinado, que desdeña lo que no se puede reducir a ecuaciones y no se resuelve en estructuras mecánicas y caballos de fuerza, lograríamos respuestas muy contradictorias y radicales. El primero protestaría del escaso tiempo que ya se destina en el Liceo a las "Eglogas" o las "Catilinarias", como el orgulloso tecnólogo las suprimiría del todo en los horarios escolares. Y también el debate de las Humanidades en el mundo presente parece trocarse entre los que creen que casi todo ya se dijo y todo se repiensa, y los que —como los constructores bíblicos de la Torre de Babel— suponen que las empresas de la Historia nacen con ellos. Es una discusión ya tan antigua que uno de sus episodios más recientes aconteció en la Francia de Luis XIV, entre aquellos eruditos de monstruosa y engargolada peluca, que se sentían más geniales que los griegos porque habían vivido muchos siglos después. Y parece equiparable peligro el del maniático de la tradición que piensa que el concepto de belleza se detuvo en Fidias o en el Renacimiento italiano, como el del hombre modernísimo, que supone que su automóvil, su nevera, su máquina de calcular y su decoración abstracta, le dan primacía de agudeza o inteligencia sobre cualquier otro Adán

que antes poblase el planeta. A veces, en nuestra madurísima civilización, parece que las cosas se hubieran hecho superiores a los hombres y nos amenaza una subversión de los objetos como la que ya destruyó una primera especie humana en la trágica leyenda religiosa de los mayas.

Pero también semejante debate se colora del unilateral prejuicio de que unos valores excluyen a los otros, como si el goce y seguridad con que se maneja una máquina debiera inhibirnos de leer a Cervantes. O la tendencia pragmática y especializadora enclava el hombre al yugo de su oficio, cerrándole otros caminos de deleite y liberación. Cuando Spinoza tallaba cristales en su tiendecilla holandesa y cuando el señor Goethe, con verde y condecorada casaca, recibía en su despacho de Ministro, no pensaban que esas funciones les impedirían ser, también, filósofos y poetas. En nuestros días, Paul Claudel pudo escribir excelentes informes comerciales sobre precios y mercados, que tampoco eran obstáculo para su labor poética. Más que sobre la incapacidad del espíritu para acercarse a diferentes comarcas de la Cultura, el especialismo exclusivista de nuestros días radica en la exigencia económica de tratar al hombre como máquina monoproductora. Es una "taylorización" de la inteligencia, análoga a la que se impuso en el trabajo obrero. Y en la tierra del más pretencioso especialismo como los Estados Unidos, el desequilibrio psíquico que produce con frecuencia la esclavitud de una sola tarea, se quiere curar con el "hobby". ¿Qué "hobby" tiene Ud.?, preguntan los psiquiatras a sus enfermos, como si les fuera preciso tornar a los juguetes de la infancia; como si el espíritu no se hubiera hecho adulto por el desenvolvimiento armonioso de sus funciones. Y el financista cansado, trabajará como mal carpintero cuando dejó su junta de accionistas, o se empeña en construir con el plano que apareció en un "magazine" la pequeña canoa que zozobrará en un arroyuelo próximo. La sensibilidad y la curiosidad espiritual que no encontró oportuno cauce, busca estos sustitutivos de desesperación. Es un mundo de cuerpos ocupados y de almas vacías.

No me atrevo a decir que las Artes, la Historia, la Poesía, constituyan infalible panacea para las neurosis de nues-

tro tiempo. Pero cuando le damos a la Educación un fin que supere lo utilitario y pragmático, cuando queremos formar hombres y no sólo mercaderes, parecen ofrecernos las Humanidades una olvidada Pedagogía de la felicidad. De tanto forzar al hombre para que sea una máquina productora, nos olvidamos del tranquilo y continuo goce que dan —para quien aprendió a gustarlos— los libros y las obras de arte. O prisioneros en la contingencia de lo material, que se traduce en salario, horas de oficina, requerimiento de nutrición, casa y vestido nos asomamos a otro mundo que supera la fatalidad de lo cotidiano a través de los filósofos, los poetas, los artistas. El pensamiento logra una fuga espacial más larga y de "tempo" más intenso que los más rápidos aviones de propulsión a chorro. Y ser testigo, no sólo de lo coetáneo, sino de lo que ocurrió y se vivió dramáticamente en Atenas, en Roma, en Florencia; en aquel castillo perigordiano, donde Montaigne reflexionaba sobre la fragilidad de nuestra condición de hombres, es el elogio más sencillo, más desprovisto de Retórica, de esto que han llamado las Humanidades. Con esos personajes que escribieron los mejores libros, formamos el Club más exclusivo. Virilmente ellos nos enseñan la belleza y el horror —y cualquier enseñanza humanística sería incompleta sin ambos lados de la máscara— para darle a la vida otro fin que el puramente hedonista de la nutrición, el sexo o el dinero. No estamos en el mejor de los mundos posibles, pero tampoco estamos en el irremediable, es acaso la respuesta cautelosa del humanista que aspira a equilibrar en el oficio de vivir el espanto y la belleza ejemplarizantes que comporta la Historia. No es sólo goce estético, sino norma y juicio moral. Una existencia que negara el sentimiento trágico, sería infantil y azucarada, víctima de toda sorpresa, asépticamente confortable y, por lo tanto, idiota, como la que pintó el novelista americano en su retrato de Mr. Babbitt.

Cuando el concepto de "Humanitas" se incorpora a la Cultura mediterránea —como en la definición de Cicerón—, ésta lleva implícito un designio de libertad espiritual. "Humanitas" es el vínculo que une a los hombres por sobre su condición de extranjeros y ciudadanos; de libres y esclavos;

es la razón superior que salta sobre las fronteras artificiosas de sangre, Estado y dinero, que erigieron las clases y los poderes dominantes. Cuando los libertos griegos empiezan a enseñar en las casas de los quirites romanos los versos de Homero o los textos platónicos, se cumplía en el alma antigua un primer proceso de conciliación universalista. Se formaba contra la crueldad de las guerras, el recelo de los romanos y bárbaros, de patricios y plebeyos, una primera sociedad de los espíritus que parece precursora de aquella "comunión de los santos" en que se empeñará la utopía cristiana. Era una nueva imagen del hombre y de la Cultura, que combatía contra el particularismo racial y religioso y fijaba al individuo una comunidad más amplia que la de su ciudad y su liturgia. Aun el derecho quiritario —expresión de una clase ávida, fuerte y opresora— se impregna de nuevos valores éticos.

No es fácil decir —como quiere la UNESCO— si la concordia de las Humanidades con la Ciencia y la Técnica que parece imponer la época, deba hacerse sacrificando lo que ahora se enseña de lengua y literaturas clásicas, para sustituirlos con cursos de Física nuclear o manejo de los más complicados "robot". O que el Griego y el Latín, lenguas abuelas de la Cultura de Occidente, se releguen en las Universidades y Colegios a cursos opcionales para muy pocos con un valor educativo semejante al del juego del polo, las danzas orientales o el folklore de determinada provincia. Lo que importa no es la cantidad de autores que pueda absorber el estudiante, sino el espíritu y la agudeza con que lo haga. Y quien no tenga tiempo de aprender Griego y Latín, que se contente con estudiar sus propios clásicos o los de las lenguas modernas más vecinas. Si aún le sobra ocio, descubrirá que todavía —a dos milenios de distancia— es un placer leer a Virgilio. Quizá —como lo dice Ernest Robert Curtius en un libro reciente—, la demasiada Historia y erudición sobre el pasado de la Humanidad, que ya parece inasimilable en un programa didáctico cualquiera, deba sustituirse en una época próxima por nuevas síntesis o por grandes mitos del hombre, donde lo puramente noticioso se sacrifique a lo significativo y ejemplar. Tal vez en este depó-

sito inmenso de conocimientos que ya hace explotar las bibliotecas, los sabios de una nueva Alejandría, los escolásticos de otra edad, tengan que preparar otros escolios y "Summas"; claros balances y estados de cuentas del saldo de la cultura humana; y el estudiante del año dos mil comience a ignorar —para reemplazarlas por otras— muchas noticias que preocuparon a los antecesores. ¿No lo hicieron así todas las épocas? ¿Cuántos autores cuyo mensaje se agotó, mueren cotidianamente en las páginas de las Crestomatías? Quizá —como parece anteverlo Curtius— el mito de Prometeo, la leyenda de Edipo o un mármol del Erectión, nos expliquen más esencialmente la cultura griega que muchos libros atiborrados de hoy, y lo que en los conocimientos actuales se nos presenta como dato erudito y abrumador, necesitará alquitararse en la ficción poética, en una nueva explicación mítica del destino humano. Pero esto mismo fija la eternidad de la Poesía frente a las Ciencias y técnicas cambiantes. Y el sueño y añoranza de una "Humanitas" que consuele la angustia del hombre, que lo haga partícipe, sobre los siglos, de la sociedad de otras almas, no ha de desaparecer aún entre las más logradas invenciones de la Cibernética. A través de bellos versos y bellos cuentos, pensando de nuevo en Gilgamesh, en Prometeo, en Fausto, verá el hombre un espejo de la eterna zozobra y tentación de la diáspora terrestre. Si el hombre en comunidad necesita una máquina, el hombre en soledad acaso prefiera un poema. Hasta el aséptico Mr. Babbitt cantaba una trivial canción al afeitarse todos los días. Y los novelistas, los poetas, los dramaturgos y hasta los psiquiatras, saben bien que por las calles de nuestras ciudades populosas, todavía pueden encontrar Edipos y Orestes como en una tragedia clásica.

VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS

No sé si llega el instante de combatir el mito que opone en la Cultura occidental como anverso y reverso de la misma moneda, un viejo y un nuevo mundo, ya que Europa no es tan irremediablemente anciana como muchos se empeñan en creerlo, ni en América todo es juvenil esperanza, como otros afirman. Australia, Nueva Zelandia y la despobladísima Siberia, podrían ganarnos en juventud para el ojo europeo; muchas comarcas de Africa parecen ahora despertar a la Historia, y hay la encanecida y friolenta juventud de las dos zonas polares, que acaso deban servir de más que para bolsas de hielo de una civilización febril, en el momento en que se inician las conquistas interplanetarias y la imprevisible revolución atómica: en el tiempo nuevo de los satélites artificiales, las bombas y reactores de energía nuclear.

La idea de un Nuevo Mundo —ya se muestra entre visiones proféticas, restos de geografía legendaria y codicia de mercader mediterráneo en las cartas de Cristóbal Colón— era la de una Naturaleza balsámica y consoladora, del encantado jardín de Armida, en que vendrían a reposar y olvidar sus conflictos los muy perplejos europeos. Cuando pensamos que ese mundo de paz y naturaleza y la sociedad "de inocencia" que nos atribuyeron desde los humanistas y utopistas del Renacimiento, hasta Rousseau y Chateaubriand, culminó en una civilización como la de los Estados Unidos, conviene inquirir si el mito no se cargó de contenido imprevisible, de formas y fuerzas contrarias a las que inspiraron la fábula. Donde todavía Chateaubriand describía hace ape-

nas siglo y medio "los amores de dos salvajes en el desierto", se levantan hoy las usinas de la General Motors. ¿Son los Estados Unidos —hasta ahora la realización más próspera y un poco el arquetipo de lo que se llama América— suma e inédita novedad de la Historia, o más bien el extremo y más tenso desarrollo de la cultura europea, como fue Roma una prolongación colosal y distorsionada de la cultura griega? ¿Está más cerca de la Naturaleza, de la inspiradora vida primigenia, un habitante de New York o Chicago, que otro de Amsterdam o de los cantones suizos? ¿O más bien los términos del contraste —Cultura y Naturaleza— se acentuaron y escindieron más vivamente en el continente americano? Al llamado Nuevo Mundo emigró menos la Europa de los humanistas que la de los mercaderes y saqueadores de "huacas" indígenas. Aquella "edad de oro" —por lo demás bastante falsa— que quería ver en el mundo aborigen el humanista Pedro Mártir, se hizo más violentamente codiciosa que la Europa descubridora cuando los españoles creaban los primeros repartimientos y encomiendas y Lord Baltimore fundaba en nombre de la Reina María la colonia de Maryland. ¿No parecía imitar nuestro proceso histórico toda la violencia genésica de la Historia europea cuando los invasores desalojaron o esclavizaron las poblaciones antiguas; se forjó como en el viejo mundo una clase feudal, y aun la realidad política de nuestro siglo XIX hispano-americano, a pesar de su revestimiento de jacobinismo y girondinismo a la francesa y de constitucionalismo a la inglesa, repetía sistemas de dominio y opresión que no encontraban su precedente en la Francia de Luis Felipe y de Guizot, sino en el violento mundo de fines de la Edad Media o de los regímenes absolutistas? Desde el punto de vista político, un dictador como Rosas, en Argentina, parecía más contemporáneo de Luis XI que de Gladstone o de Monsieur Thiers.

Quizá el simple método de cotejar, más allá de las palabras y de las fórmulas verbales, la Historia de América con la de Europa, descubriría —con otro sincronismo— muchos fenómenos de semejanza que frecuentemente se escapan a los más eruditos historiadores. Y es que la Historia Universal, con las cambiantes contingencias de ambiente y de

marco geográfico, engendra para situaciones análogas formas de acción conocidas. Así, en el Perú y México los conquistadores españoles se comportarían como los normandos en la conquista de Inglaterra o como los cruzados en la marcha maravillosa a Jerusalén.

Que hubiera un "Nuevo Mundo" al que se atribuía determinada inocencia y concordia originaria, fue un sueño de los humanistas en aquel discordante y polémico siglo XVI, cuando brotaban, junto con las desconocidas tierras oceánicas, formas y tensiones históricas nuevas como las de la Reforma, el Individualismo y el Capitalismo moderno. Los buenos indios que pintaba el Padre Las Casas parecían argumentar contra Maquiavelo sobre la presunta maldad y violencia adherentes a la especie humana. Pero de idealizado, casi recobrado, "paraíso" de la primera edad, la imagen de un Nuevo Mundo se iba trocando en mito biológico que atribuía a América más lozana, receptiva y esperanzada juventud que a Europa. Ya el viejo conquistador Juan Ponce de León quería inmantarse personalmente de esa juventud, y como el Gilgamesh de la leyenda caldea, andaba buscando entre las aguas azules de las Antillas la isla fragante y las aguas reparadoras que hicieran reverdecer sus años. El manoseado tópico de la Literatura clásica que contrasta la urbe corrompida y el campo virtuoso y tonificante ("menosprecio de corte y alabanza de aldea", que decía el español Antonio de Guevara), se trasladaba de un continente a otro, y América aparecía como una lejana campiña de Europa. ¿No piensan aún eso muchos europeos, y aunque nos moleste el pintoresquismo rural con que se empeñaron en vernos —búfalos y pieles rojas en la América del Norte; guitarras, bohíos, racimos de plátanos, caudillos y peones de machete en la América tropical, etc.—, también nosotros esgrimimos el tópico que ya se tornó pintoresco, de nuestra juventud histórica? Por la juventud de América habrá que explicar que muchas novelas de los Estados Unidos estén tan desordenada y farragosamente compuestas, o que el manifiesto político de algún demagogo suramericano, de algún compadrito elevado a líder, contenga tantas faltas de Sintaxis y atropellos a la Lógica. En tal caso —y por muy americano

que uno sea—, es preferible leer los discursos de Monsieur Herriot, que escribía y pensaba mejor que Mr. Foster Dulles.

Pero como, por otra parte, la situación de periferia, casi de colonia de la Cultura occidental en que vive el hombre de América le obliga a fijar su instinto de individuación, el concepto de *Nuevo Mundo* cubre todavía otras cosas. Por ejemplo, esta teoría sobre su destino. América —se dice— es nueva porque los europeos llegaron a ella sólo a fines del siglo XV; pero como no habría originalidad en encontrar también aquí europeos o descendientes de europeos, en ser tan sólo el extramuro del Antiguo Mundo, lo característico de esa novedad debe buscarse en el enlace venerable con las tradiciones indígenas. El Nuevo Mundo significa no sólo el traslado y la vida que hicieron los europeos y sus descendientes en otro hemisferio, sino también la resurrección de las culturas que ellos contribuyeron a sepultar. Después que acabamos con los incas, los aztecas y los mayas, hagámosles un homenaje fúnebre, así como el Dr. Francia, Melgarejo o don Juan Manuel de Rosas hubieran costeado una lápida a sus adversarios cuando les vieron definitivamente muertos. Este "indigenismo", que no tiene nada que ver con la auténtica situación social del indio contemporáneo, que sólo se resuelve con métodos contemporáneos, es una forma de caballerosidad retrospectiva. O en buena lógica, la novedad de América también se prueba por lo más viejo. Así, casi resulta paradójico que en el concepto de "Nuevo Mundo" se mezclen experiencias históricas tan cercanas como las que comenzaron para nosotros en el siglo XVI y mitos y leyendas hundidas en el subsuelo de la protohistoria. La originalidad de América nos impulsa a colocar en una misma galería de mitos y de retratos a Manco Cápac y a Fernando el Católico, a Mama Occllo y a Isabel de Castilla, a los dioses emplumados de México y a los cristos andaluces; a Cervantes y a los "Amautas" del Cuzco.

En este planteamiento que el hombre americano hace de su situación histórica, vibra —es claro— el recelo de verse en la periferia de la cultura occidental y de que sus valores no se impongan ni universalicen como los que lanzan al mercado de las ideas, París, Londres, Viena, Berlín.

¿No trataba un poco ingenuamente la generación modernista hispano-americana de "cosmopolitizarse" del modo más rápido y pasar decenas de años en las terrazas de los cafés parisienses —a veces de espaldas a sus propios problemas— por si Europa les reconocía y les dedicaba, siquiera una nota, en la muy seria y tediosa "Revue de deux mondes"? Aun una gran metrópoli americana, como New York, está demasiado atenta a los juicios de Londres y París cuando quiere cerciorarse del mérito de un libro y de la voz de una cantante. Y el orbe hispano-americano se fragmenta en muchas naciones, que a pesar de todas las retóricas mutuas que se tributan al Cid, Cervantes, Bolívar, Martí, carece de un eje central desde donde irradie la cultura de nuestra lengua. La propia España, ¿no se ha hecho en los dos últimos decenios tan provincial y alejada de la gran marcha del mundo como la más provincial república suramericana? Y mientras llega el momento de que nuestro aporte americano salga de su reducto colonial en busca de lo ecuménico, seguimos conjurando a esos extraños y ya fatigados dioses de la "juventud" del Continente. Reconocemos el influjo de Europa, agregando esta letanía de resentimiento: ¡sí, ellos son más viejos y más sabios, pero nosotros somos más nuevos y contamos con la esperanza!

Cuando metafóricamente hablamos de "juventud" en la esfera de la Cultura, no se trata de una dádiva otorgada a cierto grupo humano, sino de una conquista personal, casi intransferible. Generalmente, el hombre surge recibiendo un caudal de ideas y valores adquiridos que se le ofrecen en sus libros escolares y en sus programas de bachillerato. Sólo cuando ya compara y analiza, suelta las andaderas de la tradición y piensa por sí mismo —para no dar exámenes— le puede brotar una idea nueva. ¡Y por una creación original, qué acervo de repeticiones o de lugares comunes! ¡Habrá personas que partiendo de la adolescencia, llegarán a la vejez pensando que el mundo de la Cultura son los datos compilados y los simples resúmenes que se acostumbran en aquellas "digestiones de lecturas", tan abundantes en los Estados Unidos! Armados de este modo, podrán ganar algunos dólares y responder todo un repertorio de

preguntas en los programas de Televisión. Ante las noticias que sólo son noticias, ¿no resultan mucho más nuevos los diálogos platónicos?

¡Cuidado si en esos mitos juveniles que crearon un ambiente de orgiástico Walhala en la primera post-guerra y condujeron al Fascismo y al Nazismo, no se encarna un moderno complejo colectivo de resentimiento contra la razón; de odio a la Cultura por quienes no se fatigaron bastante en alcanzarla, de afán de desbordar los cauces de cautela, previsión y tolerancia sobre los que se había edificado la civilización europea! Porque la Cultura, como valor social (y ello obliga a someter a examen al primer profeta frenético que comparezca en la plaza pública) es acaso un sutilísimo compromiso entre la tradición y la invención; entre la conciencia del pasado, que nos da el útil repertorio del quehacer humano, y aquella "tabula rasa" con que los más fanáticos o los más audaces quisieran iniciar un nuevo proceso de la Historia Universal.

Quizá en América ya hemos hablado en exceso —estamos hablando hace casi quinientos años— respecto a nuestra "juventud" y nuestra "novedad". Todavía no hemos sido aquella Isla de paz atlántida inventada por Tomás Moro, donde se equilibraría ecuánimemente la doctrina platónica de armonioso cosmos moral con la doctrina evangélica de auténtica fraternidad humana. Trocar lo que ya sentimos como deficiencia de América en la enmendada utopía de una Cultura ecuménica e integradora (no somos el "arrabal de Europa", sino su fusión con otros pueblos que dejan de ser coloniales), ¿no es otra idea de "Orbe novo" para que fructifique en los próximos quinientos años?

LA UNESCO Y EL DESAFIO HUMANO

Cada vez que nosotros, como representantes de los Estados miembros, asistimos a una reunión de la UNESCO, rememoramos aquellas nobles palabras que se escribieron en Londres el 16 de noviembre de 1945, cuando el mundo despertaba de una cruel pesadilla y esperaba fundar una nueva era de solidaridad y entendimiento recíproco. La UNESCO era la utopía de concordia, el anhelo de una civilización verdaderamente mundial, que ya habían invocado desde los filósofos del Iluminismo del siglo XVIII, los hombres que firmaron el Acta de Filadelfia en 1767 —primera declaración al mundo de un país descolonizado—, hasta los mejores conductores y pensadores de nuestra edad contemporánea [1].

Si efectivamente el hombre ha progresado, por lo menos en los pocos siglos que nos separan del nacimiento de la Ciencia moderna, del descubrimiento de desconocidas regiones del planeta y de las primeras grandes luchas políticas por la libertad y la tolerancia, a esta altura de los tiempos quizá el problema mayor sea de cierta racionalización de la Historia para que el porvenir ahorre a la humanidad tanto dolor inútil, tanta aventura cruel e irrazonable. Si antes los pueblos sólo se comunicaban en cruzadas de una religión contra otra, de una raza contra la raza opuesta, de la nación subyugadora contra la débil colonia explotada, la civiliza-

1. Discurso pronunciado en la XI Conferencia general de la UNESCO, celebrada en París en noviembre de 1960, por don Mariano Picón-Salas, presidente de la delegación de Venezuela.

ción nada nos enseñaría si no oponemos a las guerras y exterminios de ayer, un nuevo sistema de comprensión y cooperación internacional. Tendríamos que proclamar el fracaso del hombre, si la Técnica y la Ciencia —tan impresionantes de nuestros días— no avanzaran a la par de nuestra conciencia ética. La muerte o la salvación de la especie humana son ahora compromisos solidarios. No se muere tan sólo de enfermedad y vejez o por el ciego furor de las guerras; se muere también de ignorancia y miseria. Y nuestro planeta —para decidirse alguna vez a salvar los tremendos desniveles humanos— no sólo está bien descubierto, sino intercomunicado.

Simbólicamente, en esta Asamblea General de la UNESCO vienen a incorporarse a nuestros trabajos un grupo de naciones nuevas del continente africano, que desde la oprimida situación de colonias, emergen a su responsable condición de Estados nacionales; y es con el mayor alborozo como les presento la bienvenida en nombre de mi país. Creo que esa voz de Africa que hasta ahora no habíamos escuchado o no habíamos querido escuchar, esa experiencia africana —a veces milenaria y antigua como los más bellos mitos del hombre— será profundamente útil en el coloquio e intercambio de culturas que corresponde a la UNESCO. La Historia ya no es el *club* exclusivo de unas pocas y privilegiadas potencias, porque comienza a confundirse con el reino de Dios.

También las naciones latinoamericanas a que mi país pertenece, proclamaron su independencia hace ciento cincuenta años, y aunque en el camino de nuestro desarrollo hemos vivido largas horas adversas, cada vez se fortalece más nuestra fe en el sistema democrático de gobierno, en la libertad política y esa otra más alta libertad creadora que afirma la plenitud de la conciencia, y en el pacífico combate por la redención humana, que sólo puede lograrse armoniosamente por la educación y la cultura. Por eso nos sentimos identificados con los ideales y programas de la UNESCO, y saludamos con alegría la llegada a la Organización de nuevos amigos, de nuevos colaboradores y participantes en la necesaria tarea de concordia.

Porque creemos en la UNESCO y estimamos sobremanera su valor, habrá de permitírsenos que como a todas las cosas que estamos desenvolviendo y mejorando al unísono, deseemos que ella sea cada día más eficaz y nunca defraude nuestras esperanzas. La Organización ha sufrido el tremendo y velocísimo desafío que le plantean los tiempos. No vivimos precisamente en una época tranquila; no hemos vencido todavía la angustia y zozobra que querían superar los hombres que firmaron la entusiasta declaración de 1945. La paz de los pueblos y la paz de los espíritus no es aún conquista segura. La época se ha puesto a andar a ritmo velocísimo, y no es posible que sólo el grupo de consejeros reunidos dos veces al año y la extensa asamblea bienal que se encuentra ante una —a veces abrumadora— muralla de documentos, piense con bastante serenidad y sosiego sobre toda la orientación y toda la ayuda que la UNESCO puede ofrecer al mundo.

La novedad y la meta que crea nuestra Organización sobre cualquier otro organismo internacional que exista o haya existido, es que aquí debe buscarse menos un equilibrio de potencias políticas que un sutil y profundo equilibrio de culturas. No es con una idea de poder y pasiva docilidad de los débiles ante los fuertes como ha de lograrse la paz de las naciones y la más frágil paz de los espíritus. La experiencia de la UNESCO puede ser única, valedera y extraordinaria, porque por primera vez en la Historia del mundo se trata de buscar la concordia por la Educación y la Cultura, y no imponiéndola por el prestigio de un país o un grupo de países, o por la presión enmudecedora de la fuerza. El problema de la UNESCO es convencer más que vencer. Aunque de acuerdo con su renta pública y su poderío las naciones ofrezcan a la organización sus cuotas proporcionales, nada verdaderamente habremos hecho si no partimos del más cristiano y radical concepto de igualdad de todos los pueblos y de la más democrática representación de las culturas. Sería deplorable que también aquí donde se manejan valores del espíritu, fuéramos a dividirnos en pequeños y grandes, en débiles y poderosos. No sólo hay que extirpar la ignorancia para que la razón y el conocimiento liberen al hombre y le

hagan cumplir mejor su cometido humano, sino también la soberbia del que cree que puede enseñar y redimir a los otros, aislándose en su orgullosa superioridad y desdeñando la fraternidad que pueden brindarle los demás hombres. Europa, si fue y es un continente delantero en la marcha del progreso científico y técnico de los últimos siglos, a veces ha tenido que pagar ciertos pecados de soberbia, cuando pensaba, en malas y ya superadas horas de colonialismo e imperialismo, que otros pueblos lejanos podrían trabajar pasiva y humilladamente para su prosperidad y que la Cultura debía reservarse como patrimonio precioso de los europeos. Otros grupos sectarios pretendieron trocar las querellas históricas en querellas biológicas y fue cuando se habló, por ejemplo, de razas superiores y razas inferiores y de una especie de mesianismo agresivo del hombre blanco sobre tierras y continentes distantes. Venturosamente esa intoxicación de orgullo y poder, que contaminó algunos grupos nacionales, ya tiende a desaparecer, y el mismo desarrollo de las Ciencias sociales, de la Etnología y de la Antropología, han corregido en el hombre contemporáneo esa ceguera del horizonte histórico, contra la cual ya en el siglo XVIII, espíritus tan lúcidos como Montesquieu y Voltaire, escribían las *Cartas persas* o el muy edificante cuento *Micromegas*. Vengo de un Continente donde hemos luchado por la igualdad de las gentes que lo pueblan, donde hemos afirmado denodadamente el valor de nuestra conciencia mestiza y donde un sacerdote de México, como el jesuita Pedro José Márquez escribió en el siglo XVIII estas palabras que parecen un programa anticipado de la UNESCO: "Cualquier lengua por exótica que parezca, puede en virtud de la cultura ser tan sabia como la griega, y cualquier pueblo puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. La verdadera Filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción en todo clima, el hombre es capaz de todo."

Casi es un lugar común de nuestra época hablar de las necesidades de los países subdesarrollados. En efecto, desde el punto de vista tecnológico y económico, hay naciones más

favorecidas que otras; hay algunas donde el trabajo y la producción emplean todavía los métodos más arcaicos y donde la común penuria física no permite aún que las gentes se nutran, se eduquen, se alojen y vistan con la holgura y seguridad de los países más ricos. Hay, además, una cambiante escala de desniveles entre esas que llamamos con la definición más heterogénea "zonas subdesarrolladas". Pero los expertos, que con laudable esmero envían los organismos internacionales a asistir y a enseñar, cometerían el más peligroso error si pensaran que también en aquellos pueblos las almas están subdesarrolladas, y que la carencia de un progreso técnico en determinado país está en relación directa con la penuria de inteligencia y de sensibilidad. Alguna vez me atreví a decir —y creo que conviene repetirlo— que la experiencia del intercambio de expertos entre todas las comarcas del mundo será utilísima para la comunicación de las culturas, pues si el técnico puede enseñar mucho en la tierra a donde se le envíe, también necesita aprender en cada pueblo un legado de usos, de costumbres, una tradición ancestral, que no siempre la recogieron los libros o la registraron las estadísticas. "A hacerse él mismo, indio" para gustar la lengua extraña, descubrirle todo lo que podía expresar y conocer y amar las gentes, invitaba hace ya más de cuatrocientos años, una de las más nobles figuras de la evangelización cristiana en América, el fraile Toribio de Benavente, quien cambió su nombre español por el indígena de Motolinia, que en lengua de Tlaxcala significa humildad y pobreza. ¡Qué buen patrón, qué buen santo para la asistencia técnica! Y si los latinoamericanos tenemos tanta veneración por Humboldt, segundo descubridor geográfico y profundo descubridor social de problemas de América, que aún en este momento parecen demasiado vivos, es porque el gran sabio poeta, no sólo supo utilizar en sus libros los métodos de que le había dotado Europa, sino también otra sabiduría empírica que le enseñaron, de tan largo trato con la tierra, los mineros y arrieros de México, los bogas del Orinoco, los pastores de los Andes, los pescadores de la costa venezolana. ¿Tendrán todos los expertos que delegan en misiones a países distantes los Organismos de Asistencia Técnica, aquella

modestia y caridad —no hay otras palabras para decirlo— del famoso fraile evangelizador, o la inmensa comprensión humana del Barón de Humboldt?

* * *

Mi Gobierno aplaude los buenos frutos que ofrece ya la UNESCO en estos años de tesonera labor, y los proyectos en vía de desarrollo de que da muy clara cuenta el señor Director General en el informe que hemos venido a estudiar. Aún más: en el Proyecto de Programa y Presupuesto para 1961-1962, se ha logrado mayor síntesis e integración funcional de las actividades y recursos. Si es conveniente que la Organización siga trabajando dentro de aquellas esferas de prioridad que le trazaba la Octava Reunión de Montevideo en 1954, también es necesario que haya cierta renovación en las actividades especiales, para que la UNESCO interprete y sirva con agilidad las urgencias educativas, científicas y culturales que brotan con desgarrado apremio en las más varias zonas del mundo. Así no sólo Proyectos Principales y de extraordinario alcance como el de la Extensión de la Enseñanza Primaria en América Latina, el del estudio y el aprovechamiento de las zonas áridas o el de la Apreciación mutua de los valores del Oriente y del Occidente merecen toda la constante simpatía y el aplauso de mi Gobierno, sino también todos los otros que abren horizontes nuevos de cooperación educativa y científica a la humanidad entera. Nos parecen excelentes el informe sobre las necesidades de Africa Tropical en materia de enseñanza primaria, secundaria y técnica y la resolución que propone para los países árabes un planeamiento integral de la Educación. El proceso de descolonización en que entraron los países africanos, implica el adiestramiento veloz de sus pueblos para el libre disfrute de su destino. En cuanto al proyecto para los países árabes es una interesantísima tentativa de tratar la Educación en dinámico paralelismo con el desarrollo económico y la productividad de toda una zona.

Amigos africanos y amigos árabes, amigos de otros continentes que no sean solamente el nuestro, sentirán que tam-

bién participamos de sus necesidades, y que el deseo por una humanidad mejor no se circunscribe a nuestra propia región o zona cultural y lingüística, sino que se proyecta al común destino terrestre, a una inmensa solidaridad y comunicación que fraterniza sobre las fronteras, distancias y lenguas. Y los países más ricos y desarrollados ya empiezan a comprender que la Ciencia y la Técnica, transformadoras de la Naturaleza, liberadoras del trabajo del hombre, no son monopolios de ninguna nación o grupo favorecido, porque deben ofrecer capacitación y recursos a multitudes inmensas y abandonadas. En medio de las angustias de una época tan revuelta como la que vivimos, si hay un gran aliento de esperanza en el mundo, es esta unánime petición de aprendizaje, libertad y justicia que ahora nos viene de todas partes.

En una institución que crece tanto como la nuestra, es preciso revisar continuamente la eficacia de los planes y someterlos al más sincero balance. El escollo de todos los Organismos como éste, es que no se equilibre bien el espíritu de creación permanente con la tenacidad y persistencia en la tarea. O según las eternas palabras del Evangelio que "la letra no mate al espíritu". Lo peor que podría ocurrirle a la UNESCO es que se comprimiera y estabilizara en la rutina conseguida, y no quisiera salir alguna vez —como el pájaro Rok— a respirar todo el aire oceánico y ver qué novedades depara el mundo. Los expertos de la UNESCO debieran leer alguna vez el bello cuento de Simbad. Si el funcionario es indispensable, también lo es el hombre de ciencia, el humanista, el profesor, el escritor que viene de afuera y trae contra lo consolidado y establecido la originalidad del nuevo testimonio, la incomodidad cortés de una crítica. Dentro de la misma marcha normal de nuestra Casa, ciertas formas de colaboración interna pudieran ser más ágiles y fructuosas.

Los delegados de los Estados miembros nos hemos lamentado a veces de que algunos servicios tienden a cerrarse en compacto rigor burocrático y no siempre escuchan el comentario que podemos hacerles. Recibimos de la Organización —aunque se trate de asuntos que nos atañen de modo muy

directo— un material ya completamente elaborado, una letra que se fijó, sin que se piense que algo podríamos decir y recomendar cuando el proyecto o dictamen se prepara para la zona que conocemos mejor. Ha de decirse claro que poco significaría nuestra representación ante la UNESCO y el alto mandato que nos confiaron nuestros países, si sólo se ciñera a cuestiones de ceremonial o a escribir notas de innocua cortesía burocrática. Nuestros pueblos sufren, interrogan, reclaman o sueñan, para que nosotros nos quedemos en el hacer a medias, o en esa especie de reflejo condicionado que engendra la rutina. Particularmente en lo que atañe a mi país, y creo que a todos los países de mi zona, la América Latina está demasiado requerida de los hombres que sirven o creemos servir, para que los frustre en misiones de puro ornamento. Queremos y debemos hablar y opinar en la Organización, y no sólo en la oportunidad solemne de las Conferencias generales. Sería conveniente que nos comunicáramos con ciertos servicios no sólo a través de papeles ya inalterables, sino con palabras vivas, de mayor aliento creador. Por eso la iniciativa que había tomado el señor Nanetti antes de retirarse de su cargo de Jefe de Relaciones con los Estados Miembros, había merecido todo nuestro apoyo y simpatía, ya que en varios coloquios y reuniones que deberían prolongarse a través del año, podríamos acercarnos a la acción cotidiana de la UNESCO, sin verla como extraña e impotente superestructura de que a veces nos separan inmensas montañas de papel. Se creará a la larga cierta fatiga y desengaño en los representantes de los Estados miembros en la Organización, si se nos trata con la aisladora cortesía de los invitados del día de fiesta.

Del mismo modo, el Consejo Ejecutivo, tan sobrecargado de detalles, debería dar más confianza y fuerza a sus comisiones y estudiar con sosiego lo que parece primordial: la orientación misma de la UNESCO y la manera como adapta a circunstancias cambiantes y patéticas su plan de trabajo. La función de consulta que compete al Consejo para la provisión de altos cargos por el Director General, ahora tiene un carácter puramente formalista y débil, y no me atrevería a decir que en tan compleja materia se conserva siempre el

equilibrio lingüístico y cultural entre los países representados. Como escritor y profesor, de lengua española, no deja de dolerme que ella no tenga ahora casi representación en los altos cargos directivos. Y hace tiempo que trajinan por la Historia y tienen una utilísima experiencia de fortuna y adversidad los pueblos de habla española que en América no temieron el mestizaje conciliador, y ya en los libros del siglo XVI daban una nueva visión antropológica del hombre como era difícil encontrar en otras literaturas europeas. O con la noble tradición moral de sus humanistas levantaban un nuevo ideal de concordia humana cuando toda Europa estaba anarquizada en guerras dinásticas, y hacían la más osada crítica, desde Las Casas y Vitoria hasta Diego de Avendaño y Alonso de Sandoval —hombres ya formados en el Nuevo Mundo— del colonialismo y la esclavitud. ¿Sabemos todos que el primer gran libro en que se denunció la esclavitud que se estaba imponiendo a los pueblos africanos y el horror del tráfico esclavista, fue escrito en una pequeña ciudad de la América de entonces, en Cartagena de Indias y en una fecha ya tan lejana como la de 1626? Fue Sandoval, quien llegó a conocer varias lenguas africanas y penetrar el misterio de sus culturas, uno de los primeros y más grandes entre nuestros africanistas.

* * *

Pero cualquier crítica que hagamos a pequeños detalles en la marcha de la UNESCO, no disminuye ni enfría nuestra profunda fe en ella. Deseamos que esta organización, hecha para crear la paz en la mente de los hombres, siga ganando en calidad, agilidad y coherencia. Que continúe prestando la mejor ayuda a todas esas multitudes que en atrasadas regiones del mundo reclaman ese primer auxilio moral que se llama el alfabeto. Que asista asimismo con sus mejores expertos a esa liberación por el trabajo calificado, la Ciencia, la Cultura y la Tecnología que esperan tantas gentes cautivas de la ignorancia y la miseria. Y que en las discordias de nuestro tiempo, no abandone tampoco su deber de orientación intelectual y moral, de entendimiento y amis-

tad entre las naciones a través de las más libres obras del espíritu. No temer a lo que puedan decir los pueblos, aun los más pequeños, olvidados y desvalidos; no someter a peligrosos cálculos de poder o dominación política lo que debe ser el franco coloquio de las culturas; buscar la colaboración de las gentes útiles sin ningún prejuicio o discriminación metropolitana, es su sereno encargo en este difícil momento del mundo, en que sólo a través de la veracidad y la comprensión recíproca podemos acercar a la dividida y medrosa familia de los hombres.

La UNESCO —lo repetiré muchas veces —no sólo puede enseñar a los pueblos donde proyecte su misión, sino también aprender de ellos formas de humanidad rica, varia y diversa; ser digna de un inmenso legado que a veces permaneció disminuido y oculto bajo el botín de los fuertes, en esa aventura de guerras, poderes y abrumadoras dominaciones con que a veces confundimos la llamada Historia Universal. ¡Que sea esta Casa de la UNESCO la del amistoso coloquio ecuménico, donde cada lengua, cada grupo —como decía el sacerdote mexicano del siglo XVIII— piense que por la Educación y la Cultura, puede alcanzar los niveles a donde llegaron las civilizaciones más excelsas! La continua fe en el hombre necesitamos rehacerla aquí.

RESPUESTAS AL CUESTIONARIO DE LA REVISTA "AMERICA"

Primera pregunta

En estos "tiempos revueltos" —según la expresión de Toynbee—, uno de los obstáculos mayores para la realización del destino humano, es acaso el conflicto entre las necesidades de la "persona" y las exigencias de la "comunidad". Paradójicamente nunca el hombre vivió más solo y al mismo tiempo más confundido en la masa que en las grandes ciudades de nuestros días. La llamada civilización industrial separó las gentes de su grupo familiar, gremial o religioso en que vivían hasta fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, cuando la vieja cultura artesana cedió el paso al maquinismo, cuando el trabajador se convirtió en proletario y la metrópoli gigante y arrolladora, donde las gentes tienen poco tiempo para conocerse y estimarse, reemplazó a aquellas pequeñas y deleitosas ciudades en que acendrara su más sosegado fruto el arte y la religiosidad de Occidente. Las relaciones de familia y amistad y los valores estéticos y religiosos con que se medía la obra realizada, fueron sustituidos por los simples valores económicos. Parodiando a Marx, puede afirmarse que todo se trocó en mercancía. La vida para millones de gentes, aunque fueran a su iglesia todos los domingos y hubieran estudiado Literatura en el liceo, no tuvo otro sentido que el de ganar dinero; ganarlo aun hipotecando el alma. Y la soledad del hombre en su desamparo existencial se contrasta con la multitud que

parece marchar automáticamente a trabajos que a veces desempeñan sin alegría, y a consumir las cosas que recomiendan las propagandas comerciales. Del último fin de toda vida, sólo se sabe que ha de terminar en cualquier momento por un infarto cardíaco o en un vulgar accidente de tráfico.

El crecimiento demográfico del mundo es tan monstruoso que la nutrición, vestido y trabajo de tan enormes masas, impuso en casi todos los Estados (aún en los más capitalistas, y contra la vieja ilusión del liberalismo económico), sistemas de control estatal, seguros de enfermedad, vejez y desempleo, para que millones de seres no perezcan. Desde este punto de vista, la Humanidad ganó en justicia colectiva y las crisis y colapsos de la producción capitalista se sobrellevan hoy con menor angustia que cuando Karl Marx escribió su libro apocalíptico. Casi puede esperarse que la Ciencia y Tecnología al servicio de los Estados y la previsión de las "coyunturas" logren disminuir en el mundo de mañana esa vieja lacra moral del planeta que se llama la miseria. Pero después del hombre alimentado, alojado y vestido —¿y cuándo se realizará esa lejanísima meta entre las multitudes de los pueblos asiáticos y en muchas zonas de Africa y de la América Latina?— nos queda otra más alta imagen del hombre moral, que con sus obras, su desinterés y su creación, pretende trascender la contingencia de toda vida. A la idea de "justicia social" se agrega, necesariamente, la de la libertad, sin la cual ninguna comunidad puede denominarse plenamente humana. Quizá los elefantes y los búfalos se nutren mejor que muchos hombres, y tal vez dispongan de mayor seguridad que la que se ofrece al ciudadano en las dictaduras totalitarias. Pero lo que siempre distinguirá a un hombre de un elefante o de un búfalo es la posibilidad de desenvolver su libertad creadora.

Una educación, casi iba a decir una religión, que concilie la urgencia de justicia de las muchedumbres y la libertad de la persona humana, es el disparadero que plantea la época a nuestra acongojada sociedad terrestre. No basta —como pensaban algunos teóricos del optimismo materialista— que cada familia posea un refrigerador y un automóvil, si sólo gozamos de bienes y no somos capaces de crear "valores".

Segunda pregunta

Hay seres en muy distinto nivel de cultura, y no creo que desde los griegos el hombre haya realizado proeza mayor que el del desenvolvimiento de su conciencia moral. El miedo ante el mundo que nos domina y la violencia del salvaje, se oponen, así, a la razón y al pensamiento lógico que atribuimos al hombre civilizado. Pero en el largo camino de siglos que hicimos hacia la racionalidad y la cultura, nadie puede jactarse de haber vencido enteramente los residuos de superstición y terror que dejó en nuestro subconsciente una herencia prehistórica. Pueblos que se consideraban altamente evolucionados, de pronto retornan a etapas de furiosa irracionalidad y se engañan con mitos de pasión y de odio inexplicable. Son conjurados por un demagogo o una ralea de demagogos y se lanzan a quemar libros, destruir estatuas y llevar a las cámaras de gas y los campos de concentración a millares de seres inocentes, como lo hicieron los nazis.

La conciencia moral que nos viene desde las palabras de Sócrates y del "sermón de la montaña", de la doble vertiente de humanismo clásico y de cristianismo que desembocó en nuestra Cultura, necesita constante vigilancia y cuidado. Que las "civilizaciones son mortales" recordaba insistentemente Paul Valéry. Quizá nuestra conciencia, nuestra interioridad, requiere un aseo tan esmerado como nuestro cuerpo. La libertad del hombre, no sólo se gana en la relación con los demás, pues empieza en nosotros mismos. Hay una higiene del espíritu para limpiarlo de superstición, miedo y sevicia, que debiéramos practicar como el baño cotidiano del cuerpo. Por desgracia, la Educación de nuestra época más cargada de noticias y de datos que de auténtica reflexión, o absorbida en exceso por fines económicos, olvida esta continua autognosis que debe realizar el hombre para comprobar que su conciencia marcha serena y justa. Pedagogos y moralistas tendrán que volver a enseñar que vale más una buena conciencia que el más lujoso automóvil. Haciendo una inocente paradoja, habría que decir que conviene que pierda un poco el comercio para que ganen las almas.

Tercera pregunta

El aspecto más notable de la civilización moderna es aquella peripecia de conquista y dominio de la naturaleza, que comenzó en la ciencia renacentista, en el método experimental ("provando e riprovando") de un Galileo, y uno de cuyos más recientes capítulos es la desintegración del átomo. Estamos en la frontera de imprevisibles aventuras. De un empleo social de la Ciencia y la Técnica se aguarda que disminuya la miseria de pueblos milenarios, se fertilicen regiones áridas, se hagan sanas y habitables las más heladas tundras y los húmedos bosques ecuatoriales. Es claro que la Tecnología —por más avanzada que parezca— debe resolver la grave ecuación de alzar al nivel del velocísimo desarrollo demográfico, los frutos de la tierra y los bienes de consumo. Al ocupar el planeta, el humano Prometeo no sólo edifica sino destruye; devasta bosques y erosiona montañas. El hambre y la miseria creciente de algunas comarcas de Asia, Africa y aún América Latina es una lacra de nuestra civilización. Las masas del mundo ya se rebelan contra esa antítesis capitalista de países ricos y países sub-desarrollados. Tampoco es una solución el trabajo y la esclavitud faraónica, escatimando toda libertad, que imponen a sus muchedumbres algunos Estados totalitarios con la promesa utópica de que deben sufrir ahora para que la humanidad sea feliz dentro de doscientos años. Como todas las creaciones del hombre, la Ciencia y la Tecnología requieren una Etica, un límite moral contra el abuso y la violencia. Y en ningún otro momento de la Historia debimos elegir más dramáticamente entre la vida y la destrucción, la guerra y la concordia. Que el invento no arrastre al hombre ni lo haga estallar con su bomba de hidrógeno, es el más serio desafío de los tiempos.

Cuarta pregunta

Si logramos que nuestra conciencia avance y se perfeccione a la altura del progreso técnico, la mayor esperanza del hombre es no sólo disfrutar en el futuro más seguridad y recursos que en la época presente, sino el de una civili-

zación universal, plenamente humana, en que ya los pueblos no puedan dividirse entre cultos y salvajes, ricos y misérrimos, imperialistas y coloniales. El gran heredero de civilizaciones separadas y hasta rivales, podrá entrar en el disfrute de su enorme legado. Oriente y Occidente, términos antitéticos y hasta contrarias imágenes del hombre, se acercarán en una síntesis y en un préstamo mutuo, su sabiduría y experiencias. Si hoy el inglés culto que visita el Museo Británico, ya puede pensar que una escultura de Birmania o Cambodge merece tanto respeto como una obra de arte occidental; ampliando su razonamiento acaso logre pensar que un cambodgiano o un birmano no es tampoco obligadamente inferior a un europeo. Si el método feroz de otras épocas para salvar los desniveles humanos fue que el pueblo nómada invadiera al rico y sedentario, o que por medio de revoluciones ascendieran las clases desposeídas, cabe suponer que la ciencia y la técnica y, sobre todo, la expansión universal de una nueva idea de justicia, ahorren en el mundo futuro la crueldad inútil o arreglen como problema de especialistas lo que antes se resolvió en la insurgencia y las barricadas. ¿Será posible abolir las guerras, como ya la Higiene abolió aquellas epidemias de peste negra que asolaban a Europa en la Edad Media? ¿Así como ante la Medicina moderna mermaron su peligrosidad, dolencias que eran mortales hace apenas dos o tres generaciones, no será posible obtener para el hombre de mañana mayor salud y equilibrio espiritual?

No se trata de forjar una utopía postrimera, un paraíso estático como el que imaginaba Marx después que se hubieran consumado todas las revoluciones y establecido la sociedad sin clases. Pero el natural instinto de emulación del hombre, puede desenvolver en competencia de creación pacífica lo que antes destinó a la guerra y el aniquilamiento. Sería terrible una sociedad o un Estado que se organizara como inmensa "nursery" burocrática, administrada por los tecnócratas, donde atendieran todas nuestras necesidades a hora fija y no hubiera campo alguno para la iniciativa personal y la libertad creadora. Si las urgencias materiales de la vida moderna requieren planificación, el espíritu del hombre requiere libertad. Así se impone —como lo quería Man-

heim en un libro excelente— la conciliación entre técnica y humanismo. Si entregamos a los técnicos la construcción de los puentes y caminos o el orden financiero y la vida económica de los Estados, pedimos a una coexistente educación humanista que nos preserve la autonomía del alma. La vida no es sólo inmanencia, sino también trascendencia. De allí procede ese anhelo, también humanísimo, de vencer a la muerte y acercarse a la inmortalidad, que está en la raíz de todas las religiones. Que sus buenas obras siguen al hombre que trabajó bien, lo sabía el esforzado cantero que labraba la piedra de una catedral gótica, pero acaso lo olvidó el presuroso hombre de negocios, para quien el fin de la vida se agota en su cuenta bancaria, el esplendor de sus fiestas, el lujo de sus casas y carruajes.

Si no fijamos a la vida una meta de trascendencia —aunque sea tan sólo la memoria que guarden de nosotros nuestros descendientes—, no habremos superado la moral del pirata, para quien la existencia sólo se realizó como carnicería, despojo y abordaje. Todos los caminos deben conducir al reajuste moral de nuestra angustiada especie. Sin duda, vivimos tiempos extremadamente revueltos. En la abundancia de los medios, olvidamos un poco los fines. Y los expertos de las Naciones Unidas, que estudian la asistencia técnica a las naciones atrasadas, habrán advertido que, tanto como la nutrición y el alfabeto para todos los pueblos del mundo, hace falta esa difícil salud moral que temple la discordia de sectas y razas, sublime el odio y el resentimiento, venza los prejuicios y discriminaciones y acerque a un convivio universal en el mundo de mañana a orientales y occidentales, a blancos, negros y asiáticos. En estos días del avión a chorro y de próxima aventura interplanetaria, ya nos preguntamos si el hombre no ha madurado para la síntesis; si es que puede comenzar ahora una verdadera Historia ecuménica.

POR QUE Y PARA QUE ESCRIBIR

Varias revistas de América —Cuadernos Americanos, la "Revista Mexicana de Literatura" y ahora la muy juvenil y briosa revista venezolana "Sardio"—han inquirido en los últimos años sobre la responsabilidad del escritor. Lo más preciso que podía decir sobre el tema, se expresa en un pequeño trabajo mío, que aparece en el tomo de "Ensayos escogidos", compilados por el escritor chileno Juan Loveluck (Editorial "Zig-Zag", Santiago de Chile, 1958, páginas 219 a 223). En países que leen poco, como los hispano-americanos, y donde nuestros modestos libros circulan en un número igualmente modesto de lectores, acaso valga la pena inquirir, asimismo, por la responsabilidad social del político, del militar, del ingeniero, del médico, del financista, cuyo prestigio y poderío suelen ser —entre nosotros— más inmediatos y eficaces que los del hombre de letras. ¿No es ya un mito de nuestra época atribuir al escritor un utópico "mandarinato" sobre la sociedad? ¿Sirvió toda la cultura alemana, a pesar de su abrumadora tradición y prestigio, para detener al Nazismo? ¿No le hicieron mucho más caso las estridentes multitudes italianas a Benito Mussolini que a Benedetto Croce? Aún en una ciudad extremadamente culta como París, hay a veces más auditores en un mitin del descamisado y estupidísimo Monsieur Poujade, que en las conferencias de los profesores del Instituto. Y es que no puede esperarse que los intelectuales peguemos los platos rotos que dejaron en las afligidas sociedades del mundo sus tiranos, sus demagogos o sus "césares democráticos", o como diría Paul Valéry:

los efectos del "demasiado orden" y del "demasiado desorden".

El combate para que la especie humana se comporte mejor es mucho más complejo que la producción de buenos libros, o los buenos libros sólo influyen sobre la multitud cuando se convierten en consignas y armas de lucha política, es decir, cuando se transforman en ideologías. Manheim ha distinguido la diferencia que hay entre la idea pura —como sale de la cabeza del escritor y del filósofo— y la "ideología" que agita la calle. Y como el alto ejercicio de la Cultura encarna siempre en una minoría, se comprende que las ideas de ella, sólo adulterándose o deformándose, ofreciendo odios y pasiones concretas, penetran efectivamente en la masa. Esto no nos hace perder la vieja esperanza iluminista en una educación progresiva de la humanidad, y que en un utópico futuro la multitud pueda pensar con el discernimiento y clarividencia de las minorías.

No creo, pues, que las obras literarias sean panaceas inmediatas para mejorar la humanidad, o el valor que se agregue a su belleza y poder estético, se haga rápido camino al través de la Historia. Dante buscaba en Virgilio, doce siglos después, una lección de unidad y concordia y un anhelo de resurrección del fenecido mundo romano, como los propagandistas itálicos del "Risorgimento" veían en Dante un profeta y forjador de la patria italiana en el siglo XIX. ¿Pero este uso social y político de la obra literaria y aún el mensaje moral que de ella se desprenda, no es un descubrimiento "a posteriori"? Es natural que al expresar el mundo o forjar la Utopía, el artista se sienta descontento o se indigne contra la injusticia, y, por ello, se inserte en la obra, además de su categoría estética, un significado histórico de protesta o denuncia. Cualquier historiador pudiera escribir un tratado sobre las violencias de la época absolutista, deducido de las obras de Shakespeare, pero ¿sería esto interpretar la poesía "shakespeariana"? Ese algo más que ya no se explica como un suceso cualquiera, que conmueve misteriosamente el alma por la belleza de la palabra o el vigor de los caracteres, es el mundo propio de la Literatura y del Arte. Es lo que invalida, también, un dogma tan rastrero como el del

"realismo socialista". Porque siempre nos preguntamos si el gran escritor no hace sino reflejar su tiempo o a veces se adelanta a forjar los sueños y las ideas de mañana. Américo Castro ha demostrado que los conceptos morales de Cervantes avanzaban mucho sobre los de sus contemporáneos españoles, y no sólo por la técnica literaria y la magnitud de la invención fue el "Quijote" la primera novela del mundo moderno. Análoga confrontación se ha hecho con otros autores como Balzac, Stendhal o Dostoieski. (Léase, por ejemplo, el excelente estudio de Curtius sobre Balzac o el no menos agudo de André Gide sobre Dostoieski, para que esta imagen del escritor como simple espejo de su clase social y de su inmediata realidad histórica, sufra una prudente enmienda.) Toda la vida amarga y los fracasos de Cervantes debieron convertirle en un "resentido"; sin embargo, superó en tolerancia, humorismo y ternura lo que en otro artista menos grande se expresaría como rencor. ¿Nos explicaríamos al hombre y su tremenda creación, diciendo "clasistamente" que Cervantes fue un pequeño burgués fracasado en todos sus encuentros con la vida, que transporta su desilusión a un mundo de fábula? ¡Cuántos "pequeños burgueses" o pecheros, sin esperanza, habría en el Estado de Felipe II, que no alcanzaron a ser Cervantes! En toda auténtica obra literaria predomina lo universal humano, para conmover, igualmente, al burgués, al noble, al pechero. ¿Y no es uno de los secretos del Arte hacer salir al hombre de su contingencia, ofrecerle contra la vulgaridad del mundo un otro Universo de belleza y de asombro?

Si aceptamos eso, parece superfluo responder "para qué se escribe" y "para quién se escribe". Baudelaire dedicaba su poesía a ese "hipócrita lector, mi semejante y mi hermano". El escritor obsedido por esa "pre-escritura" que forjó en su alma el choque con los seres y las cosas y los conjuros de toda fantasía, pretende que los demás lo compartan por ese maravilloso medio de comunicación que es la palabra escrita. A veces dice cosas tan elementales que afectan a toda la especie hombre, como, por ejemplo, que está enamorado o que le tiene miedo a la muerte. Depende de los medios de difusión y del acceso a ellos —igualmente com-

plejo en los países capitalistas y en los países comunistas— si sus palabras llegan al "hipócrita lector" en quien busca un semejante y un hermano. La literatura es vieja, por lo menos de cinco mil años, desde que se escribió el "Libro de los muertos" y los babilonios hendieron sobre ladrillos las primeras fábulas de Gilgamesh, y no creo que la técnica —que ahora nos asusta tanto— vaya a acabar con ella. En todas las épocas el artista y el escritor sostuvieron su prometeico combate contra las fuerzas de coacción o de opresión que pretendieron silenciar y desfigurar su obra. Ya sabemos que ahora el gran comercio y la tecnología capitalista y las peores consignas del Estado en los países totalitarios, quisieran poner la Literatura —como toda otra creación humana— a su más abusivo servicio. Sabemos que las propagandas del "best seller" y la Literatura como negocio "en cadena", adaptable al Cine y la Televisión en los Estados Unidos, y el dogma político, de acuerdo con los jerarcas del "partido" en los países comunistas, lanza al mercado falsos bienes literarios que a veces se olvidan y consumen —como toda mercancía— a los pocos meses. Se hace leer a las gentes, a fuerza de propaganda, la prosa deshidratada del "Reader's Digest" y se condensa a Shakespeare, Dickens o Tolstoy en doscientas páginas. Otras veces se pone la Biblia en tiras cómicas, porque se supone que la vitaminizada familia de Mr. Babbit ya no tendría tiempo de leerla o gustar su extraordinaria poesía. La tarea de quien ama auténticamente la Literatura será, pues, buscarla, oír su voz —a veces tan secreta— defendiéndose de las perversiones del comercio y del fanatismo político. Si cuidamos un poco de nuestra Educación estética, así como cuidamos de la higiene de nuestro cuerpo y de nuestra eficacia profesional, eso no será tan difícil. A pesar de las revoluciones y cambios técnicos que se precipiten sobre la Historia inmediata, el hombre seguirá necesitado de Poesía y de fábulas trágicas y consoladoras. Aun en un mundo de "robots" y de "cerebros electrónicos", quedará siempre una frontera de sueño y de nostalgia infranqueable. Repetimos con el muy usado verso de Bécquer: "Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía".

¿Y no es un poco de subjetivismo pensar que las revoluciones y cambios que vive el mundo contemporáneo son una excepción dentro de la Historia universal? ¿Podemos reconstituir exactamente —aunque tengamos muchos testimonios históricos— la angustia que vivieron los hombres del siglo III de nuestra era, cuando comenzó la gran crisis de la cultura antigua, o la perplejidad, dudas y contradictoria esperanza de los humanistas de fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI cuando entre guerras, descubrimientos geográficos y herejías, estaba emergiendo el mundo moderno? ¿Mira un francés de hoy con más zozobra su destino que como podía mirarlo un contemporáneo de Juana de Arco? O al revés, si el mundo ha ido creando cada día más complejas técnicas, también suponemos que haya ido venciendo el miedo y el sentimiento de inseguridad que fue tan característico de otras épocas más desvalidas. Si el espíritu no progresó tanto como lo soñaban los pensadores del Iluminismo, sí creo que nuestra conciencia moral ha hecho muchas conquistas que aún parecían utópicas en el tiempo de Voltaire o de Diderot. Y quizá nuestro conocimiento de la injusticia humana es hoy más general y directo que cuando Fenelon enviaba al Rey y al Duque de Chevreuse su desolada carta sobre la aflicción y miseria del pueblo.

HUMANISMO, HACE DOS MIL AÑOS

Soy juez deficiente (¡tengo tan olvidado por falta de uso mi viejo Latín de las aulas!) para hacer la presentación que me pide mi excelente amigo don Bartolomé Oliver del libro en que conmemora el bimilenario de Cicerón y que hasta ahora parece el mejor y más documentado registro que tendrá en Venezuela esta fiesta del humanismo occidental. Aunque nunca me apasionó como Lucrecio, Virgilio y Tácito, que forman la indeleble trilogía de mis lecturas latinas, pienso que Cicerón inauguró hace dos mil años un tipo de hombre destinado a crear la más fértil descendencia en lo que después llamaríamos la Cultura de Occidente. El joven caballero de Arpino, que llega a Roma con pocos millares de sextercios, su gusto por el Derecho, las letras helénicas y la mejor elocuencia que enseña la escuela de Rodas, triunfa entre la orgullosa clase senatorial, porque opone a la nobleza de sangre y el capitalismo publicano, la fuerza política de su palabra. No sólo con la oratoria de los parlamentos modernos o los alegatos ante una Corte Suprema, sino con los editoriales de un gran diario que configura, cotidianamente, la teoría de los sucesos, se pueden comparar los discursos de Cicerón. A un pueblo que se había tornado, absorbentemente, de guerreros y de publicanos, de conquistadores y negociantes rapaces, Cicerón quiere ofrecerle un mensaje más valedero que sus conquistas. Era un momento de madurez y esplendor de la Cultura antigua, de grandes urbes cosmopolitas, y más que un filósofo original, él parece un comunicador y divulgador de los sólidos tesoros espirituales de una "ecumene" helenística que buscaba en Roma

al nuevo eje histórico. Como otros llevaban a la gran urbe los trofeos y los esclavos del Ponto, de Africa, de Bitinia, él aporta, resume y "romaniza" los libros de los filósofos y moralistas del mundo mediterráneo. Afina la prosa romana, la dura prosa quiritaria de los legisladores y los guerreros, para que se acerque a la elegancia, la amplitud y melodía de la prosa helénica. Una ley, una magnanimidad romana, un sistema de valores morales, era necesario erigir para que la orgullosa empresa romana no agotara el mundo en incesante rapiña y carnicería, sino fecundase, también, las almas. Divulgando lo más accesible de la Filosofía griega y de la moral estoica, quería crear una ciudadanía universal del espíritu.

Cicerón no era un héroe, sino un profesor de civilidad y buenas maneras. Y quizá inicia en la cultura latina —de donde llegaría a nosotros a través de la resurrección renacentista— un tipo de conductor político que ya nada le debe a la fuerza física ni al empuje corruptor del dinero publicano, sino al arte supremo de la claridad, la coherencia y la seducción intelectual. (Ya sé que desde Boissier hasta Ferrero y Carcopino, algunos eruditos modernos han denunciado lo demasiado humano que había en Cicerón: sus momentos de vanidad, su gusto de la vida holgada, su cauto conservatismo que se niega a ver los tremendos factores de convulsión y cambio social que eran la secuela de las conquistas y la expansión romana. El caballero triunfador en los debates del Foro, quiere vivir como un aristócrata, y con frecuencia se espanta, hasta evocar nostálgicamente el pasado, ante el desorden y el frenesí del pueblo. Parece preferir, a veces, la "restauración" a la "renovación". Pero oponer a la violencia de los conquistadores un ideal de ley y compostura, sustituir como él decía, el choque de las armas por los trofeos de la palabra, era una nueva actitud histórica, que preludiaba hace dos milenios el mejor estilo a que puede aspirar la Política. ¿Y toda buena política no se hace por la tregua o acuerdo entre facciones disidentes; por ese territorio común de razón y legalidad que se establezca entre los partidos que pretenden la dominación del Estado?

Así, después de la lección del clasicismo griego, Cicerón preludia una línea de políticos humanistas, que en su afán de norma y coherente doctrina, se oponen a la tiranía personal y al realismo grosero de los llamados políticos prácticos. Cicerón despreciaba en Catilina no sólo al demagogo, sino al hombre ayuno de letras. Quería lo mejor que aspira un intelectual cuando se mete en la acción pública: que ésta levante sobre el apetito de poder, un sistema ético, y que el Estado, en la armonía de sus leyes y en la adecuación de sus servicios a cuanto es propio del hombre, parezca, además, una cumplida obra estética. Estética, a la manera clásica, que logra la unidad dentro de lo diverso y perfila con la clara caligrafía del dibujo griego o de la prosa ciceroniana, los deberes y misión del hombre en la comunidad política. Otros romanos pidieron antes que Cicerón, que sus compatriotas fueran fuertes y decididos para servir la República; él pretende, además, que sean justos, instruidos y sensibles. Así como en la casa de Lúculo se servían los extraños manjares, las perfumadas frutas y los vinos traídos del Oriente, mientras danzan las esclavas, Cicerón presenta, para refinar y avivar su dura estirpe romana, los tesoros mayores de la Filosofía y la Elocuencia. Una idea de hombre universal, para quien toda la tierra es su morada, y la sabiduría de los hombres que pensaron antes de él su enseñanza, surge con el orador romano. En los libros de Carcopino se le describe cuidando los costosos manuscritos, pinturas y estatuas adquiridos en Atenas, en Rodas, en Pérgamo, en Alejandría, o discutiendo en una de sus villas campestres, junto a un grupo de avisados amigos, una página de Platón o las máximas de los primeros estoicos. ¡Y cuánto aprendieron de ese humanismo ciceroniano, revivido a partir del Renacimiento, desde los consejeros de los príncipes hasta los oradores parlamentarios ingleses que estudiaron en Oxford o Eton! ¡Cuánto deberían aprender muchos políticos cerriles de nuestro tiempo, que yerguen su furor fanático sobre toda discusión serena, y piensan que la buena sintaxis, la cultura general, el arte de escribir en una limpia prosa, están reñidos con la causa del pueblo! El mensaje de elegancia intelectual de Cicerón, metido en los laberintos de

la política y aspirando, sin embargo, a una justicia superior a la de las facciones de Roma, lo refrenda soportando con entereza y dignidad estoica aquella muerte que habrían de imponerle los destructores de la República. La época de legalismo que había defendido Cicerón estaba desapareciendo para que se levantara en medio de la violencia pretoriana y el escándalo de toda demagogia, la turbulenta creación del Imperio. La palabra del César ahogará la justicia del pretor. Las cohortes de Palacio ya serán incapaces de levantar y defender a un magistrado que hable y piense tan bien. Al optimismo humanista de Cicerón ha de sucederle en la gran prosa romana el testimonio de desengaño y horror, los colores de sangre e insomnio que tiñen las historias de Tácito.

Como buen maestro, no sólo de Latinidad, sino también de Pedagogía, mi querido amigo don Bartolomé Oliver busca en este homenaje venezolano a Cicerón, lo que él llama, justamente, su "Paideia". Volviendo sobre muchos tópicos ya planteados por el pensamiento griego, Cicerón refunde y parece transmitir a la cultura de Occidente la idea de una educación que enfrenta el hombre civilizado, buen ciudadano de la "polis", al hombre bárbaro. Es la meditación y el sosiego, aquel armonioso gobierno de la vida que podía llamarse "sofrosine" o "eudemonía", lo que contrasta la calma y razón del hombre culto a la cólera del primitivo. Con la faena del agricultor que ablanda y cava la tierra para que dé buenos frutos, compara una metáfora ciceroniana —que ha hecho historia, pues de ella procede, precisamente, la palabra "cultura"— la tarea del hombre civilizado para afinar y fecundar su espíritu. Ya él no está enclavado en la vida como en morada incambiable y en el solo pedazo de tierra que miden sus pies, sino aspira a mejorarla en la suprema consolación que da el estudio. Es también ciceroniana aquella imagen de que la destreza del hombre no se mide únicamente por su capacidad de trabajo, sino por su más sutil capacidad de "ocio". De "ensimismamiento", diría modernamente Ortega y Gasset. ¡Qué esfuerzo de reflexión es necesario para ese ocio maravilloso en que el espíritu se contenta con aquellas provincias de la fantasía poética o del "logos" cavilador, obtenidas por la mente en

su extrema pesquisa! Frente al bárbaro y primitivo, confinado en el territorio que le deparó la suerte, el civilizado parece entrar en la plena posesión del mundo; es compatriota y coetáneo en su gran patria ideal de los hombres que pensaron y soñaron antes de él. Todos los oráculos parecen interpretar su destino. Lograr la tranquilidad de ánimo era, en la mejor "paideia" ciceroniana, el fin de todo estudio y el premio más apetecible de la existencia. ¿Y en la vorágine y torbellino que vive nuestra civilización mecánica, no surge otra vez la nostalgia de esa perdida calma del espíritu, que es lo que más se parece a la felicidad? Así nos resulta estimulante esta tardía visita al un poco olvidado Cicerón —a pesar de los fastos de su bimilenario— a que nos convida el libro de don Bartolomé Oliver.

LITERATURA Y SOCIEDAD

Por buscar un paraíso estético de las más alquitaradas o aún sádicas delicias, los teóricos del "arte por el arte" se precavían del significado social de la Literatura; querían establecerla como extraordinario mundo artificioso, con pertinacia tan discutible como los de la trinchera opuesta quienes pedían a lo literario testimonios o alegatos sociológicos. O la Literatura sirve para el "juego de dados" a lo Mallarmé, pura invención fantástica, o puede ayudar a las revistas de Medicina y de Higiene mostrándoles la "degeneración de una familia bajo el segundo Imperio" por efectos del alcohol, el libertinaje o las más turbias herencias, parecían los extremos de un debate a fines del siglo XIX. Pero aun en su descontento y reacción individualista o narcisista contra el mundo burgués y la doble vulgaridad de las masas o de los banqueros, los estetas del primer grupo expresaban una actitud social, del mismo modo que una novela naturalista —cuando está bien escrita— puede lograr un efecto estético. Ninguna escuela tiene valor por sí misma y un mal imitador de Mallarmé es tan insoportable desde el punto de vista artístico como el autor de la más fáctica, rastrera y abultada narración del naturalismo. En ambos casos el problema de la Literatura no es tanto el "para qué se hace" sino el "cómo" se realiza la obra. Hay un tono emocional, un ritmo, un lenguaje, una exigencia de autenticidad expresiva, sin los cuales se cae en el muy conocido infierno de las buenas intenciones. La Literatura arrastra la trágica paradoja de que seres que en su vida normal se comportaban como egoístas o neuróticos, describen la ternura, el desinterés

y el amor humano mejor que muchos hombres auténticamente buenos. Quizás no quisiéramos tener de vecino a Fedor Dostoievski, lo que no impide que nos haya descubierto una dimensión grandiosa de la humanidad. No confundamos el autor con la obra porque caeríamos en el más intrincado engaño.

Pero cada vez que el hombre sale de su yo y se comunica con los demás por la palabra, la actitud o la obra artística, está cumpliendo una función social. Y aun aquel huir de la circunstancia histórica para refugiarse en el muy aséptico o muy demoníaco mundo del arte, constituye también un pronunciamiento público. Decimos entonces que la sociedad capitalista e industrial de Europa era fea, chabacana y depresiva cuando John Ruskin quería salvarla por un regreso al artesanado de la Edad Media; Oscar Wilde vestía pantalones cortos y llevaba un girasol en la mano para espantar a los burgueses, y Walter Pater prefería a toda vida real "los retratos imaginarios". Hasta la queja y el personal dolor cósmico de los poetas del siglo XIX ("the world is too brutal for me", "Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux", "mi canto es el del ruiseñor en la oscuridad") había expresado en su misma desolación o negación, una circunstancia que, aristotélicamente, podemos llamar "política". Exagerando el concepto, los marxistas estarían autorizados a decir que el poeta Kleist se suicidó no sólo por amor o neurosis sino por su descontento con el Estado prusiano. Y cuando colocamos una nostálgica Edad de oro en el remoto pasado o en el más remoto porvenir, también nos estamos definiendo; somos —tal vez— conservadores o socialistas utópicos.

Aclarada esta relación ineludible, irrenunciable, del escritor y el artista con la sociedad, podemos sí inquirir cuáles son las obras que cumplen más válidamente su función estética y humana. Yo diría que son aquellas en que ambos valores de significación no están escindidos; cuando la obra ofrece no sólo el engranaje misterioso de los sueños del artista, su estructura de formas únicas, sino también un lenguaje que hiere o conmueve a otros hombres. En la obra perfecta, el arte parece descubrirse por primera vez. No se trata de traducir el mensaje de un idioma necesariamente

lógico, sino de revivir esa lucha que acontece en el subconsciente del hombre con sus potencias o sus sueños más entrañables. Entonces, el mito sustituye al pensamiento lógico y un cuento o un poema pueden valer desde el punto de vista humano, lo que la mejor obra de Filosofía. ¿No consideraba Schiller al poeta como gran "recordador" o "vengador" de la naturaleza olvidada, el que trae a la presencia del hombre distraído la gran voz del Universo y armoniza su instinto con su razón? Y por eso —sin necesidad de decirlo— la gran obra literaria posee un valor social en sí. ¿Dónde se separa lo estético de lo social en novelas como "Don Quijote", "Crimen y Castigo" o "Guerra y Paz"? Desde el momento en que Cervantes echa a andar a su héroe por los caminos manchegos, y junto a los fantasmas de su fantasía fabuladora tropieza también con venteros, curas, bachilleres, duques o mozas del partido, está tocando o interpretando una realidad española o universal.

Es casi perogrullada decir que el significado humano de la obra literaria depende de su autenticidad, y que ésta es, asimismo, un valor estético. El conflicto entre la obra de arte autónoma y la "comprometida" en que tanto se insiste ahora, pudiera derivarse más claramente a la oposición entre veracidad y falsedad artística. Aquellos escritores soviéticos que sometían sus novelas a las consignas del partido y llamaban "burgueses" a los sentimientos que contrariaban la teoría petrificada, eran tan poco auténticos como los que nos presentan un acertijo sin belleza formal ni metáfora configuradora, como poema ultramoderno. Así como nos fatiga la espontaneidad informe de los malos románticos, también puede disgustarnos el helado hermetismo, sin posibilidad de comunicación, de muchas obras del día. El tipo "pompier" que sólo copia mecánicamente las formas generales de la época y no agrega nada personal al legado del arte, se produce en todas las escuelas y estilos; pudo ser, alternativamente, figurativo o abstracto. Y en la imitación, puramente externa, de una "manera", sin contenido vivencial propio, consiste lo "inauténtico".

Cuando discutimos el valor social del Arte y principalmente de la Literatura, olvidamos con frecuencia que hay

escritores valerosos y escritores pusilánimes. El escritor valeroso es el que revela su verdad aun contra todos los prejuicios de la tribu, el que plasma en la palabra lo que le estaba quemando el espíritu, el que no teme ser impopular para trasmitirnos su razón interior. Son seguramente los que más perduran, pues salieron a la comprensión y al asalto del mundo con personalidad inconfundible. Conocemos sus gustos, sus ideas, sus pasiones; nos hablarán siempre con palabras que brotaron calientes de la fragua del alma. Vivieron,. lucharon y padecieron y pueden ser tolerantes y comprensivos como lo fue Cervantes. Dicen sin falsa ilusión su testimonio, desgarrado o risueño, sobre la naturaleza humana. Juzgan cada hecho no de acuerdo con las normas congeladas en las leyes o prejuicios de toda sociedad, sino como circunstancia nueva que requiere el más radical análisis. El escritor pusilánime se escuda en su follaje retórico, en el adjetivo cómplice y encubridor. La gramática le sirve de viciosa hoja de parra. Sacrifica la autenticidad a las convenciones de los otros. Marcha, como el Vicente del refrán, "a donde va toda la gente". Y por ello no verá ni entenderá más que "toda la gente". Cuando sus metáforas o la habilidad de su estilo con que pudo impresionar a muchos se desgasten o caigan en la caquexia final de todos los estilos, nada queda de él para fecundar el futuro. Serán pequeña curiosidad para un lingüista o coleccionista de rarezas literarias, como quien leyera en estos días los hiperfloridos sermones de Fray Hortensio Parravicino, predicador barroco. Serán ficha filológica, pero jamás obra perdurable, tierna o estremecedora.

De la obligación de ser auténtico depende también la exigencia de libertad para las obras literarias y sus autores. La justicia social —meta y aspiración profunda de nuestra época; palabra que a veces se adultera en planes engañosos de políticos y arengas de demagogos— comienza con nuestro albedrío ético. Ninguna justicia puede prevalecer contra la primera libertad, ínsita a la naturaleza humana, que es la de la conciencia. Y sin derecho al análisis, la discusión, la inconformidad, la protesta, la misma Justicia Social sería unilateral y sectaria; instrumento o mito de poder y no

impretermitible derecho humano. ¡Cuánta auténtica injusticia se enmascaraba bajo la sedicente justicia proletaria de Stalin o la falsa protección a la colectividad que prometían todos los fascismos! Contra la Libertad los Estados-Leviatanes o las superestructuras políticas irguieron siempre un fantasma de seguridad y defensa colectiva, pero ella consistía en no leer los libros de Erasmo, para la Inquisición Española; en olvidar las canciones de Heine y los mejores cuadros de la pintura europea, después del impresionismo, para los nazis alemanes. Esa seguridad nazi o staliniana revestida de falsa justicia social o de revolucionario derecho obrero, era capaz de dar a los alemanes o a los rusos comidas a módico precio fijo, cupones para las tiendas y acceso multitudinario a los estadios, parques y museos, dejándoles el alma ayuna de toda nutrición creadora y rebelde, y conducidos de la mano por los gendarmes. El Estado que se irrogaba el derecho de pensar por ellos. Y salvando lo auténtico de su mensaje, todo escritor que lo sea de veras, ha de trazarse la órbita de su libertad. Se la forja Quevedo en la papelera, cortesana y chismosa España del siglo XVII, y aun los memoriales que no puede confiar a la letra impresa los pone bajo las servilletas de los nobles y salva por la sátira y la burla sombría el furor justiciero de su corazón; lo logra Tolstoy en el aterido silencio moscovita de los zares, y Voltaire, Romain Rolland o Tomás Mann, cruzando la frontera hacia Suiza, país que por ser pequeño y no haber creado un Estado monstruoso no se asustaba de ninguna idea.

La Literatura, además, (y de ahí su reclamo de Libertad), no sólo refleja el estado presente o pretérito de determinada sociedad, sino también se adelanta a adivinar el futuro, puede ver con pupila mágica que desde las miserias o la ridiculez de hoy penetre catárticamente en el mañana. No hay que asustarse por ello —como los muy puros artistas del "arte por el arte"— del uso social y político que se haga, ancilarmente, de las obras literarias. Claro que esto nada tiene que ver con su jerarquía estética, y "Madame Bovary" no es un alegato para que las mujeres incomprendidas logren con facilidad el divorcio y no tengan que suicidarse, como

"Doña Bárbara" de Gallegos, tampoco es un argumento a favor de la agricultura tecnificada y de la necesidad de un buen sistema ferroviario en los llanos de Venezuela. ¿Pero, por qué alterarse, si los que no tienen sensibilidad para otra cosa, extraen de la Literatura semejante lección pragmática?

VICISITUDES EN EL ARTE DE HISTORIAR

Apasionante problema el que suscita Américo Castro en el estudio titulado "Descripción", "Narración", "Historiografía" que abre el reciente libro suyo titulado "Dos ensayos" (Editorial Porrúa, México, 1956). Desde su monumental obra "La realidad histórica de España" el gran filólogo viene lanzando un novedoso puñado de ideas historiográficas que pueden considerarse entre las más fecundas y renovadoras de cualquier historiador de nuestro tiempo. Fue la Filología y el análisis de toda aquella vida guardada o invocada en las grandes obras literarias, lo que entrenó o disparó a Castro en sus años maduros para esta exploración histórica que a veces ha asombrado a antiguos historiadores profesionales y especialistas en determinada época, que no querían mayor alteración o nuevos visitantes en su peculiar coto de caza. El hecho es que él ha sacado a muchos problemas históricos de su aceptada rutina, y la visión de lo español, por ejemplo, ha sido sometida a nueva perspectiva a partir de su libro "La realidad histórica de España".

Separar la Historia de todo aquel círculo determinista en que la encerró el "positivismo" y sus heterogéneas aplicaciones marxistas o conservadoras cuando pretendía deducirse de meras condiciones ambientales todo el quehacer o el comportamiento humano; cuando lo externo al hombre parecía absorber al hombre mismo, y deslindar también la Historia de la Sociología —disciplina que a veces parece su enemiga más que su colaboradora— es gigantesca tarea de

la historiografía contemporánea. O la pretensión científica y generalizadora de los sociólogos hace que con frecuencia ellos se introduzcan en la Historia con ánimo de deducir leyes, a veces pensadas "a priori" sin respetar lo particular, lo irreversible histórico, su encanto y rostro peculiar, con paralela actitud a quien en un Museo de arte griego se preocupara sólo de los materiales con que se hicieron las estatuas, sin advertir la propia belleza o la diferencia que media entre una estatua de Fidias y otra de Lisipo o Policleto. ¿No han pretendido así, algunos antropólogos definirnos oronda y orgullosamente qué es el hombre por la simple explicación de algunas formas de vida de los pueblos primitivos, como si entre ellos y los civilizados no mediara un largo y cambiante proceso de la conciencia humana? Quizás en relación con la Historia la posición del sociólogo deba ser como aquella ejemplar de Eduardo Meyer, el gran historiador de la antigüedad, quien después de invertir toda su vida en el estudio de las primeras civilizaciones mediterráneas, escribió como testamento de sabio las conclusiones sociológicas que le enseñara su agobiadora tarea, en libro tan sustancioso y admirable como su "Introducción al estudio de las sociedades humanas y de los grupos sociales". En una comprobada serie de peculiaridades históricas se apoyaban las tardías generalizaciones de Meyer.

Castro, en este trabajo —y como para fortalecer su propia teoría histórica— no cesa de seguir destruyendo los últimos fantasmas del Positivismo. No se puede aplicar a la historia la idea de "evolución", "como si el proceso creativo de lo humano guardase simetría con lo zoológico". "La vida humana no se somete a mensuraciones y previsiones: un pueblo sumido en angustia o incertidumbre puede derivar de esa misma situación grandezas historiables, insospechadas", escribe Castro. Y además, lo histórico se resiste a "aquellas trabadas cadenas de determinaciones físicas, biológicas o psíquicas. La obra historiográfica, además de describir, narrar y estructurar hace reverberar los valores en forma eficaz y plausible". Ningún determinismo prevé cuándo nacerán un César o un Bolívar con sus personalidades irradiantes, y el auténtico historiador no podrá contentarse, como en

los simples esquemas marxistas, diciendo que César y Bolívar fueron tan sólo los agentes de una clase social. La Historia —advierte Castro—, como "unidad de vida pluralizada" consiste en un "hacer", pero también en un "deshacerse", en un "no hacer", en un "poder hacer esto mejor que aquello"; en un realizarse de cierto modo; en suma, en aparecer como pluralidad diferenciada de modos de existir". Y sólo semejante consideración explica las diferencias y aun antagonismos entre pueblos que tuvieron origen y enseñanza común, como los europeos; las oposiciones que pueda haber dentro de una común herencia románica entre italianos, españoles, franceses.

Desde este punto de vista, la Historia sería un poco la forma con que actúa la conciencia en lo que Castro llama una "morada vital"; es decir, que aunque cómodamente abstraigamos las manifestaciones espirituales de una época llamándolas, por ejemplo, Renacimiento y Barroco, cada nación incorporará en estos esquemas su "vividura" peculiar. (Desde su libro sobre España, Castro viene llamando "vividura" este propio estilo de expresar o de rechazar —porque la Historia da también cuenta de lo que no pudo hacerse— ínsito a cada comunidad humana. Y frente a la abstracta, y un poco descolorida generalización a que aspiran los sociólogos, el historiador se encuentra "con una serie de estructuras fundadas en una ipseidad de conciencia". Cualquiera forma externa que influya en el acontecer —economía, estilos, modas, técnicas de aprendizaje— no se resolverán autónomamente sino en función de esa "morada vital". Fue distinto, por ejemplo, el humanismo germánico del italiano. La palabra "Renacimiento" encubre distintos linajes de peculiaridad cuando se pasa de Italia a España o a los países nórdicos. Con métodos de investigación importados de las Universidades alemanas, los norteamericanos de hoy dieron a la Ciencia otros fines y alcances de los que había tenido en Alemania. Diríase que de los estilos e ideas universales, cada comunidad escoge o rechaza lo que conviene a su "morada vital".

¿Qué es, pues, la Historia: ciencia o arte de ver? nos preguntamos leyendo estas vivaces páginas polémicas de Américo Castro. La definición más perogrullesca —quizás la más acertada para no enfrascarnos en otra discusión ancilar sobre los límites de la Ciencia y el Arte— es que la Historia es Historia, género de conocimiento específico. Y el autor acentúa: "Historiar requiere entrar en la conciencia del vivir de otros a través de la conciencia del historiador, es decir, sirviéndose de su vivencia del vivir de otros. Con esto se enfoca el problema de si la historiografía es ciencia o forma literaria". Y es claro que no sólo la objetividad científica y el escrúpulo con que manipule el documento y haga la prueba testimonial, socorren al historiador en su empresa, sino una intuición y comprensión más alta que se homologa curiosamente con la del artista. Los grandes esquemas o abstracciones con que se trata de ordenar y periodizar el pasado, de poco valen si junto a ellos no se aclaran "sus agentes creadores y quienes las mantenían en vida". Si junto a la abstracción metódica, no situamos la concretización personificada. Ya Spengler trataba de buscar entre la masa de hechos y episodios que integran cualquier Historia, lo que él llamaba el "símbolo primario". Pero el concepto de "vividura", no es sólo el signo o símbolo que subyace en la vida de cualquier pueblo, sino también su posibilidad de asimilar o repeler otras formas; su fluencia temporal. Con imagen de geólogo Spengler miraba las culturas como cristalizaciones cerradas, como cuerpos autónomos o suficientes. Castro las contempla dotadas, también, de intercomunicación que no impide que cada pueblo impregne toda corriente universal de su propia "vividura". Un fenómeno como el de la expansión del Cristianismo se descompone así: "fue primero expansión de grupos hebreos, después de colectividades helénicas y más tarde del mundo romano. La moral del "ama al prójimo como a ti mismo" es hebrea; la dogmática del verbo-logos es neoplatónica; la jerarquía político-imperial fue romana".

Otras páginas de gran agudeza destina Castro en su trabajo a distinguir la "descripción" y "narración" de un hecho de su contenido historiográfico. Si el hombre, según la conocida expresión diltheyana, se realiza como "historia", ya que

poco podría explicarnos en el simple orden de la naturaleza, es claro que en el inmenso caudal de hechos que constituye la vida de una comunidad no todo tiene significación historiable. ¿No se semeja esta intuición u olfato selectivo del historiador a la del gran artista? ¿No lo fueron, historiadores como Tácito, Ranke, Michelet? Cuidado, si el positivismo, que no veía otra ciencia que la natural, sacrificó esa fineza receptiva del historiador, el gusto por el matiz y la concretización, al fárrago documental o a una prematura manía generalizadora. Con el más tenaz denuedo el gran filólogo e historiador español viene luchando desde hace años para que la Historia vuelva a incorporarse como una de las más ejemplares disciplinas humanísticas, y en contraste de la limitada especialización en que se afanan las ciencias de nuestra edad, la tarea del historiador es más bien totalizadora. Historiar es así mucho más que una técnica para reunir o periodizar épocas y documentos; es esclarecer una trama de vida.

TESOROS DEL BOUQUINISTA

Algunos de los viejos libros de pastas rojas, canto dorado y grabados en cobre que encantaron mi infancia en una biblioteca de provincia, vuelven a emerger a mi vista —como rescatando un perdido botín de ilusiones— en un paseo entre los "bouquinistas" de los muelles del Sena. Eran un poco los libros, que pasando por todos los grados escolares, se daban de premio en los Liceos de París, a fines del siglo XIX, y hombre tan caminador y curioso de novedades como fue mi abuelo materno debió llevarlos en sus cofres de viajero cuando vino a Francia a conocer las maravillas de la Gran Exposición Universal y le pareció bien abastecerse no sólo para él mismo, sino también para sus descendientes. Guardados bajo cristales como verdaderos tesoros, los aprendimos a leer cuando en los días lluviosos de mayo o de noviembre —meses de aguaceros en la cordillera andina— no se podía salir a jugar con los muchachos, y el mejor juego fantástico era ver en los grabados las mujeres de Circasia, el templo subterráneo de Elefanta o un extrañísimo paisaje tibetano. El más gozoso y libre viaje de la imaginación. Aprendíamos el francés, directamente, en el Diccionario de Hachette para saber cómo viven los kalmukos o las historias de piratas y naufragios, cacerías y aventuras entre pueblos salvajes que habían de inspirar las novelas de Salgari. El mundo de esos grabados parecía más variado, alucinante y extraordinario, que el que después llegamos a conocer en la época del avión y del exacto documental fotográfico. No se poseían en la casa sino unos pocos centenares de libros, pero con cuánto cuidado se conservaban. Para el muchacho un poco soñador,

Genoveva de Brabante, Piel de Asno o la hermana Ana que clamaba su desgracia a la muda inmensidad, pueden ser personajes de la familia. El libro era el tesoro y la evasión maravillosa, esa fuga hacia el asombro que después no lograron darnos bibliotecas más abastecidas y el continuo reclamo publicitario de novedad que ahora nos asalta en los kioskos y vitrinas de librería de las grandes ciudades.

El libre y auténtico placer de leer se nos reemplaza por la obligación casi profesional de la lectura. No hay mucho tiempo para estar completamente a solas con un libro, y seguir con él, después de leído, esa melodía silenciosa de sugestiones, asociaciones y sueños que parece completarlo o multiplicarlo. La lectura no era sólo noticia e información, sino el fecundo impacto; el vuelo en que se precipitó la fantasía. Cuando ahora se exhibe en los cines parisienses la libre versión que ha hecho Luis Buñuel del "Nazarín" de Galdós, recuerdo que la novela galdosiana fue uno de los primeros libros que leí, y que me ha seguido a través del tiempo la suma tensión dramática que vive el protagonista y el coro clamoroso de mendigos, de prostitutas, de desgarradas y pobres gentes que quiere redimir. Un libro como ese, no sólo me enseñaba —¡qué monótono es enseñar!— sino me hacía vivir la más radical justicia. Quizás nosotros y nuestros libros, gozados y leídos a solas, contemplando los viejos grabados de cobre, éramos los últimos y provinciales representantes de una forma de civilización que no sólo ha cambiado sino que acaso está a punto de extinguirse. Nacimos al final de una época en que era el ojo humano el predominante instrumento de captación del Universo, el maravilloso recolector no sólo de cuanto contiene el horizonte próximo de árboles, montañas, casas y gentes, sino del horizonte lejanísimo de la Biblia y de los cantos homéricos. El hombre ve, y acaso cierra los ojos para seguir viendo; para meditar lo que ha visto.

Pero a ese mundo visual de nuestra cultura —la que empezó en el límpido ojo de los griegos, en su gusto de la claridad y el contorno preciso; el mundo del libro y de la plástica— lo reemplaza ahora un nuevo y agresor mundo auditivo. ¡De qué inmensos e incesantes ruidos se ha llenado

el Universo, desde el tranquilo y provincial tiempo en que yo nací! Aunque ya existía el fonógrafo con sus pocos y discretos discos de canciones, después surgió la radio, y unas espantosas máquinas productoras de bullicio. Se acabó el sosiego de muchos cafés, donde las gentes iban a dialogar en voz baja; y de ruidos enviados desde todas partes se puebla nuestra vida doméstica. Y no sabemos si esta insurgencia de lo auditivo contra lo visual en la civilización contemporánea, se resolverá en armonía cooperadora o en guerra civil del espíritu; y se dará al ojo lo que es del ojo y protegeremos las orejas del alboroto gratuito que se nos dispara sin haberlo pedido. En todo caso, con el invasor mundo ruidoso que ahora se opone al más tranquilo mundo visual, entra la Cultura de Occidente en un difícil disparadero. ¿O no representa, también, el paso de una civilización más personal e individualizada, a una civilización de masas? La pupila que escogió el libro para leerlo, que después lo medita con los ojos tal vez cerrados, y selecciona en el paisaje o la vieja arquitectura el detalle que le parece significativo, cumple un acto tan personal que no se puede confundir con la captación de los otros. Lo que ve Goethe en Italia es desde el punto de vista de la "interioridad" del viajero, muy distinto de lo que verían Stendhal, Taine o el Presidente de Brosses. A través de la pupila, el hombre capta el mundo para después reconstruirlo en la secreta meditación.

No es lo mismo leer a solas, con la posibilidad de descansar o reflexionar ante cada línea, que oír en la radio la transmisión de una arenga política o un programa deportivo. Si la cultura del ruido parece endilgarse hacia lo más común de las gentes, la cultura visual del buen lector necesita descifrar selectivamente un conjunto de signos. O el hombre interpreta un lenguaje que requiere, naturalmente, más fineza y adiestramiento que la automática audición de un "cha-chá". Si también hay una gran música, es, naturalmente la que no se agota en el ruido mismo, sino la que conduce al espíritu a una especie de ensimismamiento, a ese "mar sin orillas" y profunda interioridad en que nos sumen Bach y Debussy. Pero hay una sensible diferencia entre leer una página de Ortega y Gasset o sumirse en la meditación

que suscita el "Concerto Grosso" o la quinta sinfonía, que ser acosado —como es continuamente el hombre contemporáneo— por el estruendo que desata el parroquiano del café al arrojar diez centavos en la boca impúdica del "juke-box".

Ya una gran parte de la humanidad corre el peligro de informarse y crear sus juicios estéticos sólo por el torrente de palabras o mala música que se le ofrece al dar vuelta al botón de un aparato mecánico. El auditor ya no elige, sino parece pedir una especie de estupefaciente y el ruido a veces le evita la obligación de pensar. Si todavía es necesario leer para tener una profesión, merecer un título y recibir un salario, disminuyen por las horas de alboroto aquellas otras horas placenteras de la lectura por sí misma, para incorporar secretamente a nosotros —en secreto tan fecundo como el del amor— el mensaje confidencial de poetas o pensadores. Se entraba antes en un libro como en largo viaje y maravillosa aventura donde nos aguardaban para hacernos partícipes de sus penas, sus ensueños y sus trances, protagonistas de excepcional naturaleza.

El ritmo del estilo de Cervantes se acompasaba no sólo a la marcha y los quebrantos de su gran caballero, sino también a la continua marcha de la fantasía quijotesca. Pasábamos como él la mala y calurosa noche de la Venta para despertar al día siguiente, cerrado el capítulo, con el apetito de la nueva aventura. La prosa imitaba no sólo el desarrollo de la vida apariencial, los caminos, paisajes y refranes de Sancho, sino también la misteriosa cristalización del espíritu. ¿Qué princesas por desencantar y gigantes por vencer habían surgido durante la noche? O cambiando de libro, vivíamos en una provincia rusa varias semanas de extrema tensión —a la vez demoníaca o angélica— en compañía de la agitada familia Karamazov. ¿Nos daría una transmisión por radio, este lento suceder de las cosas, este contrapunto del alma humana, que se expresa en la gran literatura escrita?

Un país de gentes uniformadas por el empleo de las mismas palabras y la repetición de los mismos "slogans" y consignas, sería la parálisis de la civilización, pues toda civilización es variedad y dialéctica; suma de personalidades que se destacan —para cambiar y mejorar la aventura terres-

tre— de los muy abrigados y limitados Juan Lanas. Entre el montón satisfecho, cada civilización tiene que delegar hacia el futuro un pequeño grupo de locos inventores. Ya éste es uno de los escollos de la nueva cultura auditiva y colectiva que se opone a la otra cultura más personal y difícil de la vista y del libro. Antes la cultura salía a buscarse y conquistarse como aquellos doctores medievales que por los malos caminos de entonces iban de París a Bologna, o seguían la pista de un manuscrito, y ahora somos tan cómodos y holgazanes que esperamos que nos la lleven a nuestra casa por la boca de un locutor, aguardándola en bata y babuchas.

Si el hombre no tiene tiempo para un poco de soledad meditadora, para el libre solaz y hasta para el examen de conciencia a que nos acostumbran las grandes obras; para el debate con nuestro propio espíritu, que nos plantean los pensadores, el mundo carecería de todo asombro o, el único asombro posible, sería el que nos ofrece el aparato mecánico. Si estos inventos que vencen el espacio, llevan la animación del foro, el mitin y la plaza pública al más distante cuarto cerrado, y operan el milagro de que asista en mi habitación de París al matrimonio del Rey de Bélgica y escuche al nuevo Presidente de los Estados Unidos diciendo su discurso inaugural, son excelentes auxiliares de la Cultura, no anulan la otra búsqueda de signos más difíciles, de imágenes y reflexiones más lentas que ofrece el libro. Asustan, como futuro desmedro de la aventura humana, aquellos muchachos de hoy que ya no leen libros de cuentos, porque prefieren que se los narren por la radio, o ciertas lamentables casas de novísima burguesía, donde el sitio que podría dedicarse a la biblioteca lo absorben los aparatos mecánicos. Y la familia cree que conoce muy bien el mundo en que vive, que son los prósperos herederos de la más madura civilización, porque el locutor les dijo a las seis de la tarde que ocurrió un temblor de tierra en Chile y se agravó la crisis política en Laos. ¿Tiene valor esa noticia que sólo se escucha; que apenas roza la conciencia, y que mañana —como el cambio de los alimentos de uno a otro día, o como el acto

reflejo de ponerse el impermeable y el sombrero porque llueve y hay que salir— será sustituída por otra noticia?

O el alma inconsistente apenas estará llena de los terremotos que no se vieron y de las crisis políticas que no se padecieron. ¿Pueden vivir —y ya empezamos a verlos— gentes que nunca supieron gustar un poema y a los que dejó insensibles en el cuadro y el libro, la forma y el estilo? Por eso me gusta rescatar en una tarde neblinosa de París, con las dos torres de Notre Dame al fondo, los pequeños tesoros de los "bouquinistas". Quien ya leyó demasiado, se puede dar el premio de seguir leyendo o de realizar en los grabados en cobre, los viajes que no se hicieron o que ya no vale la pena hacer en un mundo que se tornó uniforme, y en que las palabras de una antigua geografía fabulosa: Basora, Samarcanda, Elefanta, perdieron su prestigio mágico. Gocemos con los ojos, tan cautelosos y finos, en el crepúsculo invernal de París, como si fueran a perseguir fantasmas, o tan exultantes y alegres en una mañana solar del Mediterráneo; gocemos de los ojos, camino del sueño, la meditación y la poesía; pues ya no sabemos cómo habrán de emplearlos tantas gentes que en el nuevo laberinto de los ruidos se olvidaron de leer, mirar y pensar. Compraré en Saint Michel mi billete del "metro" y con el botín adquirido —historias y gentes que pasaron por los puentes del Sena; artesanos que imprimieron y encuadernaron los hermosos libros— me escapo a mi pequeña fiesta visual. No deseo ser interrumpido; no quiero escuchar el mal bullicio de cada día. Me basta por hoy el ladrido del perro de la "concierge" que parece saludarme al tocar la puerta, y esa llovizna desganada que empezó a deslizarse en la ventana como dándome un pretexto para no volver a salir. A salir, otra vez, al ruido de automóviles y noticias. Acaso en este momento soy demasiado egoísta y no quiero que me hablen del Congo, de Laos o del Rey de Bélgica. He pedido una tregua para soñar o para meditar.

MENENDEZ Y PELAYO LEIDO OTRA VEZ

Más de los años que median desde su muerte en 1912 nos separan ya de la obra de Menéndez y Pelayo, y la misma robusta perfección y seguridad que vieron en ella sus contemporáneos, hace que ahora insistamos, más bien, en lo que el gran crítico y erudito dejó de ver y en la frontera estilística y emocional que nos aleja de sus juicios. Testigo de una gran renovación lingüística y estética como la del Modernismo hispánico, no se dignó mirarlo, y pasó por su tiempo en actitud un poco regañona, embelesado en los valores del pretérito, sin pupila adivinadora para los nuevos cambios históricos. Escritor de suma precocidad, había leído e investigado todo, antes de cumplir los treinta años, y cuando otros escriben novelas y versos románticos o les agita y embriaga la perplejidad del mundo, este nuevo Pico de la Mirándola se sumía en las grandes tareas eruditas de la "Ciencia Española", la "Historia de las ideas estéticas", la "Historia de los heterodoxos". Aunque menos de dos lustros le separan de un Unamuno o un Ganivet, su misma precocidad le retrotrae a una época anterior, y parece, más bien, cabal coetáneo de hombres más viejos como Valera o Pereda. Nostálgicamente para el gran crítico y para muchos de sus gustos literarios, "cualquier tiempo pasado fue mejor".

Cierra solemnemente el siglo XIX español, y en dicha centuria de letras menguadas, de aislamiento o resignación provincial, comparada con la espléndida Edad de Oro y con la futura generación del 98, fue, sin duda, uno de los ma-

yores prosistas. A veces parece un Macaulay español, alimentado por dogmas antagónicos a los del ensayista inglés. Su retórica latina, su párrafo rotundo y pintoresco le salvan de la común chabacanería y el descoyuntamiento que sufrió la prosa española entre el neoclasicismo y el romanticismo. Su capacidad de absorción erudita, su memoria abisal, su fluencia expresiva, le calificaron tempranamente de genio y quizá lo que le faltó a su obra de escritor fue haber mirado un poco la vida con análogo desvelo al que destinó a los libros. Por muchas de sus concepciones históricas, está en la línea de los románticos tradicionalistas, a pesar de su aparente severidad razonadora y de sus críticas a Bonald y a Donoso Cortés. Romántica fue también su peripecia de erudición individual (los vecinos de Madrid decían que el catálogo de la Biblioteca Nacional estaba en su cabeza), erudición contraria al rigor a que sometieron después el trabajo erudito ilustres institutos españoles como el Centro de Estudios Históricos. Lo que hubo de genial y, a veces, de arbitrario y voluntarioso en su crítica, se corrige dentro de las letras españolas contemporáneas con el método filológico de un Menéndez Pidal y el minucioso aporte de análisis con que volvieron a revisar textos y nombres literarios maestros como Américo Castro, Solalinde, Montesinos, Navarro Tomás, Amado y Dámaso Alonso, Salinas, Reyes, Henríquez Ureña, etc. La crítica y la historia literaria hispana, en el último tercio del siglo XIX, casi está absorbida por el nombre de Menéndez y Pelayo, a quien consultan, como a virrey del idioma, los eruditos de veintitantos países; la crítica posterior a 1898 resulta, más bien, de un trabajo colectivo repartido en muchos especialistas. Pero aun abusando de su nombre, con Menéndez y Pelayo daban batallas políticas algunos escritores conservadores de América, como don Miguel Antonio Caro, en Colombia. Se presentaba al santanderino como inalcanzable monstruo erudito, contra quien no podrían prevalecer ninguna tentativa liberal en política o modernista en literatura. La Gramática y el tradicionalismo que querían extraerse de él, tenían —y aún tienen— los más variados usos.

Es una nota de nacionalismo combativo y receloso lo que le guía en su vasta y muy animada exploración histórico-crítica, que a veces se trueca en cruzada anti-moderna. Siendo comparable en erudición y dignidad estilística a los mayores críticos europeos del siglo XIX —a de Sanctis, Brandés o Saintsbury—, parece faltarle la atmósfera de una gran literatura contemporánea o de un país en plena actividad creadora, y de allí su exaltación del pasado como contraponiéndolo a la mengua o debilidad presente. Aunque sabe gustar —cuando quiere— los valores más autónomos de la Literatura, es más la representación de España dentro de la Historia europea o lo específico del genio español, lo que busca en sus estudios históricos. Pero esta visión y juicio son bastante egocéntricos y no superan —como hemos de verlo— algunos prejuicios y esquemas sectarios. A diferencia del cosmopolitismo de un Brandés, viajero y explorador por todas las literaturas europeas, que busca en ellas lo que parece faltarle a su pequeña patria danesa, el de Menéndez y Pelayo —cuando se acerca a otras áreas culturales— regresa herido del más soberbio españolismo, como si todas las naciones de Europa se hubieran puesto de acuerdo en una especie de conjura contra España para expulsarla o tenerla al margen de la civilización occidental. Fuerzas y valores históricos contra los que se apresta a combatir como "Don Quijote" con los molinos: ciencia experimental, enciclopedismo diez y ochesco, liberalismo y aún mitos más románticos e ingenuos como el de la Masonería, proyectaron sobre España una especie de cordón sanitario que él denunciará ante el mundo. ¿Y no expresa en esto, Menéndez y Pelayo, un típico complejo español y quijotesco, de estar siempre vengando los agravios de España? Había que luchar siempre —como en el mito de la virginidad con que Ganivet comienza su "Idearium"— por la más radical pureza española. Si hubo también —contra su esquema tradicional— un Liberalismo y un Enciclopedismo español, le basta decir que esto fueron excrecencias y degeneraciones; desvío de una corriente histórica desintegrada de su raíz hispánica. Eran pervertidas modas de Francia o asaltos luteranos contra la firme creencia indestructible. Pero, ¿por

qué, si él mismo —como lo ha hecho posteriormente Américo Castro— encontró en la España medieval mayor tolerancia para comunicar y acercar las culturas diversas (judíos, moros, cristianos), exalta luego como privativo de lo español, el inquisitorial recelo que se opuso a la Filosofía y la Ciencia moderna? ¿Habrá que identificar la voluntad contra-reformista como símbolo primario y permanente de toda la Historia hispánica, o ésta —como cualquiera otra— está también sometida a un proceso dialéctico de negación, asimilación y síntesis, que pudo experimentarse en los demás países europeos? ¿Por qué Felipe II hubo de realizar mejor que Alfonso X o Carlos III, el paradigma de una cultura genuinamente española? Y en un "credo quia absurdum" de beligerante hispanidad se convierte, a veces, para él, la crítica histórica. En su juvenil "Historia de los heterodoxos", libro casi monstruoso para un joven de veintiséis años, él da como signo de la unidad política de España y de lo que fue su imperio ultramarino la "unidad de creencia"; y cómo ésta se realiza a través de todas las tormentas, es lo que importa averiguar en el proceso histórico. En un polo opuesto al de la idea económica del Imperio —como pudieron edificarlo los ingleses en las zonas más antípodas del mundo—, la de Menéndez y Pelayo se cifra en un determinante valor religioso, y al unificarse la fe, casi no importan otros valores materiales que aseguren la firmeza de las naciones. ¿No parece contagiado del Oriente —del Islam y del Judaísmo— más que de la Roma que él ama tanto, semejante criterio histórico? Y este gran escritor del siglo XIX fue anacrónicamente insensible a todo problema social. Le basta achacar a los masones, agitadores y descreídos —como el más zafio cura de aldea— algunos de los tumultos populares que vio su época. En su concepción del Estado y la política moderna no iba mucho más allá que un mediocre expositor escolástico, como el Cardenal Ceferino González. Cierto provincianismo mental (el mismo que desvaloriza con destemplado furor polémico algunas páginas de los "Heterodoxos", singularmente en los tomos VI y VII) puede coincidir en él con el brillo de las metáforas y la elocuencia del lenguaje. Llevado por su absorbente y deformadora idea fanática,

cualquier gran acontecimiento histórico —como la Independencia de América— no es más que un episodio de la lucha infernal entre la heterodoxia divisionista y la sólida unidad de creencia española.

Su españolismo unilateral y obcecado, niega y condena todo lo que no coincide con estos valores y formas presupuestas de lo "hispánico". Como ejemplo próximo y de mayor significación para nosotros, puede citarse su actitud ante Francia y ante las civilizaciones indígenas americanas. Todo lo francés que pasó los Pirineos, desde las gentiles y aburridas infantas de la época de Luis XIV hasta las pelucas, la "Enciclopedia" o las novelas de Flaubert, ha sido deletéreo para el genio de España, aunque las exportaciones inversas de Tirso a Molière y de Guillén de Castro a Corneille, fueron provechosísimas para la literatura francesa. Lástima, quizá, que el siglo XIX español —a pesar de sú benevolencia ante el tediosísimo Pereda— fuera provincianamente inexportable. En cuanto a otra de sus fobias: las civilizaciones indígenas americanas, que nunca llegó a comprender a pesar de sus lecturas de los cronistas de Indias, le parecen casi una invención de los jacobinos americanos. Precursores de semejante jacobinismo eran ya en los días de la conquista el Padre Las Casas y el Inca Garcilaso de la Vega. La literatura americana ha llegado a interesarle en cuanto veía en ella la prolongación ultramarina de España, la supervivencia del lenguaje imperial y hasta algunos temas y motivos que, como la épica de la Araucana, penetraron en el fondo común de la literatura peninsular. Sería injusto no advertir, sin embargo, que en medio del general silencio que merecían en España durante el siglo XIX las cosas americanas, la "Historia" de nuestra poesía escrita por Menéndez y Pelayo y la "Antología" que la acompaña, fueron obras ejemplares que avanzaban en documentación, juicio y estilo a cuanto se había escrito sobre el asunto. De los pesados informes que enviaban las Academias correspondientes de la Española, de viejos cronicones y recuentos bibliográficos que había que perseguir desde Boturini y Beristáin hasta José Toribio Medina y García Icazbalceta, extrae su temperamento de artista una historia literaria de gran unidad, in-

corporada al movimiento general de la cultura hispánica. Si parece renuente a reconocer las formas indígenas que impregnan, también, nuestro complejo cultural, es sumamente despierto para definir lo criollo. Juicios suyos como los dedicados al siglo XVI mexicano, al poema de Ercilla, a Landívar, a la poesía y los estudios gramaticales de Bello, conservan aún su más fresca y convincente validez. La polémica surge cuando aborda obras ajenas a su gusto y su tradición clasicizante —como la poesía barroca de Sor Juana, que han rehabilitado contemporáneamente en sus aspectos más enigmáticos investigadores como Vossler y Méndez Plancarte—, o cuando los escritores americanos afirman, junto a la herencia española, el legado indígena y la fuerza y poesía de los mitos autóctonos. Asombra en hombre tan enterado, su insensible ignorancia de la plástica azteca, maya o incaica, y su testarudez para negar la vertiente de misteriosa y sorprendente poesía que los primeros cronistas como Sahagún ya recogieron del pasado aborigen. En las dos corrientes de definición de lo indio, que ya se perfilaron desde el siglo XVI en el pensamiento español, él parece más próximo de Ginés de Sepúlveda que del Obispo Las Casas.

En el curioso "Epílogo" de los "Heterodoxos", el gran crítico ha hecho la teoría de su método histórico y de aquel peculiar "canon" español que aplica a los productos espirituales de su pueblo. Lo más ejemplarmente español será para él lo que una la tradición romana que nos dio la "unidad de lengua y mezcló la sangre latina con la nuestra", y la religión católica que nos dio "unidad de creencia". Lo que no sea católico ni latino, queda, pues, excluido de ese paraíso o jardín cerrado de la hispanidad. Reconquista desde el punto de vista político y religioso, y humanismo renacentista desde el punto de vista literario, serían así los momentos culminantes de la historia española. Pero en ese paraíso o maravilla hispánica que él custodia como armado San Miguel, hay muchos réprobos, y la "Historia de los heterodoxos" fue su infierno dantesco para expulsar o eliminar a aquellos españoles que no se condujeron fielmente con sus dos Romas ideales: la papista y la ciceroniana. Como a pesar

de su pasión exclusivista es hombre de muy fino gusto literario, cuando el hereje tiene el talento universal de un Vives o un Juan de Valdés, o puede escribir tan conmovidos sonetos en lengua inglesa como Blanco White, el juicio del crítico se ablanda un poco, o tal vez se duele de que los haya perdido la cultura española. Lo que jamás perdonaría, es la heterodoxia unida a la falta de sintaxis y a la tosquedad expresiva. ¡Cómo se ensaña con tantos liberales del común —que ni siquiera eran plenamente heterodoxos— y no podían expresarse en cláusulas ciceronianas!

Fijada así su más constante lección histórica, ¿qué nos queda por venerar en tan ilustre nombre? A la general y más objetiva estima del gran crítico, no han dejado de dañarle la hipérbole y el abuso reaccionario que se ha hecho de su gloria. "Saber más que Menéndez y Pelayo" era un difícil desideratum, meta de toda faena intelectual, para quienes pensaban que la cultura se detuvo donde quiso dejarla el sabio santanderino, y que no es posible escribir mejor español que el de los períodos opulentos de sus oraciones académicas. Pero a aquel estilo que Unamuno llamó alguna vez "redondo", comparándolo con el directo y anguloso en que él quería lanzar sus ideas, le ha sucedido otro arte de escribir más nervioso y directo, que encarnaron en su variada sensibilidad los escritores del 98. El extenso tratado o discurso a lo Menéndez y Pelayo fue sustituido por el ensayo unamuniano, que más que un problema resuelto, ofrece al lector un clima de aguda tensión espiritual, o por el ensayo a lo Ortega y Gasset, que opone al conocimiento académico del asunto otra perspectiva radicalmente nueva, historicista o fenomenológica, como si se empezara a tratar por primera vez. Ya no el balance de lo adquirido, sino la aventura de otro descubrimiento, desde otra circunstancia y ángulo histórico, es lo que importa en esos grandes renovadores de la conciencia hispánica. Al mismo tiempo, de una nueva erudición más organizada y repartida en varios especialistas, surgió una prosa didáctica en que la crítica literaria, por ejemplo, se separa de lo que le es extraño, como los argumentos religiosos y apologéticos. Un Menéndez Pidal ahondó, así, en el conocimiento de la Edad Media y en los

orígenes de nuestra lengua romance, y un Américo Castro se afana en definir la profunda brecha oriental —árabe y judía— en lo que Menéndez y Pelayo consideraba romanísima España. Pero se leerá siempre al maestro de las "Ideas estéticas" —cuando pase todo abuso sectario de su nombre— como a uno de los más nobles prosistas del siglo XIX, como animador romántico de la Historia que sabe colorear y resucitar épocas olvidadas; como el autor de admirables retratos literarios (recordamos por el momento el del Arcipreste, el de Fray Luis, el de Cervantes, el de Calderón), cuya elegancia y vivacidad compiten en el horizonte de la crítica literaria europea con las mejores páginas de un Francesco de Sanctis o un Sainte-Beuve. Y esto es bastante en una época en que la Literatura española parecía sufrir de aislamiento provincial, de falta de ímpetu y continuidad creadora. En un balance español del siglo pasado, después de Bécquer y Galdós, ya sólo se salvan muy escasos nombres, entre los cuales el de Menéndez y Pelayo es uno de los más esclarecidos.

TODAVIA SARMIENTO

Hace pocos años, dos profesores de la Universidad de Columbia, en Nueva York —Andrés Iduarte y James F. Shearer—, prepararon para sus estudiantes lo que siempre debería hacerse en homenaje a los grandes escritores americanos: una Antología biográfica en que entresacan de la vasta obra de Sarmiento las páginas que con más vigor aluden a su acción y su vida. Es utilísimo vademecum de inquietudes hispanoamericanas del siglo XIX, que va de lo provincial a lo cosmopolita; el balance de un hombre que tuvo que formarse a sí mismo con desesperada tenacidad y salió a buscar la cultura cuando el correo llegaba en lentas carretas que asaltaban frecuentemente los guerrilleros de las pampas, y unas pocas ciudades, unos pocos libros, unas pocas bibliotecas, con sus añosos diccionarios, se perdían en un océano de desierto y barbarie. Suma de Historia Universal, urgente resumen del mundo, traducido a la mente de un hombre que estudiaba igualmente los "malones" de los indios en las pampas, la ferocidad de los caudillos, los libros franceses e ingleses, los modelos de democracia, trabajo y educación popular que debíamos aprender de los norteamericanos de entonces. Escritor que quiere salvar las distancias técnicas y morales que nos separaban de Europa, y mete en un libro que no tiene clasificación literaria precisa como el "Facundo", la sociología, la novela, la historia, la tipología de una balbuciente América. Libro que acaso asuste a un europeo acostumbrado a separar los géneros y trazar las fronteras más racionales de los conocimientos, pero que en su desorden —como de poema cosmológico— contiene lo

consciente y lo subconsciente de la vida hispanoamericana, desde los planes del letrado hasta las recetas del brujo.

A veces no estamos de acuerdo con Sarmiento; le replicamos ideas o generalizaciones demasiado apresuradas que no alcanzaron a cristalizarse; no siempre equilibra aprendidas teorías europeas con sus tremendas intuiciones americanas; pero le admiramos su plenitud humana, la singular fiereza con que se apostó como vencedor de monstruos, como Heraclés o David joven ante la confusión y el drama argentino de su tiempo. Correspondía a su especie aquel elogio que él mismo dedicó a un gran gobernante chileno: "como Deucalión hace brotar hombres de las piedras y rehabilita en esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana, tan envilecida y pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla".

Quizá es Sarmiento en nuestro siglo XIX, después de Bolívar y antes de José Martí, uno de los hombres Argos, que tuvo mil ojos para ver simultáneamente la angustia de la tierra y los laboriosos caminos que podían conducirnos a la civilización. Su fuerza y su curiosidad prevalecen por ello sobre su equilibrio estético, pero el "Facundo" y los "Recuerdos de provincia" inician en dos direcciones: la épica y la íntima, "La Ilíada" y "La Odisea", los dos caminos más constantes de toda literatura hispanoamericana. No eran las dotes del literato puro, sino también del combatiente, del rastreador, del baqueano, del que podía vivir junto con la vida de los sabios y los cultos la experiencia de los más humildes, las que debían auxiliarle en continua exploración problemática. Este "gran gaucho de la República de las letras" —como fue la frase feliz de Menéndez y Pelayo— arroja sus botas andariegas y su pala de minero para entrar a una biblioteca, subir a los primeros trasatlánticos o discutir con Monsieur Guizot la política de Francia en el Río de la Plata. (Rosas era el precursor más rudo y más auténtico del chabacanísimo Juan Domingo Perón. Era el arrabal matrero, el complejo de inferioridad ante la inteligencia, la degeneración del coraje, lo que debíamos superar para ser civilizados. Y el odio en sectas en que se dividen los países, cuando los federales de Rosas se ponen a exterminar "los

salvajes, inmundos unitarios".) Tenía la noción de su muy peculiar circunstancia histórica y había escrito sobre sí mismo: "Soy un ente raro. Soy el intermediario entre dos mundos distintos. Empecé a ser hombre entre la colonia española, que había concluido, y la República, que aún no se organiza; entre la navegación a vela y el vapor que comenzaba. Mis ideas participan de estos dos ambientes. Yo soy el único que queda todavía gritando: ¡Mueran los godos! Pertenezco a los viejos revolucionarios de la Independencia y voy con la teoría de entonces y la práctica norteamericana contra lo que queda de vieja colonia".

Necesaria situación de antítesis para que el espíritu criollo alcanzara la modernidad. Había otros hombres en la misma época que, como don Andrés Bello, preferían decantar reflexivamente lo que parecía circunstancial y episódico en muchas actitudes de Sarmiento, y buscaban unir con mayor sosiego la tradición y las corrientes reformadoras. Tampoco ese Sarmiento que aprendió el más raizal y sabroso español en su infancia provinciana y, como mejor artista que ideólogo, supo detenerse y colorear sus añoranzas, era tan extremadamente moderno como él mismo creía. Pero cuando ponemos a discutir en sus encuentros de Santiago de Chile al maestro venezolano y al maestro argentino, olvidamos que, a diferencia de Bello, Sarmiento no se contentaba con ser sólo un letrado, sino también un forjador político. Y los discípulos más inquietos de don Andrés ya comenzaban a abandonarlo para buscar el tempestuoso aire de la calle, las consignas de liberalismo radical que venían de Francia y que en Hispanoamérica se traducían en lucha antioligárquica, cuando el caminador don Faustino establece su cátedra de Romanticismo polémico en un cuarto destartalado de los portales de Sierra Bella. Allí murmura contra don Andrés, que se preocupa demasiado de la gramática y de Garcilaso; habla de cambiar la literatura, modernizar el idioma, incorporar con suma velocidad los progresos de las grandes naciones; cree con fe religiosa en los ferrocarriles y la "Revue des Deux Mondes" (las máquinas, los libros y la divulgación de los idiomas extranjeros acabarán con Rosas) y sigue embistiendo sin tregua contra todo el gravamen de

ignorancia y superstición que pesaba sobre los países de América. Que el campo —el terral indómito de donde salió como un cardo Facundo Quiroga— no siga viviendo en el siglo XII, en el mayor atraso feudal, mientras una minoría urbana lee a Víctor Hugo y se viste con los figurines de París.

Educación niveladora y conciliadora que equilibre los grupos y comarcas escindidas de una misma nación y complete el proceso liberador de las guerras de la Independencia. Si en aquel debate chileno de los 40 —tan significativo para la Historia de América—, Bello también creía en la democracia, pero la supeditaba a un lento proceso de cultura, a un pacto prudente y reflexivo entre el legado tradicional y los valores modernos, Sarmiento quería llegar a la modernidad por un nuevo acto de fe. No hay que esperar que todos sean sabios y comedidos, como lo quiere don Andrés Bello.

El romanticismo, que tiene en Sarmiento su más señera figura hispanoamericana, quizá su primera personalidad hispánica (¡qué tímidos, convencionales y llorosos eran los españoles de entonces ante este toro bravo de las pampas!), no sólo era la necesaria reacción contra la sequedad neoclásica, la expresión de lo íntimo y lo cambiante contra la fría intemporalidad de la literatura anterior, sino también el impulso volcánico con que los pueblos se liberan de toda torpe atadura tradicional y toman conciencia de su nuevo destino. Democracia y romanticismo se juntaban en Sarmiento: afirmación del individuo contra las castas dominadoras, del pueblo, contra los autócratas, del trabajo contra el privilegio. Entre la necesidad de conocer la cultura moderna, que nos venía en los libros ingleses y franceses, y observar, al mismo tiempo, los fenómenos peculiares de las sociedades hispanoamericanas, oscila tensamente el espíritu de Sarmiento. Es un trabajo más complicado que el de cualquier escritor europeo, pues tiene que moverse en zonas y problemas sometidos a un opuesto sincronismo. Era por una parte negación del pasado colonial, examen del presente, conjuro patético del porvenir. América se le ofrece como una necesaria y todavía no ensayada síntesis humana. Cree ver en los Es-

tados Unidos, con su ofuscación de lo inmediato, un como proyecto anticipado de lo que podría ser la América Latina. Su continuo sociologismo (Sarmiento es un precursor de la Sociología americana, como también de la literatura criollista) interrumpe el dato europeo para clasificar —como lo haría un naturalista con una planta extraña— los hechos sin precedente que vio en su tierra argentina. En esta parte mejor de su obra, la inédita y descubridora, la que no leyó en los libros sino padeció en su propia naturaleza, las metáforas le alumbran más que cualquier razonamiento lógico. "Los caudillos —dice entonces— son los frutos naturales del desierto. Los gauchos viven en la civilización del cuero. El doctor Francia murió de la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso". El inteligente Alberti, a quien le faltaron, para hacer más viables sus ideas reformadoras, aquella visión y pasión de lo terrígena que Sarmiento parecía sentir aún a pesar suyo, lo llamó alguna vez, peyorativamente, "el Plutarco de los bandidos". Pero Facundo Quiroga, El Chacho, el Fraile Aldao y todas las metáforas que se asocian a su mundo circundante, eran necesarios para pintar y definir como en una catarsis civilizadora la vida real de la Argentina.

Esos retratos y metáforas en que se cristaliza el don visionario le harán siempre leído como uno de los prosistas perdurables de nuestro ya muerto siglo XIX hispanoamericano. Cuando las ideas envejecen y nuevas corrientes filosóficas o rectificaciones políticas opacan la ideología de un escritor, parece que le salvan sus metáforas, aquel como inalienable dominio de su fantasía en que él fijó el testimonio personalísimo. Y no es el Sarmiento europeizante, demasiado crédulo en las ventajas de la civilización industrial, refunfuñón contra España, los indios y los mestizos, es el que todavía sobrevive, sino el que transmitía en "Facundo" y "Recuerdos de Provincia" su experiencia intransferible, su coloreado arte de narrador. Y otra cosa más que acerca su biografía a la de Franklin y a la de Lincoln: la epopeya personal, ejemplarmente democrática, de quien se elevó desde la pobreza, por el coraje, el estudio y la persistencia, a los sitios más preeminentes del mundo. Su explicable egotismo

puede así decir —para edificarnos— que llegó a presidente de la República quien fue antes minero, guerrillero, bodegonero, maestro de escuela; a quien ningún oficio humano le fue extraño y no obtuvo la cultura como dádiva que se expende en las Universidades, sino fue a pelearla y ganarla como duro botín en el combate de toda la vida.

Es quizá el primer escritor que hace entrar en toda su variedad tipológica y paisajística, en sus "trabajos y sus días", a la literatura hispanoamericana; viejo padre de la novela, la biografía y el ensayo futuros. Los ñoños "cuadros de costumbres", género inferior y un poco aldeano que escribían sus contemporáneos de América, se truecan al pasar por su mano en epopeya y mural. Se empina sobre el campanario de su aldea perdida, sobre los arriscados aleros, frente a la soledad de los Andes, a pedir soberbia y virilmente, su reclamo de cultura integradora. Devuelve en libros, en granizadas de páginas, las balas de las montoneras rosistas. Ningún resentimiento ni tabú le inhibe, y sus botas de gaucho le llevarían con la más dinámica audacia a las mesas de los sabios, a las bibliotecas y sitios reales. El hombre había nacido para abrirse paso como el viento "zonda" por entre las rocas y breñales de la gran cordillera, para destruir con su ímpetu democrático todos los muros y cercados del antiguo régimen. Y cuando alguna vez se le critica su fuerte temple y se le llama "don yo", porque habla mucho de sí mismo, sabe responder irónicamente: "con la modestia que me caracteriza".

Quizá con sentido sublimador ha realizado en sí mismo la hazaña opuesta de los caudillos que fustiga: viene del pueblo; como ellos es creador de su propio linaje, pero quiere conducir sus gentes no al asalto de las ciudades y la opresión de los débiles por los fuertes, sino a la conquista de la cultura y el ecuánime disfrute de todos los bienes de la tierra. Nació casi en un desierto y quiere legar a los pósteros una tierra de promisión. Con él, además, la literatura criolla, saliendo del juego cortesano, el conformismo reverencial o el ejercicio purista del académico, comienza a convertirse en ineludible compromiso del hombre

con su circunstancia histórica. Es batalla para darse todo, para exponer el cuerpo y el alma.

Un libro como el "Facundo", descubridor de temas, fue célula henchida de otros libros americanos. Invitaba a desafiar los monstruos, humanizar la naturaleza, cumplir la hazaña prometeica de llevar a todos la luz. Y de esa intención y aliento sarmientesco, superior a la literatura misma, porque se proyecta sobre toda integridad humana, parte una de las direcciones de América. De joven, Sarmiento leyó la "Biblia" y de viejo alcanzó a conocer a Whitman a través de las cálidas referencias de Martí. Y hay algo de bíblico y whitmaniano, religioso y democrático a la vez —a pesar de sus ilusiones positivistas—, en su actitud de profeta y de sembrador curtido por el viento. Después de expresar el drama de su país y hacer su expedición de Odiseo en busca de la cultura, soñaba en un convivio de pueblos que salvara en el nuevo Continente, en las Mesopotamias de Argentina, la miseria, ignorancia y desigualdad de otras épocas y razas. Contra la sumisión y la noche, trazaba un camino dialéctico al pensamiento y al quehacer hispanoamericanos. Quería que emuláramos en prosperidad y libertad a los anglosajones, paradigma y compendio del mundo en aquellos años.

Claro es que Sarmiento necesita también ser rectificado (nada más peligroso que la muda idolatría ante los grandes hombres), pero en la manera con que a la vez le admiramos y le replicamos, radica la vitalidad caliente de su mensaje. Otras obras y escritores se olvidan, sencillamente, o terminan de morir, sin debate, en las páginas de las Antologías; son apenas fichas y noticia lingüística para los historiadores de la Literatura. A Sarmiento aún le vemos cabalgar sobre el potro en pelo de los más bravíos problemas americanos; trae la huella de su insomnio y su sudor viril, derribó o domesticó monstruos, y puede sentarse, como los gauchos de sus libros o lós rapsodas de las primitivas mitologías, a contar, bajo las estrellas, su relato inconfundible. El también se trocaba en personaje mitológico y escribía su propia saga, luchando con la naturaleza y el furor de los hombres.

VARON HUMANISIMO

"Varón Humanísimo" llamaba siempre a Linneo en pulidas cartas latinas que antes fueron escritas en castellano neoclásico, no carente de emoción y sensibilidad literaria, don José Celestino Mutis, el gran naturalista del siglo XVIII, quien desde los más varios lugares de la Nueva Granada y de tan pintorescas toponimias como Cácota de Suratá y Parroquia de Bocaneme, informaba al sabio sueco de sus hallazgos botánicos y discutía con él sobre las "chinchonas" y "jacquinias". El descubrimiento de cierta especie de begonia en las florestas de clima frío, que bordean el Tequendama, motiva una epístola de pulcra belleza, y la planta que Linneo clasificara como "begonia ferruginea" en la página 419 de su "Supplementum" es celebrada como una nueva constelación. Las cartas de Mutis, reunidas en excelente "Archivo Epistolar" por el erudito colombiano Guillermo Hernández de Alba (Bogotá, Imprenta Nacional, 1947), constituyen un regalo de la mejor prosa didáctica española —ninguna otra puede superarla en elegancia y fluidez en el siglo XVIII—, y un ejemplo moral de cómo ni el desierto americano, ni el rigor de los caminos, los hospedajes y los climas, impedían a un sabio y un humanista semejante persistir en su trabajo explorador, ni vencer su optimismo sobre los bienes que la mal conocida América deparaba al mundo. La idea de servicio y comunicación universal de los espíritus era un tema insistente de sus cartas a Linneo. A veces esta correspondencia y la que Mutis mantenía, simultáneamente, con Su Majestad Carlos III, con el Virrey, el Arzobispo y con el Barón de Humboldt, a comienzos del siglo XIX,

se interrumpe porque los ríos están muy crecidos, no ha llegado el "propio" que lleva los papeles a la ciudad, o se sublevaron —como en la revuelta de los "comuneros"— indios y contribuyentes, o uno de sus discípulos, Francisco Antonio Zea, fue sometido a proceso por peligrosas actividades conspirativas. Se avecina una revolución en la América Española, y el mantenerse sereno y defender a sus colaboradores entre el peligro y fragor de los tiempos es otra de las lecciones del ponderado maestro.

Evoco los saludos de Mutis a Linneo al referirme a la obra de Alfonso Reyes, a quien Universidades, lectores y admiradores de todo el Continente agasajarán este año con motivo de sus bodas de oro con la literatura. Y quizá no haya en las letras de América hombre que merezca mejor el epíteto de "Varón humanísimo" como este gran mexicano en quien la perfección de la forma coincide con una estética superior del espíritu. Va de adentro hacia afuera y viste de gracia comunicativa lo que primero fue profundo y entrañable. En una literatura frecuentemente desigual, violenta, discontinua, como la hispanoamericana, Reyes mantuvo siempre su "sofrosine" y ofreció su comprensiva "caridad" en el sentido etimológico de la palabra. El gran humanista y escritor padeció como el sabio Mutis la presión de una época tormentosa; a veces alguno de sus compatriotas le llamó demasiado "internacional y extranjero" y su moderación y ecuanimidad nunca quebrantaron la justeza en la actitud y el cortés sosiego del estilo. Nadie, tampoco entre sus contemporáneos, se ha preocupado no sólo del valor artístico de la palabra, sino de lo que importa más: su significado ético y su casi peligrosa función sociológica. Con buenas palabras, Alfonso Reyes siempre nos brindó deleitosas y buenas razones, y la política, la demagogia, el oportunismo no lo desviaron de aquella función casi sacramental de administrar el verbo. Semántica, Estética y Moral coinciden en platónico equilibrio en la continua búsqueda e inesperada definición de sus tratados y ensayos. Prosa que, como la de Santayana en lengua inglesa, recuerda en español la estructura musical y plástica del "Banquete".

Caridad, según el Diccionario, es no sólo virtud teologal de amar a Dios y al prójimo, opuesta a la envidia y la animadversión, sino también limosna y auxilio que se presta a los necesitados, refresco que en ciertos lugares de romería confortaba a los caminantes, agasajo con ocasión de honrar a los difuntos, y en un país de tanta y misteriosa riqueza semántica como México, hasta el alimento y la dádiva que se llevan a los presos en días de visita. Y metafóricamente podemos decir que todas estas formas de Caridad, caridad como amor, enseñanza y refresco —pues nada "desaltera" mejor que la buena prosa—, nos las ofrece la obra de Reyes. Es el prosista más significativo y de más universal intención que dio el postmodernismo hispanoamericano; el hombre en quien culmina una revolución lingüística y que anuncia, al mismo tiempo, otro clasicismo. Espíritu conciliador como lo fue en el siglo XIX don Andrés Bello, aunque la prosa de Reyes alcance una dimensión de gracia, agudeza inventora y trabajo artístico que no fue nunca el propósito del humanista venezolano. Además, Reyes vive en una época en que los conocimientos están más compartidos y repartidos que en la de Bello, y a pesar de su infinita curiosidad y de estudios tan extensos y sólidos como "El deslinde" (prolegómenos a la teoría literaria), es lo interpretativo sobre lo didáctico lo que prevalece en su obra. Desde que él comienza a escribir, el español logra en su pluma una madurez y plenitud, moderada y reorganizada ya por una nueva voluntad clásica. En la primera línea de los prosistas hispanos del siglo XX y en la varia familia estilística que va de Azorín a Ortega y Gasset, está la de Alfonso Reyes, en quien los gustadores del estilo pudieran definir otras y muy depuradas esencias. Las conquistas impresionistas y sensacionistas que consiguió el idioma en las vísperas del presente siglo, se perfeccionan en él con mayor rigor conceptual; hace el viaje de ida y regreso a los clásicos, interpreta a Gracián y a Quevedo y extraerá poesía hasta de la más austera papeleta filológica; y traduce a los ensayistas ingleses, que también contribuyen al humor de su estilo, y se mete en el misterio de la poética mallarmeana. Le interesan, desde temprano, las grandes aventuras e hipótesis de la Física mo-

derna y hace en escolios impecables las primeras síntesis de los libros que están agitando la conciencia occidental en el presente siglo: Husserl y la Fenomenología, Dilthey y su historicismo, Spengler o Toynbee. Peripecias y explicaciones demasiado grandes para cualquier espíritu, si no estuvieran equilibradas o neutralizadas por su congénita moderación y aún por su humorismo. Una cortesía que parece típicamente mexicana pule todo exceso, asordina toda violencia. Es —como en la prosa del Inca Garcilaso o en el teatro de Alarcón— una nota casi mestiza frente al diapasón demasiado alto de la prosa española. Grandes escritores peninsulares, como Unamuno y Ortega y Gasset, parecen con frecuencia reconvenir al lector, sermonearle o tirarle de las orejas. Alfonso Reyes le ofrece, en cambio, una buena silla para que transcurra el coloquio. Su prosa no es regaño, sino confidencia amigable. Y siendo tan universal, hay hasta en sus travesuras de humanista, en muchas notas y apuntes que parecen hechos de la nada y son sus minutos de juego frente a sus horas de meditación, un primor casi indígena, como el de los decoradores de lacas y cerámica en su artesanísimo pueblo mexicano. Con gracia para expresar el detalle y subrayar todo matiz, ha escrito páginas que como la encantadora "Visión de Anáhuac", pudieran delegar la prosa española junto a los "Trois Contes" de Flaubert en la prosa francesa. Con la "leyenda de San Julián, el Hospitalario", emularía aquella descripción de Reyes en una escuela para formar prosistas.

Pero no es sólo su virtud de sabiduría y estilo la que le hace "Varón humanísimo", sino la intención y mensaje que impregna desde sus obras eruditas hasta sus más libres ensayos. A cierta casa de la Avenida Industria, en Ciudad de México, como antes a las embajadas mexicanas en París, Río y Buenos Aires, acudieron siempre los escritores de América en busca de su sutilísima percepción crítica, su refinada erudición, su ánimo de concordia. Y esta última virtud, que ya invocaba Juan Luis Vives en el encrespado fragor de su tiempo, parece aún más necesaria en un continente escindido por violencias políticas y discontinuidad en la Cultura, como nuestro mundo hispanoamericano. Además,

en la convulsionada experiencia que ha sufrido el arte mundial en las últimas décadas, en el continuo cambio de estilos y extrema tensión de las corrientes filosóficas y de las ideologías, pocos como Reyes lograron el milagro de mantenerse "muy antiguos y muy modernos", templar los fanatismos con un doble ejemplo de comprensión y sosiego. La polémica que cada escritor de América sostenía en su propio país y ante su propia circunstancia se complicaba con la polémica universal, y era necesario haber aprendido primero la Etica en Spinoza y las Humanidades en los grandes poetas y filósofos inalterables, para no dejarse arrastrar por los contrarios torbellinos que parecían arrancar de cuajo nuestro subsuelo histórico. Así, el esteta y el crítico que comenzó siendo Alfonso Reyes, debió avanzar —yo diría que por necesidad antropológica— a otros territorios de la Cultura en los que el hombre aspira a más firme fundación, como la Filosofía y la Historia. De temas históricos fueron nuestros últimos diálogos, ya que todo lo que el hombre padece y el impacto que en él clava la realidad, su "dolor cósmico", se traduce en Poesía, Filosofía e Historia. El nuevo Fausto no quiere extraviarse en la aventura, ni aun rejuvenecerse al calor de las muchachas bonitas, sino salvar, siquiera, la integridad de su ser.

Ahora pienso que como en aquella biblioteca de la Avenida Industria, donde Alfonso Reyes almacenó tan pulcramente la cosecha de su vida, y donde las escaleras, los cuadros y los tapices parecen separar épocas, escuelas y grandes nombres, el sumo papel que ha desempeñado en la cultura americana de nuestros días es el de un clarificador, de un intérprete, de un ordenador. Aplicar la síntesis a una inmensa masa de hechos y destilar la verdad y la norma dentro de lo confuso, es su oficio de intelectual. Como en el más extenso y documentado de sus libros, la época necesita "deslinde". El gusto por la "legalidad de las cosas" lo llevó a profundizar en la vida griega como la primera cultura que salvó al hombre del miedo y del caos de la naturaleza y sometió todo a ley y a ritmo. Encontrarlo hasta en lo aparentemente más arbitrario, ha sido afán suyo que puede hacer una teoría del lenguaje poético autónomo, como en su des-

cubrimiento y definición de las "jitanjáforas". Frente al turbulento océano de hechos contrapuestos y contradictorios que colma la obra de otros, este ordenador prefiere concentrar las esencias. Quienes por demagogia política —tan frecuente en nuestros países— llegaron a decir que no era bastante mexicano por ser tan universal, olvidaban que se revela más sobre México en tan substanciosos ensayos como los de "Pasado Inmediato", "México en una Nuez" o "El Testimonio de Juan Peña", que lo que podría abultarse en los más profundos librotes. No es culpa suya que él logre expresar en pocas páginas lo que en otros exigiría quinientas, y que aún su visión de México no sea la populachera y bizarra que se lleva a la feria o el mercado político, sino la que se acendró largamente en la conciencia.

De semejante actitud se desprende aquella fórmula y programa que Alfonso Reyes enunció alguna vez, y que sintetizaba en la frase de "aseo de América". Es decir, no llegábamos a la Cultura por la simple acumulación de datos y noticias, por mezclar todo en cierto tonel de las Danaides de la vida intelectual, sino por un proceso de limpieza, ordenamiento y selección. La selva y el instinto suelto nos rodeaban por todas partes y el buen educador debía llevar tijeras de jardinero. El estilo no es cualidad ni ornamento adjetivo, sino, como en la prosa platónica, resultado de la coherencia y la efusión interior. Como en la Mitología griega después que se había luchado con los titanes, era preciso proceder al ordenamiento de nuestro cosmos social. Que la decantada "juventud de América" no sirviera de justificación a la pereza y el desorden. El "aseo" de América era también la suma clara y el preciso balance de las corrientes, ideas y nombres que configuran nuestra vida histórica. Y como en Menéndez y Pelayo, pero con más claridad y universalismo, el gran crítico y ensayista que hay en Alfonso Reyes ha tenido que llegar por ese camino definidor a la Historia y la Filosofía. Es en este plano que supera lo accidental para buscar lo constante cuando se opera la conciliación de la guerra civil de dogmas, prejuicios y sectas que sufre el pensamiento de nuestros días. Porque si ningún escritor puede eludir el deber ciudadano de luchar políticamente por lo que

cree justo, en cuanto hombre de pensamiento, necesita superar lo anecdótico y circunstancial de la contienda. Y lo ejemplar de Reyes, sin haber dejado de ser un liberal de diáfana conducta, o quizá un socialista platónico, sin negarse a la justicia que su desgarrado pueblo buscara en la revolución, es traspasar lo episódico para inquirir también por esa alta y difícil conciliación. Si el resto de los hombres están sumidos en la cólera, ¿no ha de pedirse a los intelectuales que se mantengan serenos? Y el mal jacobino no se ocuparía de San Juan de la Cruz o de Calderón, porque fueron sacerdotes, como el mal reaccionario expulsaría de la Historia literaria a Galdós, Unamuno o Antonio Machado. La quema del hereje o la beatificación de lo convencional y ñoño que puede existir, tanto a la derecha como a la izquierda, expresa el inesperado retoñar del fanatismo de nuestros días. Así, por el espíritu de secta, cada uno con las aspas sueltas de sus pasiones, quiere moler para el propio molino o ennegrecer y acidificar el pan de los demás hombres.

Se puede en esta discordia —tan típica también de nuestros pueblos hispanoamericanos— atribuirles toda virtud y calidad a los indígenas para negarla a los españoles; se puede ser partidario de una exclusiva leyenda negra o una no menos exclusiva leyenda dorada; pero el historiador, el crítico, el filósofo, deben analizar con la mayor objetividad posible todo lo que existió, así como el muy católico Menéndez y Pelayo tenía que empacharse a veces de erudición judía o islámica para comprender el proceso milenario del pensamiento hispano. Y siendo tan aguerrido contra la herejía, el buen don Marcelino estaba tentado de absolver a algunos herejes cuando escribían con elegancia o podían ofrecerle un pensamiento original. La verdadera actitud del humanista cristiano es incorporar a Sócrates a las letanías mayores y no dejar a Virgilio a las puertas del Paraíso. Y así podemos hablar de la integración mexicana e hispanoamericana, que desde nuestro ángulo particular ofrece la obra de Alfonso Reyes. El mismo artista que con tan coloreada maestría nos dio la "Visión de Anáhuac", escribe —como juntando cola y cabeza de nuestro complejo cultural— aquellos sagacísimos "Capítulos de Literatura Espa-

ñola" en que está algo de la mejor prosa crítica de su generación. En su alma estos extremos históricos pueden conciliarse. Lo que fue guerra civil o discordia étnica, ya es Historia integrada.

¿Por qué no ha de ser el lenguaje —en esta época maravillosa de la Optica y cuando se logró descubrir el microscopio electrónico— un instrumento de la más ceñida precisión, y por qué el erudito y el artista no conviven y se hacen mutuos préstamos en una ciudad ideal de la Cultura? Y por todo lo desmalezado, exuberante e inútil que había en la prosa y el saber hispanos en el siglo XIX, Alfonso Reyes forjó su idioma como puntal de exactitud y pulcra belleza. La inspiración y la arbitrariedad, los buenos gramos de locura que necesita también la obra de arte, pasaron siempre por el exigente tamiz de su inteligencia. En muchos entrenamientos, casi barrocos de su prosa, como aquel tratado "Si el hombre puede artificiosamente volar"; en obras menores como "Tren de Ondas", "Cocina y Bodega", "Arbol de Pólvora"; en muy gentiles notas de "Simpatías y Diferencias", el gran humanista quiere jugar al buen aire libre de toda invención lingüística. Elevará, entonces, el suelto globo coloreado de la "jitanjáfora" o nos contará con perfecta cortesía una anécdota levemente picaresca. Nada de lo humano —aún la travesura— le resulta extraño. Rescata de viejos papeles toda una pequeña enciclopedia del doble sentido, como la libertina carta que "envía un aperador a su señora" de Mateo Rozas de Oquendo, en que la picardía peninsular está ya recibiendo la sabrosa mistela de la picardía mestiza, pero aún en juegos tan peligrosos nunca ha de perder la perfección apolínea. Y cuando parece que nos vamos a sorprender y escandalizar de oír tales cosas de nuestro tan ponderado Alfonso Reyes, extrae de sus archivos una ficha clara y prolija, y desde los griegos clásicos hasta los europeos modernos, desde "La Odisea" hasta el "Ulysses" de Joyce, nos explicará las transformaciones de determinado tema literario.

La literatura, como sumo vehículo de comprensión de los pueblos, como primera dispensadora de los goces y la paz del ánimo, como blanca diosa que oponemos al furor de los

tiempos, pudiera decirse de Alfonso Reyes en un ensayo ejemplar de concordia humana. Quizá sea con un francés de la Sorbona, un inglés de Oxford o un alemán de Munich, uno de los cinco o seis hombres que tengan mayor cultura literaria en el mundo. Los libros se transforman en él, según la metáfora goethiana, en palabra viva. Son caminos, espejos, estímulos de una humanidad mejor. Llega a los cincuenta años de ininterrumpido trabajo literario, cuando el vino del Otoño acendra toda la fragancia y densidad capitosa. Todo se decantó de desorden e impureza en esta obra ofrecida a una América conciliadora y cordial. La América del espíritu que debe ser. Es uno de los pocos y universales maestros que ofrecen "sofrosine" y "caridad" en los días de discordia. La luz entra temprano en su biblioteca de la Avenida Industria en Ciudad de México, cuya arquitectura se comparó con una piscina de varios y riesgosos trampolines, porque Alfonso Reyes es un continuo Odiseo. "Varón Humanísimo" de los pocos que pueden enseñar y aconsejar al continente.

IMAGEN DE MOZART

Hace varios años cumplí lo que puede llamarse una expedición mozartiana por ese fragmento tan peculiar de Europa —extraña encrucijada entre el mundo latino y el mundo germánico, entre los Alpes y la llanura centro-europea; puerta también del mundo eslavo y camino de invasores húngaros y turcos—, que va de Salzburgo a la anchurosa Viena, a la concentrada Praga, a Dresden, capital del más fino rococó (ahora destruída por la última guerra) y a todo el país de Sajonia, donde la gran poesía del clasicismo y el romanticismo alemán vivió su momento extraordinario. Aunque Mozart visitó también París, Roma y Londres, ningún paisaje le parece más propio, tiene más afinidad con su música y su misterio estético que éste que nos llevaba dèl transparente verdor tirolés al dorado Moldava y al Elba, asomándonos en Viena al casi oriental Danubio. Al sur está Italia; al Norte, Bohemia; al Este, Hungría; al Oeste, Baviera. Límites que acaso coinciden con la armoniosa y ondulante infinitud del arte de Mozart; con su gracia latina ahondada de nostalgia nórdica; con aquella cavidad otoñal, poblada de rumores y reflejos en que nos hunde su música. Llegamos a Mozart como al final de un espléndido día; y el paso de la luz a la noche, ese inmenso y menudo lenguaje de matices que acercan la naturaleza al corazón del hombre, nadie lo sabe decir y orquestar como semejante hechicero. No es todavía el agrio dolor cósmico de los románticos, la desamparada rebeldía que tuvo su primer intérprete en Beethoven, sino vaga añoranza consoladora. Mozart siempre viene y regresa a un mundo memorioso —verdadero

mundo platónico—, donde alternativamente fuimos felices y quizá tristes. Sobre el Universo que podría destruirse y cuya naturaleza luciferina no le fue extraña, él intenta un último minué. Angeles de porcelana rococó con guirnaldas floridas, aún juegan en interminables jardines. Pero más allá de las apariencias, de las aguas, de los árboles, está en Mozart —con mayor grandeza que en Poussin y los paisajistas barrocos— la infinidad inaprehensible. Detrás del delicioso juego de colores, formas, timbres y danzas se extiende el infinito del alma.

No es sólo la Naturaleza o la Arquitectura —las nubes, las montañas, los pinos de Salzburgo, el blanco caballo de su plaza episcopal que parece arrastrar las cuadrigas de la música contrapuntística; los salones y galerías de los palacios vieneses, las cúpulas de Praga y sus puentes esculpidos del más reptante barroco, o aquel mundo de encaje y porcelana que Dresden proyecta sobre el Elba— lo que emparenta a Mozart con ese variado paisaje, sino un complejo mayor de influencias culturales, que quizá contribuyan a explicar el enigma del autor de "La flauta mágica". No conozco hombre o artista alguno que sirviera de medium a un paisaje y a una civilización, a la suma de contrarios en que se subliman los valores de una época que iba a morir, mientras despiertan matinalmente los de otra edad de la Historia, como este joven y frágil titán; el más perfecto músico que jamás existiera. Bach es más grave y religioso; Beethoven más trágico, Wagner más dionisíaco; ninguno más deliciosamente encantador, hecho a la medida del hombre, a la gracia, la meditación, la danza y la melancolía, como este mago precoz, en quien Goethe adolescente —siete años mayor— vio más allá del terciopelo, los encajes y el casi caricaturesco espadín cortesano, algo de alucinante y espectral. Goethe —tan vigoroso— acaso anteveía en él un temprano y nocturno convidado de la muerte. Como en las más aéreas creaciones de la época Rococó, la música, la danza, la arquitectura parecen haberse fundido para forjar un arte único; y completando los artificios del hombre están los quietos espejos de las aguas, la parda oquedad del bosque, la noche que desciende poblada de ecos y de sombras.

Himno del hombre en plenitud, no tan perplejo y doliente como Beethoven, no tan demoníaco y soberbio como Wagner, sino del que coordina líricamente todas las voces y ritmos de la naturaleza, del que pone a compás su corazón con el Cosmos. Como en aquel cuadro de Leonardo da Vinci "La Virgen de las rocas" (clave del arte más espiritualizado de todo Occidente, lección diabólica o angélica de toda pintura), hay también en Mozart un juego de líneas invisibles, de gradaciones y esfumados que integran los elementos distintos e imanta de sustancia espiritual los seres y las cosas. Sería el más natural o naturalístico de todos los artistas, el que hace cantar con voz más propia la cascada y el follaje; el que pinta mejor la coloración de los árboles, el dulce laberinto de las alamedas, los bermellones finales del atardecer, si tan claro traductor de lo sublime no poblara de ultra-terrenalidad el escenario del mundo. Hacer drama multánime lo que no pudiera expresarse en palabras; imprimir en la Naturaleza un conflicto de interioridad es el secreto de su genio. Por eso trasciende de la gracia y fragilidad juguetona del Rococó para acercarse —aunque lleve traje cortesano— a las fragosas colinas de donde ya se divisa el Romanticismo. Por eso impregna la música de una fuerza dramática que no se había conocido hasta él. No es sólo el drama religioso, la sumisión, el asombro o recogimiento ante el Creador sufriente como en las sublimes cantatas y oratorios de Bach, sino el drama humano, aparentemente tan bufo como el de "Las bodas de Fígaro", o trágico ya como en "Don Juan", o asomado a una comarca esotérica, más allá de los sentidos del hombre, como en "La Flauta Mágica". Nadie realizó mejor aquella función órfica de la música de encantar y adormecer la oscura pasión, y transportarnos arrobadoramente a la ribera de los Campos Elíseos.

No basta decir que en Mozart culmina el arte de la sonata y de la sinfonía —música del hombre moderno en su cambio de frases y modulaciones, en su dramatismo psicológico, en los varios efectos de colorido con la ayuda de los diferentes timbres que integran la orquesta—, porque es una infinita expresividad, una indecisa y maravillosa lontananza

lo que nos abandona a su sortilegio. Con él vamos por los boscosos meandros de un río dorado, como si averiguáramos qué genios, qué misteriosas divinidades habitan más allá del crepúsculo. Si miramos la espléndida lejanía, también desde la orilla, brotan, a veces, las más ligeras danzas. Nos dejamos conducir en la barca de este Caronte encantado. Traspasamos con él la barrera existencial que separa la muerte de la vida. "Umano, spoglia, rinova", tres etapas del alma en su proceso de entrega y suma iluminación espiritual, decían los místicos medievales.

La grandeza de Mozart —dijo alguna vez Wagner— no consistió en su habilidad de combinar todos los procedimientos contrapuntísticos (ya lo hicieron Haydn y Gluck), sino en infundir en la música "toda la profundidad de los infinitos deseos". Es así el puente que une la época clásica, el maduro y empelucado otoño de la cultura europea con el tormentoso romanticismo. En él todavía se oyen Haydn y Bach y el "concerto" cortesano y la alegre bufonada de la ópera cómica a la italiana; pero también anuncia a Beethoven, a Chopin, a Wagner, a Debussy. Pasamos simultáneamente en su música de la barroca galería de los espejos, proyectada sobre el enorme parque a la francesa, de árboles tan sintácticamente cortados como los alejandrinos de Monsieur Voltaire, cruzando después por el pequeño pabellón de las porcelanas y el frágil teatro de marionetas, para hundirnos ya, en aquel momento de atardecer y de noche, de solitaria y desgarrada intimidad que es el signo de lo romántico.

Y aunque aparentemente tan distintos, provoca comparar el cambio dramático en la Historia del Arte que puede asociarse al nombre de Mozart, con el que personifica en la plástica otro genio contemporáneo, nacido en opuesta provincia de la cultura europea, como Francisco de Goya. Se diría que nada aproxima biológica ni espiritualmente al fino joven de puño de encaje, muerto a los treinta y seis años, que pasó por la vida con sorprendido pie de serafín y el rudo paleto de Fuendetodos, sensual, invencionero y sarcástico. Goya conocerá la experiencia de la revolución, y verá fusilamientos y corte de cabezas y motines macabros del

pueblo hirsuto, entre escobas y fusiles, con rasgos tan trágicos como los de sus "Caprichos". Mozart se despidió de la vida en 1791 (aún no habían guillotinado a la bella princesa austríaca a quien besó de niño en la corte de Viena), con las frases sincopadas, de intranquilo suspenso de su "Requiem", cuyas notas de doliente presagio parecen vaticinar la música de "Tristán e Isolda". Pero en ambos genios se consuma y transfigura la época para avistar el arte de los tiempos nuevos. De las ceremonias, los juegos, la gracia, la travesura, el adorno y la máscara del mundo cortesano que todavía vieron Mozart y Goya, se habrá de llegar al de la soledad y la rebeldía beethoveniana, al de las más ácidas aguafuertes goyescas y aquel grito existencial de que "el sueño de la razón produce monstruos".

Precursores de un lenguaje y una sensibilidad nueva, hay ya en Mozart y en Goya los contrarios caminos que conducen a una nueva edad de la Historia. Y más allá de toda técnica, de las fronteras entre un arte espacial y un arte temporal, de la Pintura y la Música, puede interesarme a mí (que no soy musicólogo) cuál es ese factor de cambio que ambos genios aportan a la cultura de Occidente. El mundo monárquico de la época anterior, el de las Cortes y el Estado absolutista quiso someter la vida a un estilo solemne y reverencial en que todo impulso humano se trocaba en máscara, disfraz, hinchado ornamento. Tiempo de pelucas, volutas, ceremonias y adornos rocallosos. El alma del hombre daba los repliegues tornasolados del caracol. Aún Mozart compone para esa sociedad cortesana obras de encargo que, como su "Clemencia de Tito", es más obertura que drama, énfasis que sentimiento. Lo que la sensibilidad de la época no se atrevía a decir se transportaba a un plano mitológico, a una historia descoloridamente clásica, como la de las tragedias que recomendaba Boileau. Héroes romanos o dioses del Olimpo griego que se comportan como nobles de Versalles o pastores de tapicería, pueblan aún el escenario de las óperas de Gluck, cuando en los pueblos y aldeas de Francia se escriben ya las primeras palabras de protesta y agravio que han de llevarse a la Asamblea de los Estados generales. La nobleza acude a la Opera como a una cere-

monia, quizá menos pomposa que una cacería real. Naturalmente que otras fuerzas soterradas y profundas trataban de configurar la nueva conciencia: aquella música de alta religiosidad compuesta —como él decía— "a la sola gloria de Dios y la instrucción del prójimo" que en su olvidada ciudad alemana había compuesto el pequeño burgués Juan Sebastián Bach, preocupado padre de veinte hijos; el optimismo racionalista y la función prometeica que se asigna al hombre en las definiciones de la "Enciclopedia"; el rescate de un olvidado mundo natural que enseñaba Rousseau.

Casi temoroso de alterar su peluca o el puño de encajes con que se sienta al clavecín en una estampa célebre, en contenida rebeldía contra su padre, a quien le interesa el "virtuoso" más que el creador, y quisiera pasearlo siempre como precoz maravilla por todas las Cortes de Europa, un Mozart angustioso —menos conocido que el Mozart alegre— se adelantaba a explorar nuevas comarcas del espíritu. Es el que en el drama musical —tan opuesto ya a la mitología decorativa a lo Gluck— quiere darnos los rasgos más escondidos de la vida del alma, lo demoníaco moderno, el laberinto de la conciencia en su afán de ser inmortal e insaciable como los dioses. Toda una línea del arte europeo, que desde el "Don Juan" y "La flauta mágica", pasando por "Fausto", nos llevará en el siglo XIX a Beethoven, Balzac, Wagner, Dostoieski. Estamos abandonando el mundo juguetón del Rococó, del minué cortesano, las marionetas y las figuras de porcelana, para concentrarnos en nuestra más penserosa y herida intimidad. Se piensa en el proceso análogo que hace el arte de Goya desde los tapices de San Antonio de la Florida —última cosecha de la gracia Rococó— hasta "Los caprichos", "Los fusilamientos", "Los desastres de la guerra" y aquel extrañísimo "Naufragio" pintado en su extrema vejez en que funambulescamente antevé ya el Surrealismo. Pero el viejo Goya, poseso y anticipador de lo que ha sido el Arte en los últimos ciento setenta y cinco años, vivió bastante para consumir y vaticinar las épocas como el "Saturno" de su delirante creación, mientras Mozart apenas abre con mano dulce la otra y nocturna puerta que estaba más allá de los biombos pastoriles de su tiempo. Con su

gusto por la bufonería de las calles y los teatros italianos, por la comedia burguesa, y su aspiración masónica de fraternidad universal, él equilibraba la continua presión de lo cortesano.

Intimidad y libertad para el hombre es lo que pide contra el terror, el odio, la superstición —lo que él mismo llama "el reino de la noche"— en la música suprema de "La flauta mágica". Y órficamente, en una visión musical de la historia humana, por la voz de Tamino, joven y enamorado como Mozart, levanta contra la discordia su iluminada utopía de felicidad. Si la música de "Don Juan", por su inquietud fáustica, por el desafío metafísico que hace al orden del Universo, hubiera merecido los versos de Goethe, la de "La flauta mágica" se coordina con el mensaje libertador de la poesía de Schiller. De este modo su obra no es sólo el más consumado deleite que jamás se inventara para los sentidos del hombre, sino también un camino y una aspiración de la conciencia occidental. Diríase que tan extraño drama, a pesar de su juego ilusionista, termina con un "imperativo categórico" como la filosofía de su contemporáneo Kant. No había sido extraño el joven músico a aquella ciudad del hombre libre que estaba buscando contradictoriamente la "ilustración" y el pre-romanticismo del siglo XVIII.

El hechicero de Salzburgo había superado la propia gracia y sensualidad de su paisaje histórico, dejando en el grave canto de Sarastro que Dilthey comparaba con "los sencillos y grandes lineamientos de la arquitectura egipcia" y en el aria de amor de Tamino, la imagen de una humanidad más conciliada y más bella que la que le tocó vivir. ¿No es esto la trascendencia de todo gran arte, más allá de la técnica y del deleite mismo, cuando platónicamente la suprema belleza se identifica con el supremo bien?

TESTIMONIO DE GABRIELA

Entre los mejores testimonios biográficos sobre Gabriela Mistral, ahora que estamos llorando su partida, contará el reciente libro de Benjamín Carrión —el gran escritor ecuatoriano—, que he leído como si fuera el epitafio acabado de escribir. Se llama "Santa Gabriela Mistral", como si Carrión quisiera expresar en el título que Gabriela fue mucho más que un poeta, una personalidad moral, un alma que irradiaba enseñanza y destino. En presencia de Gabriela nadie podía estar espiritualmente inactivo; era preciso compartir su perplejidad, sufrir o aceptar su problemática, seguirla, discutir o pelear con ella. Acompañaban siempre a Gabriela, por esa fuerza y mensaje que emanaba de su persona, numerosos hombres y mujeres. En todas partes donde estuvo, ejerció una especie de Ministerio moral de América que no tenía otro poder y otra sanción que la de su limpia y justiciera sinceridad. Como en Tagore y en Selma Lagerlof, la Poesía fue para ella una especie de Pedagogía superior y totalizadora. Con un poco de sarcasmo, un escritor chileno la comparó por su intuitivo don de mando, por su capacidad para hacerse seguidores y prosélitos con un "toqui" araucano, con aquellos jefes indígenas que conducían sus gentes entre los bosques de lanzas españolas. Otro decía que Gabriela era de aquellos seres que, como los profetas de la Biblia, pretenden hablar con Dios sin hacerse anunciar por porteros e intermediarios. Pero su liderato se ejercía en un clima de admirable sencillez y espiritualidad. Oyéndola hablar como sacerdotisa de una peculiar religión indo-americana, como extraordinaria narradora de cuentos

y consejos ancestrales, parecía que hubiera grabado el mapa de América en su corazón. Y nadie —después de Martí— escribió páginas de una Geografía caminada en las landas heladas de Patagonia, en los desiertos del Norte de Chile, en las húmedas colinas de Puerto Rico, en la altiplanicie mexicana.

Desde el famoso prólogo que dedicó a "Desolación" en 1923, tan fino artista como Pedro Prado, siempre se destacó en Gabriela este valor intrínseco del ser —tan importante como su "vis" poética—, que explica la enorme influencia que ejerció entre todas las gentes que la trataron. "Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo", le decía Pedro Prado en aquel retrato todavía juvenil. Y agregaba que Gabriela, como ninguna otra mujer, tenía "la boca rasgada por el dolor" y se la reconocía en todas partes "por la nobleza que despierta". "Por donde pasa, ablanda los duros terrones y hace germinar las semillas ocultas que aguardan". A esa personalidad, que completa en dimensión humana la del artista, es a lo que mejor alude Carrión en su lograda biografía. Doctora entre los hombres, como si su ciencia infusa acendrara toda una inmensa tradición de pueblo y como si sus metáforas tan expresivas, tan empapadas a veces de lenguaje directo y de sangre, las recogiera como frutos y zarzas de la tierra que hollaban sus plantas. En ella el sentimiento parecía más fuerte que la palabra, y como Unamuno y Santa Teresa —con quienes a veces la compara Carrión—, no le importaba romper la melodía de un verso para dispararnos, transida, la tensión ardiente de su alma. Casi sería feroz, como en los "Sonetos de la muerte" si su pasión no trascendiera de religiosidad y anhelo metafísico. Fue casta y ardiente, y habló a veces entre la espuma de las revelaciones, como todas las Sibilas.

Qué es lo que ella significa en casi cuarenta años de historia de la conciencia y la sensibilidad hispano-americana, es lo que quiere definir Carrión en su excelente biografía. Como otros jóvenes de América, que en la fecunda década del 1920-1930, trataron a Gabriela, el escritor ecuatoriano fue su habitual contertulio, y el eco cotidiano de aquella

intimidad, el halo de energía espiritual que iluminaba todos los actos y actitudes de Gabriela, está recogido en estos recuerdos. Gabriela, mujer y madre de todos los niños del mundo, encendida de justicia por todo lo que en nuestra América lo pide a voces, y metida en la aventura humana de aquellos años —¡parecen ya tan trágicamente distantes!— en que la utopía de la Sociedad de las Naciones, de un socialismo humanizado y de una cultura universal ascendente, prometían asegurarnos un mundo más feliz. Era antes del Nazismo y de la segunda guerra mundial, y la maestra chilena, después de enseñar en México y conocer la esperanzada experiencia mexicana, aleccionaba para el trabajo espiritual en el Nuevo Mundo a un numeroso grupo de estudiantes y aprendices de escritores hispano-americanos. Donde no llegaba su palabra, iban sus cartas con aquella letra gruesa, escritas a veces a lápiz, con la sencillez de un recado de familia, alternativamente cariñosas o regañonas, para celebrar un primer libro, censurar una injusticia, estimular una buena acción. Como si no hubiera dejado de ser maestra, Gabriela Mistral compartía el pan y pasaba la lista de sus jóvenes visitantes. Para cada uno en México, en Cuba, en Chile, en Ecuador, quería señalar una tarea. Se trataba, nada menos, que de defender, frente al divisionismo político del mundo hispano-americano, un legado espiritual y moral común, una herencia de cultura y aspiración de justicia que tenía validez para todo el continente. El fuego contagioso y la pasión creadora de esta mujer parecía convencer a los hombres más ariscos.

Y es que Gabriela fue —y hay que agradecer a Benjamín Carrión que nos lo recuerde— un momento y expresión única de la sensibilidad y la conciencia hispano-americana. No sólo sus poemas después de los excesos preciosistas del Modernismo, aportaban a la Lírica de nuestro idioma un desgarrado vigor auténtico, un testimonio existencial, como no había sido frecuente desde el lejano tiempo de los místicos, sino que su obra literaria —venciendo el erotismo y sentimentalismo ingenuo de la anterior poesía femenina— iba a la conquista de un nuevo horizonte humano. Al mundo decorativo de los modernistas, oponía otro que tenía su raíz en la

Biblia y en los grandes mitos prometeicos, poesía en que su angustia y frustración de mujer no lloriquea, porque prefiere rebelarse o salir en cruzada de autenticidad. Como en los grandes poetas primitivos, creadores y augures de civilizaciones, forjadores de la conciencia moral, el Arte no fue para ella ocio decadente o fuga del mundo, sino aceptación de un compromiso trágico con la vida. Al llamarla "santa", Benjamín Carrión alude al mito maternal que siempre se asoció a su nombre; al austero combate, belleza y esperanza que nos enseña ejemplarmente su poesía.

EMILIO BOGGIO Y SU PINTURA

El mes de agosto de 1919 no fue baldío para la cultura venezolana. Los periódicos de la pequeña metrópoli (la Caracas millonaria de hoy apenas contaba 120.000 habitantes), anunciaban la llegada de la Compañía de Opera del empresario Braccale, con estrellas como Hipólito Lázaro, Giusseppe Danise, Amaki Miura y Albertina Cassani; el poeta mexicano José Juan Tablada había dado a conocer en pequeñas reuniones de artistas algunos "caligramas" poéticos análogos a los que Guillaume Apollinaire había compuesto en Francia, y las primeras muestras de una condensada poesía sintética, como los hai-kai japoneses (Tablada había vivido en el Japón), que recoge pocos meses después en el hermoso libro titulado "Un día", discreta reacción contra el ya vocinglero modernismo, celebrada por los jóvenes poetas de entonces. Aprestábase el país a celebrar durante ese mes el centenario de la batalla de Boyacá, y entre tantas noticias aparece la de la llegada a Caracas —después de cuarenta y dos años de ausencia— del viejo pintor Emilio Boggio. El diario "El Universal" informa que el ilustre maestro abrirá el día miércoles 6 de agosto, a las seis de la tarde, una exposición de cuadros "impresionistas". Y como esta palabra parece todavía un poco rara en el vocabulario periodístico venezolano de la época (aunque ya había envejecido en Europa), los cronistas, en cansada prosa, intentan definir la novedad del adjetivo.

Como Teresa Carreño y Reinaldo Hahn, Boggio, que volvía a la tierra natal con blanquísimas barbas sexagenarias, fue uno de esos extraños hijos pródigos que da la tierra

venezolana, y a quienes la pobreza y estrechez de nuestro siglo XIX, lanzó a soñar y a triunfar lejos. Aunque algunos de los pintores de su generación, como Rojas y Michelena, disfrutaron en el país de Premio y favor oficial bajo los últimos gobiernos decimonónicos de Crespo y Andueza, la pintura de Boggio, que no trataba temas históricos ni conmemorativos, expresada en distinta técnica, no podía apreciarse ni entenderse en la Venezuela de 1890, y el artista siguió viviendo en los círculos artísticos de París; en una casa campestre, rodeada de perales y manzanos, en Auvers sur Oise; en Pontoise, donde a fines del siglo, el vecino más notorio se llamaba Camille Pissarro, y un inquieto huésped estacional tenía el nombre de Paul Cézanne, o en soleados veranos en Nervi, en la costa ligur, cuyas rocas, bañadas por el sol poniente, pintó en más de un cuadro. O con fuerte sensacionismo quería que su pintura recogiese el violento ardor del "sirocco" batiendo los oleandros o encrespando la espuma del litoral genovés. "Sirocco" se llaman, precisamente, muchos bocetos de aquella costa encantada.

De doble ancestro latino —el padre, Juan S. Boggio, oriundo de Génova, y la madre Celia Dupuy, caraqueña, de origen marsellés—, Emilio Boggio había nacido en Caracas en 1857. Don Juan S. fundó en remotos años y en la caraqueñísima esquina de Sociedad, una casa de comercio que con el oriental nombre de "Al profeta" y bajo su última razón social de Boggio, Yanes y Compañía, duró hasta la generación presente. Se especializaba en sedas de Lyon, telas estampadas y bonitos artículos de quincalla para vender en toda la República. Y el muchacho debió hacer hasta los quince años forzoso servicio de dependiente, ocupándose más —distraído y retraído— en dibujar en papel de envolver los rostros de las gentes que pasan por la calle, la caricatura de los tipos populares, la obsesión de sus primeros sueños. Era todavía la Caracas rural y pintoresca, la Caracas de alpargatas, arrieros y burros labriegos, de vendedoras negras y mestizas con extraños azafates, de desmelenados rapsodas y filósofos populares conocidos por sus apodos, que recogían en sus croquis, por aquellos años, el maestro Martín Tovar y Tovar y el amable costumbrista Ramón Bolet.

Para hacerse más serio, aprender las lenguas europeas y descubrir la importancia del comercio, don Juan le envía a Francia y su tentativa de bachillerato francés se pobló como la de todos los jóvenes, de versos de Baudelaire y discusiones sobre la sensibilidad nueva. Quizá vio la "Olimpia" de Manet, la "odalisca del vientre amarillo" —como la llamaban los críticos más conservadores de la época—, servida de su negrita que podía ser caraqueña. Volvió a Caracas en 1877, a decirle a su padre que definitivamente no servía para vender muselinas y cintas en la esquina de Sociedad. Como don Juan hizo buenos negocios durante los años guzmancistas, asocia y encarga del almacén a don Carlos Yanes y decide trasladarse con la familia a París, donde tratará directamente con los exportadores y recibirá sus dividendos venezolanos. Allí, inconforme con la vida burguesa, con odio ya patológico a toda actividad mercantil, el joven Boggio confía en 1879 a don Emilio Maury el propósito de dedicarse al Arte y vivir su peligrosa vida de artista, aún en abierto combate con la familia. ¿Pensaba el mozo que el señor Maury iba a convencer al testarudo padre del deber de respetarle la vocación? Pero el mundo artístico de Maury, hombre de taller cerrado, pintor neoclásico de temas alegóricos y mitológicos, que admiraba en París a Monsieur Bougerau, tampoco coincidía con el del inquieto joven que ya había leido a Baudelaire y vagado por aquellas barracas —lejos de toda gloria oficial—, donde exponían los pintores impresionistas. El taller de Jean Paul Laurens, sumo maestro de la Pedagogía artística reconocida, hábil preparador para el éxito directo de los salones, y a donde llegaron hacia 1883 los jóvenes Arturo Michelena y Cristóbal Rojas, no logró entusiasmarle mucho aunque allí se relaciona —amistad para toda la vida— con el pintor Henri Martín.

Sus primeros años de carrera artística se mezclan con un drama de pobreza y apartamiento. Vive con su padre el drama de Baudelaire con el rígido General Aupick. Hay días de dificultad y suma pobreza. Tendrá que morir su padre y mediar don Carlos Yanes, quien le estimuló comprándole algunos de sus primeros cuadros, para que em-

piece a recibir una renta segura. Y ésta sufre los descensos y colapsos de las malas épocas venezolanas a fines del siglo pasado. Hay, además, ásperos conflictos sentimentales como el que le suscita una modelo, trocada en amante celosa, quien mientras él duerme —por vengarse de las rivales imaginarias— le hunde la mano derecha en un recipiente de agua que hervía en solución de vitriolo. Y le queda la mancha corrosiva de tan terrible amor, y huye de la mujer —como lo hacía, a veces, su admirado poeta Baudelaire— de la deletérea Juana Duval. Hombre tan afectivo, parece perseguido siempre del infortunio amoroso.

Como compensación, la vida de París en aquellos años febriles que median entre las primeras exposiciones impresionistas, la exposición internacional de 1889 y el alba del nuevo siglo, era una época del más bullente cosmopolitismo en la historia de Francia. Después de la derrota prusiana, el genio francés que enterró a sus viejos maestros, despertaba más ágil y universalista y parecía hacer la síntesis estética de todas las culturas del mundo. París se llamaba la fórmula final. Si Manet tradujo a Goya al francés y aplicó la técnica goyesca de la visión unitaria a un espectáculo múltiple como el de las carreras de Longchamp, o el de los paseantes del jardín de las Tullerías, Monet había regresado de Inglaterra y Holanda con su nueva concepción de la luz, con su difusa atmósfera vaporosa, con su lenguaje de prismas y vibraciones. Y un infinito dinámico, suelto y musical como no había conocido antes la pintura. La barca donde pintaba Monet en el Sena, reflejando los trémulos colores del agua; su estudio en Argenteuil y las discusiones de artistas en el café de "La Nouvelle Athènes", atraían a las generaciones jóvenes. También la Literatura, pasando por las polémicas de naturalistas, decadentistas y primeros simbolistas; por las "soirées de Medan" y el antípoda cenáculo de Mallarmé, en la rue de Rome, renunciaba a la representación completa de la realidad, para lograr el encanto y la vivacidad de lo momentáneo. Cuando con los naturalistas parecía haber triunfado un pretencioso positivismo aplicado al arte, ahora otros artistas se enrumbaban a un mundo casi mágico, o fragmentaban la naturaleza, para ex-

traerle más personal e inédito estremecimiento. El misterio y maravillosa fugacidad de la vida no se logra intentando describirla (había muerto Balzac hacía muchos años, y Víctor Hugo se momificaba en gloria oficial), sino penetrando su cambiante apariencia, apresando en un trazo, una mancha, una "impresión", el encanto de lo irreversible. Si no entendemos las esencias, gocemos, al menos, la fiesta de las apariencias, parecían decir algunos pintores. La pintura ya no quería ser Didáctica, Teatro, Moral, Anécdota —como en otras épocas— sino simple y mudable goce lumínico. Antes de la bomba atómica y como peripecia sensorial del hombre, se quería desintegrar la naturaleza. Había que servir la realidad en fragmentos sangrientos y vivaces, más despiertos y ágiles que la propia vida. Por la barca de Monet, en el Sena, o por el gran rosetón de la catedral de Reims, cada hora pasa con distinta luz, quebrando un nuevo haz de reflejos y fundiendo las más sorprendentes masas de color. Y el exotismo, la ausencia de lo demasiado común que cada artista busca por intrínseca necesidad romántica, ya no era necesario perseguirlo en paisajes o temas lejanos. Se había encontrado primero en la floresta de Barbizon y ahora lo ofrecían, con la nueva técnica de mirar, los puentes del Sena, las avenidas de París o la multitud dominguera que almuerza o se acaricia en los jardines públicos. La civilización, con sus inventos mecánicos y la nocturna luz artificial, engendraba otro mundo de magia: aquellas sombras luminosas, aquel cielo gasificado que se funde con las chimeneas de los trenes en el cuadro "La estación de Saint-Lazare", de Claude Monet. Será esta excitación la que nutre con tenaz frenesí, los años todavía juveniles de Emilio Boggio. Intentará las más diversas formas y lenguajes en su demonismo expresivo. Se ensaya primero en someter las figuras a violentos escorzos o en la anécdota pintoresca de un cuadro de interior, quien después, bajo el imperio de Monet, habrá de trocarse en espléndido pintor de paisajes.

¿Qué es un pintor?, debió preguntarse muchas veces el hombre introvertido, con largos períodos de soledad y tímido para el triunfo público que se llamaba Emilio Boggio. Por una parte, de la época que precedió al Impresionismo,

admiraba aquella pintura de tan fuerte lógica en la entonación y tan moderno realismo popular como la que había encarnado Courbet. En el primer viaje a Italia en compañía de Henri Martin, se preguntaba si los italianos del Renacimiento no dieron la fórmula de composición del cuadro, y su compañero —a pesar de los futuros ensayos puntillistas— parece componer en un esquema bastante geométrico, con riguroso eje central, en que las casas y los árboles se destacan plásticamente bajo un cielo seco y tan azul como el de los florentinos. En su primera exposición de París, en 1889, Boggio aún expresa un temperamento vacilante que busca su personalidad entre tensiones contrarias. O antes de conseguir toda la libertad del aire libre y la gozosa sensualidad ante la naturaleza que será su característica relevante, alterna el paisaje con figuras vigorosas —un poco holandesas en su plebeya pesadez— como las del cuadro "Labor", premiado en el Salón y adquirido por el Museo de Filadelfia.

Pero moviéndose entre las varias corrientes que condicionan el arte europeo en las dos últimas décadas del siglo XIX (pleno aire impresionista, divisionismo, puntillismo, etcétera), trata de encontrar su territorio expresivo. En largas temporadas campestres trabaja sin cesar, y con la fórmula impresionista somete el mismo motivo a los más diversos efectos atmosféricos. Mucho se polemizaba en ese París de fines de siglo en el estudio Cormon de la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde quizá encontraría a Pissarro, a Degas, a Seurat; a un misterioso y atormentado holandés llamado Van Gogh, o en la bizarra tienda del "Padre Tanguy", en la rue Clauzel de Montmartre, donde acudían los impresionistas a conseguir dinero en avance de sus cuadros inmortales, y donde las obras de Cézanne se vendían a precios tan altos como 40, 100 ó 150 francos. Mas de regreso a su "atelier", después de los acalorados debates, Boggio fijaba su posición, que no era la de un pintor intelectual —como quería serlo Seurat— sino la de un intérprete libre de la naturaleza. Se mantendrá, así, marginado de aquella crítica del "Neo-impresionismo" que hubo de suscitar el comenta-

rista Félix Fénéon, y continúa admirando como insuperable maestro a Claude Monet.

Son Monet y Pissarro a quienes más debe el pintor venezolano. El paisaje como fluida creación de la luz; la atmósfera como agitado velo prismático que refleja y volatiliza todos los colores; la fuga vibrante de las formas a medida que las aprehende la retina; la gran oquedad del espacio y el cielo casi siempre húmedo que contrasta con el cielo seco, despiadadamente azul que pinta su amigo Henri Martin, serán los problemas esenciales de su pintura. No importa el tema sino el motivo, es frase que le gusta repetir. Y cuando se compra una propiedad en Auvers sur Oise o se escapa a la costa ligur, su propósito es registrar esa continua mudanza, el reverberante devenir de las cosas. Pinta, a veces, en manchas apelotonadas —para destacarse a gran distancia— donde los colores se juntan en apretado haz y la sensación de vasta lejanía la da el desmesurado primer término. Se puede hacer el inventario de sus más frecuentes motivos, vistos siempre desde nuevos ángulos. A veces son los perales floridos de Auvers; otras la nieve que cae sobre las aguas de Vaux-sur Seine mirada alternativamente en el crepúsculo o bajo la luz lunar, o los primeros efectos del deshielo a comienzos de la primavera. Y los árboles —siempre los árboles— en aquella agitada vida que hacen a lo largo de las estaciones del año y en el cotidiano contraste de aurora y poniente. Arboles de primavera germinando en un paisaje humedecido y entre una pequeña flora complementaria de hierbas y raíces; grandes sauces verde-amarillos volcando su plumaje de pavo-reales en un agua azul de sombras luminosas; árboles violentos y copudos del verano o ya árboles —casi muñones— del otoño por cuyos troncos que se desnudan sube todavía la piedad del último musgo; el casi humano calor de la última pelusa. A veces parece que la sensualidad naturalista de un Boggio quisiera llegar más allá de la superficie terrestre donde se afirman los árboles, y seguir por el poblado universo minúsculo de flores, lianas, hojas caídas que se prolonga como postrero tapiz de la tierra. Como el cielo, este subsuelo tiene también cavidades encantadas, armonía de colores vibrátiles. Blancos, pardos,

verdes, amarillos, bermellones, violetas, se abultan indisolublemente en su pintura. Y aunque pinte un paisaje solitario no hay naturaleza más acompañada y dinámica que la de nuestro gran impresionista. Cuando el cuadro revela demasiado movimiento y los colores se descargan en un "fortísimo", las sombras quietas de un recodo en el agua, lo que se esconde a la rabiosa luz solar, parece brindarnos quietud y silencio.

¿Cómo tan magnífico paisajista no obtuvo en vida todo el aplauso que merecía? Aunque recibió segunda medalla y medalla de honor en el Salón de artistas franceses; aunque vendió a los Museos y es con el uruguayo Figari el único pintor latinoamericano representado en las galerías del Luxemburgo, sobre la vida y obra de Boggio pesó siempre un extraño recato que le alejó —orgullosa o medrosamente— de los círculos de publicidad que forjan la fama. Conocida era su fobia a los "marchands de tableau", ya que en su vida fue testigo de la miseria de los primeros pintores impresionistas y de la especulación que siguió a la muerte de Manet, de Seurat, de Sisley. Prefería guardar en su vieja casa campestre la mayor parte de sus obras que serán casi exhumadas por la Galería George Petit en 1925. El prologuista del catálogo de esa exposición, Thiébault-Sisson quien conoció a Boggio, nos explica algunas rarezas de su carácter. Crisis sentimentales como aquella que le hunde largos años en el campo o le convierte en vecino innominado y excéntrico de los alrededores de Génova; tentativa de una gran exposición en 1914 que coincide con el estallido de la primera guerra mundial, y "ausencias y desapariciones súbitas que no dan lugar a que se fije su clientela". Observa el comentarista: "En realidad, para imponerse al público no basta con crear hermosas obras; hay que mantenerse siempre en la brecha y dejar ver lo nuevo periódicamente; si no, se enfría el celo de los admiradores. Quien va a la villa pierde su silla, dice el viejo refrán, y otro advierte que hay que batir el cobre en caliente. Sólo algunos inteligentes conocedores le siguieron siempre con entusiasmo hasta el fin, y se esforzaron —como lo ha hecho Emilio Laffargue— en crear

cada vez, al regreso de aquellas apariciones y fugas, una atmósfera de entusiasmo a Boggio, quien jamás se preocupó de mantenerla, y sin la cual no es durable la notoriedad".

* * *

¿Qué vieron en él, verdadero "revenant", en una Venezuela que casi había olvidado, nuestros jóvenes pintores de 1919 —Monsanto, Reverón, Monasterios, Cabré y los benjamines como el travieso Luis Alfredo López Méndez? "Quiero probar ser útil a los jóvenes a quienes devora un ardiente entusiasmo de producir vida", dice Boggio en las líneas liminares de su catálogo. Y agrega con nostálgico venezolanismo, no carente de humor, que "en esta tierra está enterrado el cordón de su ombligo". Los jóvenes, más que los profesores adocenados de una casi agónica Escuela de Bellas Artes —que el gobierno de Gómez no se preocupaba de estimular ni proteger— le frecuentan en la muy caraqueña pensión de Lola Ibarra, cordial "rendez-vous" de la más añosa Caracas donde se organizaban "recibos" para los secretarios de Legación que no podían tener casa propia o para los provincianos de buena familia que querían relacionarse en la capital. Desde los balcones de la casa de Lola Ibarra ve la gran masa del Avila, los verdores lejanos del valle y los tejados de las casas caraqueñas, tan distintos de los cenicientos techos de Montmartre sumidos en luz grisácea que ha pintado en sus paisajes parisienses.

Los jóvenes le llevan en cortos paseos por los alrededores de Caracas y Boggio vuelve a descubrir los chaguaramos y los bucares; los mijaos gigantescos y los bosques de mangos que guardaban las doradas colinas de Gamboa en lo que es hoy la Urbanización de San Bernardino. Los mangos, cuya corteza es en sí misma un tratado de pintura impresionista en que los verdes se juntan con el amarillo violento y el puntillismo de las manchas oscuras, le regocijan particularmente. La fragancia de la patria olvidada le viene en la envoltura de la sensual fruta balsámica. Cabré y López Méndez recuerdan el gusto con que los tocaba y olía, los colocaba sobre la palma de la mano como joyas para lucir

al sol, y luego —como volviendo a un remoto instinto de muchacho venezolano —los mordisqueaba a dentelladas, sin precaución de no manchar con el jugo las barbas blanquísimas. "Huelen también a pintura", decía con humor. O: "esto sí es fruta —repetía exultante— y comparada con ella, las frutas europeas son pálidas y honradas legumbres; mediocres y descoloridas amas de casa". Y tanto se empachó de mangos —recuerdan los mismos pintores— que hubo que cuidarle una indigestión complicada de fiebre. Otra excursión le condujo a la campiña aragüeña, donde admiró los enormes samanes de La Encrucijada, que inspiraron uno de sus mejores paisajes venezolanos. ¡Qué problema plástico suscita esta especie de toro-padrote de los árboles, hundiendo en la negra tierra grasosa las pezuñas de sus raíces y como contraste de la fuerza del tronco, el aéreo varillaje, la calada sombrilla de la copa que da al sol los más variados reflejos! Un admirable boceto del cuadro "Los samanes", llevado después a París y construido en plano monumental, quedó en Caracas en una colección privada.

Boggio llegaba a tiempo a estimular un naciente movimiento de pintores venezolanos que, huyendo de la enseñanza de la Escuela de Bellas Artes y buscando la libertad del aire libre, habían formado un círculo heterodoxo, inquietamente investigador, desde 1913. Antes de Boggio vino a Caracas a participar en el trabajo de ellos y a acompañarlos también en largas aventuras por la campiña caraqueña, el pintor impresionista rumano Samys Mützner. A través de las revistas parisienses de arte, y en raras casas de Caracas donde podía mirarse un moderno cuadro europeo; en conferencias y discusiones del juvenil "Círculo de Bellas Artes", ellos se orientaban hacia una creación más propia y peculiar que la de sus predecesores. Aunque resulte paradójico, el proceso de la pintura venezolana marchará de lo distante a lo próximo; de la imitación de los viejos y manidos temas de taller, al descubrimiento del paisaje nativo, apenas presentido por las generaciones precedentes. Constituiría aquel grupo entre 1913 y 1920, en la historia de nuestra plástica, una especie de Escuela de Barbizon. Allí, Monasterios, allí Reverón, allí Cabré, allí Monsanto y con una temática muy original y

diferente, el extraño Federico Brandt. La presencia de Boggio, que conocía y admiraba a Monet, que fue amigo de Pissarro y de Sisley y que ahora se da tiempo para ver y discutir la obra que le presentan los jóvenes, tenía, así, repercusión ejemplar.

Es casi pintoresco revisar, a treinta y tantos años de distancia y en un mundo ya cosmopolita que contrasta con el solariego criollismo de la Caracas de 1919, el impacto de esta visita. Sin perjuicio del paisajito marino de la playa de Macuto que se vendía por series y lo hacía cualquier aficionado, el uso público de la pintura hasta aquella época fue ilustrar temas históricos, retratos de personajes y anécdotas burguesas. Ahora Boggio demostraba que la naturaleza es en sí misma tema monumental, y a la luz de taller de los cuadros de género se oponía esta vibrante eclosión naturalista.

Casi en la comprimida síntesis de un hai-kai resume el poeta Tablada en un artículo de "Actualidades", la impresión de los cuadros. Le quedan en la retina —dice el poeta— "silencio de la nieve, aromas florales, frutales florecidos". Y una fusión de pardos, amarillos, verdes, violetas y bermellones como no se encienden con la misma vibración lumínica en ningún otro artista. No ignora un buen conocedor como Tablada todo lo que estaba aconteciendo en la pintura europea; las reacciones que ya había sufrido el Impresionismo, las nuevas teorías del color que difundieron los "fauves", las corrientes cubistas y expresionistas, pero admiraba, sobre todo, en Boggio —y lo recomendaba a los jóvenes— aquel pacto de fidelidad con la naturaleza y el lirismo gobernado por tan sabia mano que se encendía en sus paisajes. Enrique Planchart, fino crítico de pintura, compañero de los jóvenes del Círculo de Bellas Artes que en ese mismo año de 1919 —con portada de Samys Mützner— publicaría un libro de poemas con resonancias pictóricas, recordaría años más tarde la influencia de Boggio en un momento tan significativo. Era como si los jóvenes estuvieran aguardando que un maestro de alto prestigio viniera a sancionar lo que era en ellos, hasta entonces, penosa aventura en un medio difícil; combate contra la rutina polvorienta. Escribió Planchart re-

firiéndose al artista: "Su alta figura patriarcal iluminada por gestos y entusiasmos de joven, su continuo interés por el desarrollo de los que se iniciaban en la pintura y sus francas maneras de buen venezolano, forradas en la despierta cortesía francesa, animaban a tratarlo inmediatamente con admiración y cariño. Aquella fue una lección recibida con verdadero calor por los pintores venezolanos, de una mano magistral, sometida a una visión penetrante en extremo, y ambas al servicio de un profundo sentido poético de los valores plásticos. Sería la síntesis de lo que, como en una fiesta de formas y de color, se ofreció a los ojos en aquella ocasión".

También en un número de "Cultura venezolana" de enero de 1920, Planchart intenta definir la nueva conciencia artística que ya se plasma en el país y en que la exposición Boggio fue hito milagroso. Porque Michelena y Rojas —los dos grandes maestros de los finales del siglo XIX— dejaron, a pesar de su genio, la plástica venezolana en un quieto eclecticismo, sin lanzarse siquiera en las primeras aventuras impresionistas, parecía necesario recuperar el tiempo perdido. Y el estudio directo de la Naturaleza, esta gozosa sustitución del "tema" por el "motivo", la tarea de acercar al hombre venezolano a su prodigioso paisaje, será uno de los frutos de la presencia de Boggio. El anima a los jóvenes pintores como Cabré y Reverón, y la exposición del primero, celebrada con gran éxito en el mismo año de 1919, fue casi un resultado de la visita estimulante. En los recuerdos de Cabré, Boggio les daba otra lección: la de su ascetismo artístico, la de sacrificar los triunfos y concesiones acomodaticias por esa agónica veracidad interior con que el artista se examina a sí mismo.

Cincuenta y tres obras —la más antigua fechada en 1891 y la última de 1919— integraron la Exposición de Boggio. Quienes por su poca cultura plástica no podían ahondar en los problemas de atmósfera, espacio y entonación que en él se logran armoniosamente, admiraban, al menos, una especie de "Geórgicas" de la pintura como aún no las ofrecía ningún pintor del país. Volver a una naturaleza sencilla y elemental donde se secan al sol las parvas de trigo, el labra-

dor lleva sus dos caballos para la siega, o los sauces parecen jugar con las aguas en un día de primavera, es puro deleite del artista en un momento en que el mayor peligro del Arte era la neurótica artificialidad; la falsa mitología literaria y bizarría extra-plástica como la que a fines del siglo XIX impregnó la obra de un Gustave Moreau. Como en su maestro Monet, como en el heroico Pissarro, la originalidad plástica no se busca en Boggio en el tema adornado sino en la más directa sencillez; en el maravilloso misterio que ofrecen también las cosas comunes; esa propiedad de todos y primer ámbito del hombre que son los cielos, la tierra, las nubes, el follaje y las aguas. Quien así se impregnó de la Naturaleza sabe que cada día y cada hora serán distintas, y cada estación o cambio de color y de luz habrán de traerle inéditos regocijos. Estaba tan identificado con la pintura —nos cuenta Cabré— que olía los cuadros como si hubiera recogido en ellos —para siempre— la fragancia de la emoción vivida. Y acaso por eso mismo era tan testarudo o tímido para venderlos. Se aferraba a su obra como al más duradero amor.

Aunque su cultura entendía los necesarios cambios del arte después del Impresionismo, aquel lenguaje con que cantó su emoción ante la mojada y dulce tierra de Francia o los peñascos del litoral italiano le proporciona tanto placer, que ya no cree necesario cambiar. Pero animaba a los jóvenes pintores a seguir la investigación artística en el momento en que él parecía dejarla. Vendió algunos de sus cuadros entre un reducido grupo de coleccionistas caraqueños; arregló sus últimos intereses económicos con la casa Boggio, Yanes y Compañía y ahora —sin ningún apremio material— se dedicaría a pintar, lo que le restase de vida. Además del cuadro "Los samanes", regresaba a Francia con numerosos bocetos de su excursión tropical para desarrollarlos en futuras obras. Pero la muerte le estaba esperando junto a los perales de su casa de campo y las aguas del Oise en la lejanía, un día de junio de 1920. Manuel Cabré, que llegaba por esos días a Europa con el encargo de buscarle, va a visitar el taller vacío. Ante los numerosos cuadros terminados o inconclusos, esparramados en la habitación y la paleta todavía fresca, parecía que apenas había salido en una de

esas excursiones crepusculares a ver los sauces y las aguas, en las orillas del pueblo.

Dos homenajes singulares rindió Francia al artista venezolano cuya timidez e introversión se defendieron siempre del escándalo del renombre: una exposición en el Salón de Otoño, donde también se rendía tributo a Renoir, fallecido pocos meses antes, y la que organizó la "Galería George Petit" en 1925. En ese momento de la vida artística parisiense en que de la primera generación impresionista sólo vivía como gran abuelo octogenario el gigante Claude Monet (fue su último otoño), el crítico Thiébault-Sisson dedica unas palabras de fiel afecto a la memoria de Boggio. Destaca la cortés humildad con que quiso pasar entre la sociedad de los hombres; su resistencia a toda propaganda, su don de amigos y el asombro juvenil con que reflejó la naturaleza.

Venezuela debe rescatar la un poco perdida obra de Boggio (deleite privado de pocos coleccionistas, alejada del comercio artístico de los últimos años), ya que además de su valor intrínseco, ella influyó considerablemente en el cambio de nuestra plástica a partir de 1920. Está en el tránsito que conduce de los grandes maestros tradicionales del siglo XIX como Tovar, Rojas y Michelena a las varias e inquietas corrientes de esta época. En la historia del paisaje impresionista será siempre uno de los nombres más valederos.

CARACAS EN 1957

La Nueva Caracas que comenzó a edificarse a partir de 1945 es hija —no sabemos todavía si amorosa o cruel— de las palas mecánicas. El llamado "movimiento de tierras" no sólo emparejaba niveles de nuevas calles, derribaba árboles en distantes urbanizaciones, sino parecía operar a fondo entre las colinas cruzadas de quebradas y barrancos que forman el estrecho valle natal de los caraqueños. Se aplanaban cerros; se les sometía a una especie de peluquería tecnológica para alisarlos y abrirles caminos; se perforaban túneles y pulverizaban muros para los ambiciosos ensanches. En estos años —de 1945 a 1957— los caraqueños sepultaron con los áticos de yeso y el papel de tapicería de sus antiguas casas todos los recuerdos de un pasado remoto o inmediato; enviaron al olvido las añoranzas simples o sentimentales de un viejo estilo de existencia que apenas había evolucionado, sin mudanza radical, desde el tiempo de nuestros padres. Se fue haciendo de la ciudad una especie de vasto —a veces caótico— resumen de las más varias ciudades del mundo; hay pedazos de Los Angeles, de San Pablo, de Casablanca, de Johanesburgo, de Jakarta. Hay casas a lo Le Corbusier, a lo Niemayer, a lo Gino Ponti. Hay una especial, violenta y discutida policromía que reviste de los colores más cálidos los bloques de apartamentos. Se identifica la mano de obra y el estilo peculiar de cada grupo de inmigrantes en ciertos detalles ornamentales: los buenos artesonados de madera de que gustan los constructores vascos; ciertos frisos de ladrillo contrastando con el muro blanco como en las "masías" catalanas y levantinas; los coloreados y casi abusivos már-

moles de los genoveses. Hay otros edificios que parecen, con sus bandas verticales pintarrajeadas, enormes acordeones. Nos dan ganas de ejecutar en ellos trozos de ópera o alegres tarantelas.

Hay dentro de la ciudad, pequeñas ciudades italianas como Los Chaguaramos y el novísimo barrio de La Carlota; hay calles que se "aportuguesaron" con sus pequeños hoteles, fondas y bodegas de lusitanos, y hay trozos muy yanquis con "supermercados" y bombas de gasolina que recuerdan a Houston, Texas; Denver, Colorado; Wichita, Kansas. El primer símbolo de esa transformación fue una inmensa bola de acero que se mostraba a los caraqueños, allá por 1946, y que en dos o tres enviones convertía en miserable polvo o suelta arcilla arquitecturas entonces tan celebradas como el "Pasaje Junín" o el "Hotel Majestic". Los caraqueños iban a contemplar el extraño boxeo que libraba con los muros, como verían los romanos las proezas de un gladiador venido del Ponto o de Bitinia.

Nada más semejante a los monstruos de la mitología inicial de América —a los jaguares de enormes colmillos de las pirámides aztecas— que estas máquinas dentadas de la tecnología estadunidense que en pocos segundos devoran un pedazo de cerro y se ahitan de pedruscos y terrones y nos asustan en los caminos como si de pronto resucitara un plesiosauro. Han sido nota determinante del paisaje venezolano en los últimos años; quisieron modificar la obra de Dios, sirvieron a los inversionistas para crear nuevas barriadas, cavar las bases de construcciones gigantes, cruzar de blancas autopistas el contorno de la ciudad. Y el viejo monte Avila, cimera tutelar del valle, antiguo bastión contra los piratas, bosque autóctono que aún recordaba los días de los indios, orquideario natural y productor de fresas, moras y duraznos silvestres, también fue invadido por la tecnología; se le surcó de cables para disparar un teleférico. Se ofrecen allí por cuatro bolívares crepúsculos y panoramas inauditos. Una fiesta comenzada en el valle puede continuarse, pocos minutos después, mil metros más arriba. Desde la eminencia del monte los ojos de los caraqueños se proyectan sobre los húmedos y floridos abismos de Galipán, sobre las innúmeras

quebradas del valle, y por la otra vertiente, hacia los promontorios y el rabioso mar azul de la costa de La Guaira y Macuto. En la cima de la montaña hay una pista de patinaje sobre hielo, y el Hotel Humboldt coronado de nubes, nos elevó desde el trópico caliente a una fresca y ventosa zona alpina.

Retrato de un caraqueño

Así como los pintores flamencos destacaban en el marco de una vidriera gótica, con los árboles del campo y los torreones medievales al fondo, la silueta de sus eclesiásticos, humanistas, príncipes o mercaderes, pudiéramos imaginar el retrato arquetípico de un caraqueño de hoy. Mientras escribo con la ventana abierta, mirando y oyendo los autos que pasan por la avenida incesantemente ruidosa, observo, también, en la calle lateral un inmenso montículo de tierra removida. Es alto mediodía y los obreros que trabajan en la construcción (predominan los italianos y portugueses) suspendieron un rato la tarea para tomar un pequeño refrigerio. Empinan las botellas de innocua pepsicola y muerden el largo panetón aviado con lonjas de cochino y de queso. Al fondo, también descansa la máquina dentada que durante toda la mañana engulló tierras y trituró pedruscos como si fueran avellanas. Tiene cara de tigre y gigantesca cola de dragón. La tierra excavada se amontona en un extremo, con la simetría de una pirámide egipcia. Las sombras del mediodía parecen abocetar el rostro de una esfinge invisible. Dentro de unos minutos habrá de reanudarse en todos los barrios de la ciudad el ruido de las palas mecánicas, la misma trituración o levitación de materiales. Nos cubrimos del polvo de las demoliciones; somos caballeros condecorados por el escombro, para que comience a levantarse —acaso más feliz— la Caracas del siglo XXI.

Y el retrato más peculiar de un caraqueño sería el del hombre que sentado en su mesa de ingeniero, contempla desde la ventana "funcional" el paisaje de estructuras arquitectónicas inconclusas que tiene de fondo el perfil de una

"caterpillar". Si el pintor que hiciera el retrato se inclinase al detallismo fantástico —a lo Brueghel el Viejo o a lo Jerónimo Bosch— habría que pintar, como en otras bandas panorámicas, las varias gentes que suben por las escaleras o están tocando a las oficinas. El caraqueño puede haber abrazado la lucrativa profesión de contratista, y allí llaman a la puerta obreros de pesados zapatos que desembarcaron apenas hace dos días del vapor portugués; maestros y capataces italianos, delineantes españoles o bachilleres verbosos que dicen tener psicología y elocuencia para las relaciones públicas. No faltará tampoco, un periodista colombiano o de las Islas Canarias que ofrezca, como otra mercancía, los adjetivos de un reportaje.

Y en extraña dualidad, en conflicto de valores y estilos, parece ahora moverse el alma del habitante de Caracas. Hace apenas dos o tres lustros se les educó al tradicional modo romántico suramericano, en que el mundo de las emociones contaba más que el mundo de los cálculos. La dimensión de la hombría la daba el coraje y la prodigalidad, la listeza y el ingenio; los éxitos en el amor y la popularidad con los amigos. Era un ideal estético —aunque no estuviera desprovisto de cinismo —en que el hombre más perfecto era el capaz de exponer la vida o derrochar el dinero; en que el mejor camino de la conducta no parecía el análisis prudente sino el impulso irracional de la "corazonada". Y aupado en un dulce viento de cinismo o de simpatía, la vida se deslizaba sin mayor sorpresa en el fácil y pequeño universo de gentes conocidas. Muchos venezolanos reclamaban, en la hora de los repartos, que eran descendientes de próceres; que una prima suya casó con un ministro; que en su familia, a través de largas generaciones, todos tuvieron puestos públicos. Pero otro espíritu de mudanza y áspera aventura empezó a soplar en los últimos años. Ya era imposible reconocer en una sala de cine a los nuevos y bulliciosos espectadores, y como hormigueros diligentes salían de los sótanos, subían por los andamios de las estructuras arquitectónicas, compraban giros en los bancos, negociaban y vendían las más desconocidas gentes. Las escotillas de los barcos arrojaban en el terminal de La Guaira o en los muelles de Puerto

Cabello millares de inmigrantes. Y el que fue hace diez años obrero, ahora puede ser propietario de una empresa de construcción. A los ricos por herencia, bonanza política o linaje, se opusieron los nuevos creadores de fortuna. Aun los venezolanos más privilegiados tenían que despertar de su antiguo ritmo sedentario y correr en esta nueva maratón de empresas y aventuras.

Quizás estemos ahora en un momento transitorio que pulirán los tiempos, ya que el dinero se ha trocado en el casi exclusivo valor social. E innumerables caraqueños toman su matinal café con leche leyendo el movimiento de acciones en la bolsa, los avisos de venta de terrenos, las urbanizaciones que se proyectan. Hay otros de fantasía más distante que apuestan a las hazañas económicas que se cumplirán en los bosques de Guayana cuando ya esté produciendo la Siderúrgica o se arremansen en gigantescas turbinas las caídas de agua del Caroní, o cuando en el húmedo valle de Morón, en tierras de Yaracuy, se yerga el vasto conjunto industrial de la Petroquímica. Y no hay que olvidar en el cardumen de negocios y rentas con que muchos quieren detener la muerte y asegurar el futuro, otras inversiones en distintos puntos estratégicos del territorio venezolano: Puerto La Cruz ha de ser el mayor puerto petrolero del Oriente; El Tigre se parece a aquellas ciudades-hongos que surgían en el siglo pasado en los Estados Unidos cuando se conquistaba la frontera y se marchaba en busca del oro de California; Punto Fijo, mero punto en el calcinado desierto de Paraguaná hasta hace dos lustros, hoy es centro bullicioso y pobladísimo; Puerto Ordaz, centro exportador del hierro, se fundó hace tres años; Acarigua y Barinas son pequeñas capitales de la madera y el algodón; Calabozo y otros pueblos llaneros resucitan con la represa del Guárico; Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Maracay multiplican cada año sus cifras económicas y demográficas. ¿Ha de seguir aquí una civilización de tipo latinoamericano con nuestro amor por las formas estéticas, nuestro orden emocional, nuestra simpática "corazonada", o habitaremos, más bien, en un aséptico y reglamentado mundo tecnócrata donde lo colectivo y abstracto predomina sobre lo personal e individualizado?

Hace diez años pensábamos que aquí, ineludiblemente, se prolongarían todos los estilos y formas económicas del Estado de Texas. Si el impacto norteamericano no iba a consumir nuestra pequeña civilización mestiza. Si no terminaríamos por ser demasiado sanos y demasiado optimistas. Si el viejo ideal de señorío y sosiego a la manera hispánica, "el sentimiento trágico de la vida", no sería reemplazado por el dinamismo del ranchero o del millonario texano. O el individualismo criollo —para tener una norma colectiva— adoptaría la de los "clubs" de hombres de negocios de los Estados Unidos. Si domesticarían con agua helada, deportes, comida sin especias, tiras cómicas y confort absoluto nuestro orgullo y casi nuestro menosprecio hispanocaribe; esa mezcla de senequismo español y de rudeza a lo Guaicaipuro que fuera tan frecuente en algunos viejos venezolanos. Quizás la inmigración europea —principalmente de Italia y de España— esté modificando aquel esquema y acentuará, más bien, —como en la Argentina—, una nueva latinidad.

El caraqueño que en el retrato imaginario miraba desde la ventana el cráter de las demoliciones, dejó de escribir o trazar líneas en su achurado papel topográfico; bajó por el ascensor y se detuvo en el pequeño café italiano a saborear un concentrado "expresso". Le sirve una muchacha rubia que parece escapada de "La Primavera" de Botticelli. El consumidor pregunta:

—Lei è de Firenze, Signorina?

—De Prato —contesta la muchacha.

Y si el venezolano es culto, tiene frescos sus estudios de Liceo y hace poco viajó por Italia, acaso recuerda que Prato queda en la ruta de Bolonia a Florencia por la "direttissima". Es ciudad industrial con un campanile de Giovanni Pisano y un Palazzo Pretorio donde se guardan madonas de Filippo Lippi y mayólicas de Giovanni della Robbia.

Y el gusto del café fuerte, la melodiosa voz de la muchacha y su semejanza con las musas y las madonas renacentistas, hace pensar al venezolano que se mantendrá en este país —con las audacias y aventuras tecnológicas que permita el siglo— una emocionada y conversadora civiliza-

ción latina. Preferimos el encanto de esa muchacha al más prometedor plano topográfico. Nos conmueven más Botticelli y Filippo Lippi que aquel feroz ingeniero norteamericano que inventó el sistema Taylor.

Varios meridianos

El movimiento y color de la ciudad se reparte en varios meridianos. Hay todavía lo que queda de ciudad vieja en las calles adyacentes a la Plaza Bolívar. El límite de las dos Caracas se fijaba hasta hace pocos años en el añoso parque de la Misericordia, más allá del cual comenzaban las calzadas más amplias que se empezaron a edificar por 1930. Entre la Caracas tradicional y el "Country Club" o los Palos Grandes —lejanas urbanizaciones en la década del 30 al 40— mediaban haciendas y trapiches, los bucares más rojos y los mijaos más corpulentos del valle. Ahora las Avenidas de Sabana Grande y la Miranda enlazan ya los extremos. Las tiendas más hermosas y los comercios más abastecidos se trasladaron hacia el Este. El prolongamiento oriental de la ciudad invade el Estado Miranda; se tragó los antiguos burgos mirandinos como Sabana Grande, Chacao y Petare, donde los caraqueños de hace apenas dos décadas iban a "temperar"; ocupa otros pueblos laterales como Baruta y el Hatillo y amenaza descender por las abruptas rampas que conducen a las tierras más cálidas de Guarenas y Guatire. Cuando las autopistas completen su tarea de circunvalación y enlace de los más varios niveles, tendremos una ciudad que en su diseminado conjunto urbanístico ha de ofrecer los más diversos climas. Los moradores de El Junquito y San Antonio de los Altos, los turistas del Hotel Humboldt encenderán en las tardes los leños de sus chimeneas y se vestirán de ropas invernales, mientras en la caliente Guarenas puede recomendarse en un día de agosto poner en movimiento los ventiladores eléctricos. Quizás ninguna otra ciudad del mundo ofrezca en tan pocos kilómetros semejante antología de temperaturas. "Caracas, capital de todos los climas", es un sencillo y expresivo slogan que pu-

diéramos vender para sus próximos carteles a una agencia de turismo.

Quizá el mayor problema de la gran urbe en proceso, es la falta de un eje central desde donde se determine el nacimiento de las calles, la clara matemática de un buen ordenamiento urbanístico. Por eso, en el laberinto de las urbanizaciones, es la ciudad del mundo donde parece más difícil encontrar una dirección desconocida. Como a veces no basta el nombre de la calle, se da también el de la casa; pero hay más de dos "Avenidas Los Cedros", varias "Acacias" y un millar de quintas puestas bajo la advocación de la "Virgen de Coromoto". A veces un telegrama enviado del exterior resulta costosísimo, pues sólo la dirección del destinatario comprende varias frases: "barrio de El Paraíso, frente a la puerta de campo del Hipódromo Nacional". En otras capitales de América, los moradores de los barrios periféricos van al "centro", que puede ser la Avenida Madero, en México; la calle Florida, en Buenos Aires; el Girón de la Unión, en Lima; las calles Estado y Ahumada, en Santiago de Chile. Pero ¿cuál es el verdadero centro de Caracas? Hasta 1930 ó 1935, parecía la Plaza Bolívar, siguiendo el plano en damero de las ciudades coloniales. Después se pensó que iba a ser el Parque de los Caobos o aquella encantadora frontera entre lo viejo y lo nuevo, que fijaba la plaza de los Museos. En 1945, otro núcleo quiso establecerse en la plaza de "El Silencio", desde donde partiría la Avenida Bolívar. Cinco años después había surgido un nuevo meridiano en la Plaza Venezuela, con las bonitas tiendas y comercios de la Gran Avenida. Quizá para 1960, el eje central imaginario habrá que correrlo hasta la Plaza de Altamira. Y, por el momento, Caracas es como una confederación de burgos y urbanizaciones, separadas por árboles, túneles, quebradas y colinas. Las pocas parroquias que mencionaba en su "Guía de Venezuela para el año 1904" don Nicolás Veloz Goiticoa, se multiplicaron en nuevos y desordenados conjuntos urbanos. Hasta 1925, los caraqueños nacían o morían en Catedral, Altagracia, San Juan, La Pastora, San José, Candelaria, Santa Rosalía, El Paraíso, y los más proletarios en un arrabal de la entonces pobrísima Catia o en un cerro como

el Monte de Piedad. Treinta años después, Catia es la más congestionada área industrial de la metrópoli; las parroquias foráneas se unieron a las urbanas, y ni el caraqueño más avezado pudiera definir todos los lugares y toponímicos de la nuestra cambiante geografía administrativa. Ya pertenece al folklore de un pasado reciente aquello de que se vivía en La Pastora por su buen clima, propicio para las dolencias del pulmón; de las ventanas de la calle de Candelaria con sus castos idilios románticos; de la agresividad de San Juan, con sus valentones siempre dispuestos a una pelea a cabezazos; de la altísima burguesía de El Paraíso, con sus jardines y villas a la francesa, sus pequeños castillos de Amboise y las gentiles institutrices que enseñaban a la familia pasos de baile, modos de saludar y lenguas extranjeras. Toda una estratificada división de estilos, castas y fortunas comenzó a romperse y abigarrarse con el desarrollo económico y urbano después de 1936. Y como emancipándose de la tradición, otra Caracas se aleja y embellece hacia las faldas del Avila, las colinas de Bello Monte y las Mercedes o la Avenida Miranda, que cada día recuerda más a Los Angeles, California.

Los trescientos mil vehículos de motor que según una estadística reciente circulan por el territorio venezolano, algún día del año parecen darse cita en Caracas y producen una marejada de ruido y combustible quemado, que quita a los peatones el higiénico deseo de las caminatas. El caraqueño es hombre motorizado, y la misma dispersión de las cosas en los más opuestos barrios, anula el gusto de andar a pie. No hay, como en otras capitales de América, que conservaron dentro de su desarrollo moderno parte de la estructura colonial, portales de plateros y botoneros, de mercaderes y escribanos. No hay calles exclusivas para cafés, teatros y platerías, como en México o en Lima. Un comercio abigarrado prolifera en todas las zonas, y junto a un garage puede colocarse una pastelería vienesa. A veces el acierto de un arquitecto que planificó los edificios de una calle, logra que florezca un conjunto de cierta gracia y armonía urbanística, y descubrimos de pronto que la Avenida Wollmer se puso muy bonita con sus cuidados árboles, las terra-

zas de sus hoteles y restaurantes, el espléndido edificio de "La Electricidad de Caracas" y los pequeños cafés y pastelerías. O vagamos por las tiendecillas, librerías, peluquerías, logradas con tan sobria y clara gracia en el gran bloque del Edificio Galipán. O un amigo nos hace subir por casi medrosa rampa a la modernísima casa que se edificó en Bello Monte o Alta Florida, desde donde el valle luce condecorado de autopistas, de mazos de verdor, de hormigueros de automóviles, de collares de luces. "Caracas allí está", pero no como en la paz casi agraria y añorante de la vieja elegía de Pérez Bonalde, sino como la más desvelada, quizá la más demoníaca ciudad del Caribe.

Personas y lugares

Salgamos a pasear y detengámonos en algunos sitios de la ciudad, que reflejan su ritmo y alma presente. Si consultásemos una guía turística o formásemos parte de aquel cortejo itinerante que desembarca cada miércoles, haciendo su "crucero" por el Caribe en los vapores de la Compañía Grace, el cicerone bilingüe nos ofrecería un programa demasiado conocido. Nos llevaría, por ejemplo, a la Casa del Libertador, al Salón Elíptico del Palacio Federal, al Panteón, a los Museos, y, por último, a refrescarnos el gaznate en la terraza del Hotel Tamanaco, frente a las sensuales bañistas que flotan y bracean en una piscina extremadamente azul. Pero la Catedral, el Panteón, la Casa de Bolívar, pertenecen a la inalterable historia de Caracas, y tiempos y personas pasan por ellas sin cambiarlas sensiblemente. Son como el último y más tenso hilo de Historia que une a las nuevas y viejas generaciones. El patio de los granados con su pequeña alberca; la neoclásica y severa tumba del Libertador, cuyo buen gusto se salva frente a otros monumentos heroicos que se irguieron después, son sitios que invitan a la meditación y nos transportan a otras zonas de la conciencia. Y el caraqueño de estos días casi no tiene ganas de meditar o prefiere dispararse con la luz de cada mañana a donde le espera un torrente de negocios, transaciones y aventuras. Un

paseo tan añosamente caraqueño como El Calvario, casi no es concurrido por los venezolanos, y sirve, en cambio, para que conozcan la flora tropical y cobijen sus primeros romances amorosos los inmigrantes recién llegados. Si acaso, sube hasta allí, a repasar sus tablas de logaritmos un estudiante de Matemáticas cuando llega la temporada de exámenes. Los caraqueños se han hecho excesivamente cómodos, y cuando se les invita a una excursión urbana, inquieren primero si encontrarán sitio para estacionar el automóvil. Prefieren al paseo despacioso que saborea todos los detalles, la marcha frenética por las autopistas. Y ya los carruajes girarán por una inmensa cinta blanca, sin detenerse en ningún sitio. Otra generación ha de nacer que utilice sus piernas y se entregue al gratuito deleite de descubrir y gustar cosas a medida que las acendra la mirada. Crepúsculos, auroras, noches de luna, se prefieren ahora velocísimas, sin que interfieran con alucinaciones y con sueños el tránsito cabal de las carreteras.

Debemos ver, pues, otra Caracas que gesticula, negocia o actúa. Entrar, por ejemplo, a mediodía, en los bares y comedores del Hotel Tamanaco. Con su arquitectura de pirámide azteca, no sólo es espléndida balconería de la ciudad, sino animado foro de relaciones públicas. Concurrido de inversionistas de todas partes; de magnates del hierro y del aceite, la dinamita y el rayón, de banqueros y estrellas de cine y aún de solicitantes de amistades útiles, el vitaminado lunch del "Tamanaco" crea lo que en la jerga mercantil se llaman los "contactos". Es antesala de empresas y negocios. Después de un martini en el bar o un refrescante "whisky and soda", la ensalada tropical, acompañada de camarones frescos, permite el buen trato humano sin alterar la digestión. El ingeniero puede mostrar allí al capitalista —sin que parezca inelegante— el croquis somero de una urbanización; el abogado, el proyecto de una compañía anónima. Se puede telefonear a New York sin que se interrumpa el almuerzo. Y en las aulas de conferencias se reúnen los directorios de compañías y asambleas de accionistas o se dan cursos que enseñen el difícil arte de vender y de negociar, de contratar seguros, combatir la timidez y salir por el mundo como alí-

gero halcón en busca de su presa económica. Ese "Tamanaco", tan mercantil del mediodía, es diferente ya del de la noche, que congrega, en las pistas de baile o en los saloncillos más penumbrosos, la más granada y alegre juventud. Para el extranjero ambicioso que viene a Venezuela y puede afrontar los gastos de las primeras semanas, el "Tamanaco" es una necesaria batalla social. Desde allí se inicia la red de las relaciones, y cuando se tiene cálculo y estrategia, puede ser el anchuroso vestíbulo de la fortuna. Para quienes saben descubrirlo y conocen las palabras mágicas, Aladino va, a veces, por las calles de Caracas con su lámpara de milagro que ofrece concesiones mineras, terrenos por urbanizarse, empresas por crear.

La plaza Bolívar es punto de encuentros rápidos para los inmigrantes que no podían llegar a hoteles costosos, y salieron con sus gruesos zapatos de obreros y labriegos, sus chaquetones de pana, después de comer la "fabada" de la fonda portuguesa, a tomar también contacto con el ruido y la luz del extraño valle. Andan todavía desconcertados ante el excesivo brillo del sol y la coloración de los árboles. En grupos atraviesan las calles de la vieja ciudad, tropezando y agazapándose frente a los andamios de los edificios en construcción. Pero, por fin, llegan al pie de la patinada estatua donde el caballo del héroe se encabrita para saltar quién sabe qué abismo. Un Bolívar demasiado teatral y barroco al gusto grandilocuente de la época guzmancista; venerable reliquia de 1874. Hay allí un diálogo babélico de todas las lenguas; el Libertador parece proteger la inmigración, y diríase que a él se encomiendan como a un nuevo San Jenaro, las gentes que buscan trabajo. Acude un contramaestre que solicita albañiles para una empresa de construcción, o se leen, casi en comunidad, las largas columnas de avisos económicos con oferta de empleos. Hay entre los inmigrantes —y esto sí resulta trágico— uno que fue profesor de Latín y lenguas clásicas en la venerable Universidad de Cracovia, o un actor cómico de la Opera de Budapest. ¿Dónde colocarlos? A veces terminan de vendedores en un puesto de gasolina o de "contables" en una casa de abastos. O emprenderán desde Caracas un camino de azar que puede con-

cluir, ejerciendo los oficios y profesiones más varios, en Acarigua, Estado Portuguesa, o en San Fernando, Estado Apure.

Era la Plaza, antiguo Agora de conversación venezolana. Los viejecillos que no tenían para pagar las cuotas de un club, acudían a la caída de la tarde a establecer sus anacrónicas tertulias que parecían traídas y extraídas de las boticas provincianas, en el tiempo de las sillas de suela y los faroles de gas. Se evocaba allí una Venezuela de fines del siglo pasado o de comienzos del presente con sus revoluciones y guerras civiles, sus cuentos de caudillos, sus lances difíciles o inverosímiles. O se hablaba con la mayor erudición heráldica de las familias de Zaraza, de Trujillo o de Mérida. Se contaban chistes políticos que ya habían aparecido en las crónicas costumbristas de 1895 o en las caricaturas de "El grito del pueblo", en 1909. Era la historia de una Venezuela de pocas personas que se conocían, por lo menos de vista o referencia, y repasaban sus recuerdos como quien hojea un álbum de retratos. Con sus bastones de vera, sus trajes de dril o de alpaca, sus desusados relojes y leopoldinas, eran estos viejecitos los últimos depositarios de la tradición más coloreada y cuentera. Las biblias de su añejo sabor autóctono eran la Historia Contemporánea de González Guinán o la Gran Recopilación de Landaeta Rosales. Pero la oleada inmigratoria comienza a correrlos de la plaza, y ahora, cuando logran encontrarse e improvisar un pequeño corrillo, denigran de esas gentes nuevas que ya nadie conoce y que, según su primario nacionalismo emocional, les arrebatan el derecho al sol, a la sombra de los árboles, a sus intraducibles anécdotas.

—¿Qué va a ser de este país? —preguntan nostálgicamente.

Pero en la emulsión y trituración de sangres y corrientes culturales que vienen a sumarse a nuestro tricolor mestizo, nadie podría aventurar la profética respuesta.

Sigue el paseo

El paseo por Caracas, buscando lugares y gentes significativas del nuevo estilo de existencia, nos llevaría muy lejos y acaso no requiera el lápiz enunciador de un cronista, sino una fantasía diabólica y descubridora como la de Balzac. Habría que revisar sitios tan contrarios como las casas y los salones elegantes y las oficinas de Policía, donde identifican a una banda de ladrones de automóviles que cambiaba las placas de los vehículos usurpados y los iba a vender de contrabando a la República de Colombia. O el retrato del falso conde europeo que vendía condecoraciones imaginarias a los coleccionistas de títulos y medallas. O la muchacha húngara y francesa, que para que fuéramos perfectamente civilizados, fundó una "cava" existencialista con chicas voluntariamente desgreñadas, músicos y cantantes de sexo indeciso, en un tranquilo barrio rural. O el italiano que vive en una covacha, pero que firma escrituras en el Registro por más de cuatro millones. O los transeúntes que a la media noche del sábado se acumulan en los "Sellados del 5 y 6" a adelantar su conjuro hípico para las carreras del domingo. O la historia inaudita, que empapa los periódicos del lunes, del que acertó a las patas de los caballos y con un cuadro de ocho bolívares obtuvo ochocientos mil, y los reporteros le preguntan qué piensa hacer en su nueva profesión de millonario. Y entre tantos éxitos, el suicidio del inmigrante inadaptado, que trajo de la guerra o de su antiguo campo de concentración un trauma irremediable. Gentes, rostros, problemas para que los analicen sociólogos, economistas y psiquiatras.

Junto a los ricos y aventureros, las multitudes más pacíficas y estoicas que pueblan los autobuses o habitan los grandes bloques de apartamentos en los cerros. El pueblo matinal que madruga y la sociedad próspera que sale en la madrugada de las fiestas opulentas. La igualitaria democracia que se aglomera, después de la media noche, en las ventas de tostadas y criollísimas "arepas", donde nuestro viejo pan cumanagoto, adobado con queso y chicharrón, acerca en su fragancia conciliadora a todas las clases: al caballero de

"smoking" que viene del baile, y al conductor de camiones y gandolas, que parte a las lejanas carreteras.

La abundancia de divisas trae, no sólo un cosmopolitismo humano, sino otro de productos y prodigalidad. Las tiendas de Caracas, con frecuencia empachadas de mercancías, son como anticipo y prefiguración de las exposiciones universales. Made in Germany, Made in Italy, Made in Japan, y alguna vez "Hecho en Venezuela". Se puede comprar en la misma tienda una porcelana de Sajonia y un biombo japonés. Frente a comercios muy feos, que aún recuerdan la decoración del extinto pasaje Ramella en los días del 1900, hay tiendecillas que pudieran estar en París, Viena o Florencia. Los modistos franceses exhiben los modelos más caros. Aunque haya calor, se pueden vender armiños y martas cibelinas. Hay también el cosmopolitismo del olfato y del gusto. Los vidriados y niquelados "Super-Market" a la norteamericana, contienen la más varia antología del sabor. Se consumen por igual sardinas de Margarita y esturiones del Mar Negro. Los alimentos yanquis ofrecen su infantil y entretenida manipulación mágica. Se echa un poco de agua o de leche y se pone al horno el polvillo que contenía el sobre, y dentro de pocos minutos veremos cómo se esponja —sin perder su olor de química y farmacia— un pastel de limón o de chocolate. Hay abundantes e inverosímiles juguetes de niños para escape de nuestra curiosidad o nuestro derroche, para ocupación de almas vacías.

Naturalmente que dentro del inmenso prisma de apariencias que es la vida caraqueña de 1957; de la luz de neón que nos inunda de anuncios comerciales, de la invitación a un perenne viaje por islas encantadas con palmeras de oro y danzantes cubiertas de flores, a que nos conminan las agencias de viaje; de las esmeraldas y diamantes de las joyerías, de los automóviles de todas las marcas que corren como galgos de lujo por las autopistas, hay también un mundo de más desgarrada realidad, de inalterable esencia. Todavía los caraqueños conocen el amor y la muerte, la angustia de vivir y la zozobra de comprender. Una droga que se ha generalizado en ciudad tan presurosa y que se

llama "ecuanil" no logra calmar del todo la cavilación de las gentes.

Con equiparables choques; con los misterios de un subconsciente colectivo, que aún no asciende a la comarca clara de la percepción, se está todavía formando el espíritu de esta ciudad de Caracas, que, a pesar de sus cuatro siglos de fundada, nunca lució tan terriblemente adolescente. Sigue creciendo y edificándose sin tregua; en el día y en la noche, en las horas de vigilia y en las horas de sueño. La amamos y también nos querellamos con ella, porque resume en su dinamismo y perplejidad la esencia de una patria en ebullición, que todavía gira sobre el futuro. El monte Avila se recuesta en la ciudad con la turgencia de un pecho amoroso o fija sobre el valle, cambiante y agitado, su cimera de eterno granito. Hermosearla a la escala del servicio y el amor humano; pulir su alma para la solidaridad, la justicia y la belleza, debe ser su prospecto moral que se concilie, con el plan técnico de los ingenieros. Sólo el espíritu habrá de salvarla de la excesiva tensión de la aventura y aún de las demasías del dinero.

IMAGEN DEL BRASIL

Ahora que me voy del Brasil me provoca fijar en algunas imágenes la huella de casi un año de permanencia. Y esta tierra varia, amistosa y gigante suscita uno de esos cordiales desafíos que los pueblos que uno vió y estudió sin prejuicio disparan en el historiador. No teman mis amigos brasileños que vaya a descubrir lo obvio ni que reclame el privilegio de una interpretación extrañamente inédita. Pero el proceso del Brasil como pueblo no sólo contiene pasado y presente, sino opulenta profecía, y en una especie de cálculo de probabilidades o método estadístico aplicado a la Historia, el futuro que ya emerge, alucina tanto como la realidad contemporánea. Si ya viven más de 60 millones de habitantes en el inmenso territorio, se presume que en el siglo XXI podrán morar doscientos, y el Brasil con los Estados Unidos, Rusia Soviética, China y acaso Canadá, ha de ser uno de los pocos países-planetas que condicionen por su influencia y magnitud, gran parte del destino terrestre. Hechos nuevos y aventuras tecnológicas que ahora transforman la naturaleza brasileña, como la carretera que ha de unir Belem de Pará y Brasilia, internándose en inexplorados "matos", y los planes del Gobierno para irrigar las secas tierras del Nordeste —el duro y trágico paisaje de los "cangaceiros"—, vaticinan lo que ofrecerá el país dentro de pocos años. Esta nación-continente trata de unir y vertebrar sus más contradictorios extremos.

El peniplano de Goiás, donde ahora se edifica con todo alarde arquitectónico la nueva capital, Brasilia, será no sólo el centro geográfico del Brasil, sino de gran parte del mundo

suramericano. Brasilia casi equidista de Lima, de Quito, de Bogotá, de Caracas. Los caminos del norte, del sur, del este, del oeste, se cruzarán en ella como en un futuro e inevitable meridiano. Verdad que por el momento esos caminos se abultan de selvas, pantanos y ríos torrentosos, pero la tecnología moderna ha inventado tremendas máquinas que perforan montañas y trituran y mastican bejucos y árboles. Son como los paquidermos de una edad agresiva. Entran en la selva y ponen en dispersión los tigres, las onzas y los tapires. Domesticarse o perecer, es el grito de guerra de las máquinas. Y nunca observé un conjunto más heteróclito que el de las treinta o cuarenta mil personas que, por el momento, pueblan Brasilia y parecen un microcosmos de la historia humana y de las más varias etapas de civilización. Peones camineros, mecánicos, fondistas, indios, comerciantes libaneses, se mezclan con los arquitectos de la escuela de Niemeyer o con los atildados funcionarios de Itamaraty que acompañan visitantes ilustres: pueden ser un príncipe japonés o un escritor como Mr. Aldous Huxley. Si más allá del Palacio de la Alborada, de sus grandes ventanales y sus pinturas abstractas, podríamos encontrar trozos de una prehistoria recién descubierta, en el Hotel sirven un Martini que prepara un reputado *barman* del "George V" de París. Si quiero ir rápidamente al aeropuerto no necesito recorrer la carretera —todavía un poco enlodada—, pues el helicóptero nos espera en la propia puerta del hotel. Durante unos segundos somos como abejorros de una nueva especie, zumbando y volando sobre las estructuras de la ciudad más denodadamente moderna de la tierra. Contrastes que no caben en el más lógico y dividido *tempo* histórico de los europeos, pero que resultan propios de esta coexistencia de formas, estilos y tensiones opuestas de la vida suramericana. El alba caótica de la Historia desemboca en la más audaz invención futura.

Y en pocos países como en el Brasil, se nota el extraño contrapunto de una naturaleza que cada veinticuatro horas vuelve a ser virgen, y de la impetuosa civilización que está emergiendo. ¡Qué diferencia de hábitos y estilos vitales entre el Estado de Ceará y el Estado de Sao Paulo, entre San Luis Maranhao y Porto Alegre! A pocos kilómetros de los

rascacielos, las playas y los más sofisticados apartamentos de la avenida Atlántica en Río de Janeiro, podemos penetrar en el misterio peludo y un poco mágico de lo que los brasileños llaman el *mato*. Unos cuantos toques de macumba y la danza frenética de las mujeres a quienes les visitó el "santo", acentuarían para el turista apresurado, perseguidor de todo exotismo, la sensación de rareza. Pero el Brasil —ya lo veremos—, es mucho más complicado que todo eso. Y en un combate que se fue ganando y se concluirá de ganar a la naturaleza, se perfila la historia nacional. Someter a armonía lo desmesurado es visible esfuerzo de lo que se puede llamar la *paideia* brasileña.

En el idioma, el trato social, la firmeza de algunas instituciones, en una típica ironía contra lo demasiado grave o lo demasiado estorboso, en un respeto casi místico por la cultura, forja el país su arquetipo de vida histórica. Desde otro punto de vista, el Brasil es uno de los pueblos más auténticamente humanos que conozco, uno de los que repudian la crueldad inútil, y un suave respeto marca la línea de entendimiento entre las generaciones. Los jóvenes no quieren matar a los viejos, ni éstos obstruir el paso a la juventud, y el hombre "aposentado", el que trabajó durante los años fértiles y conquistó su derecho al descanso, es la meta final de una vida activa. La pérdida del poder político no involucra el ostracismo intelectual y social, y a veces para discutir problemas brasileños he visto reunidos en la misma mesa y con la misma cortesía, a los ministros que son, y a los que fueron hace quince o veinte años. El hombre público que dejó de aparecer en las combinaciones ministeriales o perdió su banco de varios lustros en el Congreso, se consuela, a lo menos, escribiendo un sabroso libro de memorias. Es, por ello, el Brasil entre nuestros cambiantes, vehementes y olvidadizos pueblos americanos, uno de los que saben más sobre su "pasado inmediato".

El panteón de las glorias brasileñas no contiene una superabundancia de caudillos y hombres armados, porque cuida extremadamente de sus próceres civiles. Y si hasta la gente más republicana mira con simpatía benévola la figura del Emperador Pedro II, es porque el barbado monarca, abuelo

honorario de los brasileños del siglo XIX, amaba más el estudio y la reflexión que la guerra; quería corregir algunos errores gramaticales de sus compatriotas, sobre todo en el buen uso de los pronombres, y parecía apreciar más una carta de Víctor Hugo o del poeta Carducci que del kaiser de Alemania. Frente al frenesí y pasión fanática y aniquiladora de algunos caudillos suramericanos que fueron sus contemporáneos, ¡qué sosegado y buen padre de familia parecía el Emperador brasileño!

Apunto al azar cuando quiero recoger algunas rápidas vivencias de la Historia y el carácter del Brasil, éstas que me parecen extraordinariamente significativas: adaptabilidad al suelo; milagro para conservar la coherencia política; institucionalismo; cortesía, y hasta un sistema de relación humana que sólo puede expresarse por la intraducible palabra *jeito*. Una empresa común del país junta en el clima aglutinador de la cortesía, ingeniosidad e ironía carioca, y en el activo cosmopolitismo paulista, rasgos y cualidades antípodas: la antigua aristocracia señorial y letrada de los bahianos; la aventura de ascetismo y fatalidad de los nordestinos; la habilidad política y el talento rápido y vivaz de las gentes de Minas Geraes; la astucia, arrojo físico y gracia refranera de los gauchos de Río Grande del Sur. A través del gigantesco territorio se uniformaron muchas costumbres y hábitos alimenticios: en el norte se inventó la *farofa* y la *farinha*, mientras en el sur se asaba el primer *churrasco*. Bahía fue la olorosa alacena y la gran olla conventual de encuentro de la cocina portuguesa con las legumbres, los peces, la fruta y la cacería autóctona y aun con todos los exotismos de una larga peregrinación oceánica. Los portugueses venían de la tierra de las especias, de la nuez moscada y el clavo de olor, y en la travesía de regreso metieron en los pataches a los esclavos negros. Quien no ha comido camarón, vatapá o los barroquísimos dulces de coco, batata y maní, o la llamada "baba de moza", preparados por criada bahiana, ignora algunos de los mejores sabores del Brasil. Otra proeza gastronómica fue confitarlos o destilar en deleitosos refrescos algunos frutos selváticos como el "cajú", el "maracujá", el "guaraná". Son los mejores desalterantes brasileños. Pero de la

sensual tentación de hablar de las cosas, de los colores, los sabores y los olores, pasemos a la obligación más seria de escribir sobre gentes y psicología social.

Adaptabilidad ecológica

Gilberto Freire ha insistido mucho —y es una de las ideas directrices en su interpretación sociológica del hombre brasileño— en la habilidad con que el portugués poblador supo adaptarse a los climas más cálidos y al vasto contraste telúrico de humedad y desierto, selva y estepa, de este país continente. Los pueblos ibéricos se indianizaron o africanizaron cuando fue preciso, sin ningún tabú alimenticio o erótico. Como los españoles en las otras partes de la América tropical, los portugueses en el Brasil tomaron la india, la flecha, la cerbatana, la canoa, el cazabe, el tabaco y los tubérculos indígenas sin que ningún prejuicio europeo se lastimara por ello. Después, cuando llegaron los esclavos negros, saltaban con entusiasta erotismo las vallas que podrían levantarse entre la *casa grande* del señor y la *senzala* del siervo. La fiesta católica podía terminar en el atrio de la iglesia con el baile y pantomima de los esclavos. Toda la sociología brasileña desde Nina Rodrigues hasta Arthur Ramos y Gilberto Freire, ha descrito esa opulenta simbiosis de formas culturales que se operó en el Brasil entre la herencia europea y las otras corrientes aborígenes y europeas. Todavía las "escuelas de zamba" y las comparsas de danzantes de *frevos* en el rítmico pandemonium del carnaval carioca, desfilan con trajes que parecen traídos de una vieja corte ultramarina: hay vestidos coloniales brasileños; mosqueteros de la corte de Luis XIII; marquesas de Pompadour en teñido color "preto"; soldados a la moda francesa de Napoleón III o del Emperador Pedro Segundo. Del mismo modo, en las mágicas *macumbas* y *candombles* en honor de Ochalá o de Xangó, puede colocarse una imagen de San Jorge, San Lázaro, San Jerónimo o el Señor de Bom Fin.

¿Fue acaso la milenaria herencia fenicia y la más cercana herencia árabe la que predispuso a los pueblos iberos a esta

inmediata fusión en tierras y razas distintas? Ha notado Freire cómo en la cultura portuguesa, en su primera hazaña renacentista de los grandes viajes y en el canto oceánico de *Os Luisiadas,* hay una nostalgia de los trópicos y las razas morenas. Y a diferencia del inglés y del holandés y de su estilo de factoría tropical, españoles y portugueses se mestizaron pronto y sufrieron en amor y aventura la inmantación de la nueva tierra. O eran *bandeirantes* enérgicos, aventureros y fundadores en grandes espacios y aprendían a cazar y pescar a la usanza indígena, o se tendían en la "red" (la hamaca) a dormir y beber cachaza, me decía un brasileño, hablando de sus tatarabuelos. Más que una empresa capitalista, calculadamente utilitaria, como la de británicos y holandeses, era el propio gusto de la aventura personal, de la hombría o aun del mesianismo lo que parecía guiarlos en su expedición de muchas leguas. Hay grande analogía en la historia de los pueblos ibéricos, aunque el carácter lusitano parece más dúctil, más lírico y sentimental, frente a la categórica e inflexible energía española.

Ante el asombro de una naturaleza abrumadora, llena de novedad y misterio, colonizadores y colonizados parecían prestarse mutuas fórmulas de conjuro. Y de allí procede ese fondo todavía mágico que frente a la vida industrial y racionalizada prevalece aún en ciertas zonas de la existencia brasileña y que sólo irá superando —como en todos los países latinoamericanos— una enorme tarea de educación. No sólo son los *candombles* y *macumbas* de tan reconocible acento africano, sino movimientos de vago misticismo supersticioso como los que originaron en la tierra apocalíptica del *sertao, canudos* y *joazeiros* y los que impregnaban de cierta nota mesiánica la aventura bandolera de una Lampiao y de una María Bonita, recordados en muchos cuentos y canciones del Brasil.

Pocas palabras están para mí más cargadas de magia y significación que la palabra portuguesa *feitiço,* hechizo. Y el "hechizo" ya tiñe las leyendas iniciales del mundo brasileño como la del "Caramurú", que a veces es un dragón marítimo y otras una especie de primer bandeirante, jefe de salvajes, casado con la linda princesa Paraguaçu. O la de Joao Rama-

lho, Adán poblador, que ya centenario no cesaba de engendrar hijos en las errantes tribus de las tupiniquinins y las guaianases.

La simbiosis de culturas y esta obediencia a servirse y domesticar lo que ofrecía la tierra ubérrima, no sólo se observa en las alejadas periferias de Mato Grosso, Amazonas o Goias, sino en encantadas ciudades de la costa como Bahía, Recife y Río de Janeiro. Lo popular y lo autóctono se aliaba con lo cortesano en la tradición nativa. "Corte de la caoba" provoca llamar la que trasladaron a esta latitud luminosa, los monarcas de Portugal. En los panzudos muebles, la refulgencia de los retablos, en capillas y quintas imperiales, se juntaban las materias de la tierra con la voluntad de los estilos europeos. ¡Qué bonitas algunas casas y palacios del siglo XIX —del tiempo de don Joao VI o de los dos Pedros—, con sus rejas y balcones saledizos al modo latino europeo, pero pintados de un rosa tropical y con tupida fronda de mangos y palmeras! Los pintores románticos como Rugendas, que visitaron el país allá por 1830, dieron esa imagen arcádica y cortesana de *fazendeiros*, indios, mulatas y marqueses. Y la República sólo continúa fundiendo en vasto crisol unánime e igualitario todos los pigmentos, olores y sabores que ya se habían mestizado y proliferado en cuatrocientos años de fecundidad brasileña. De esa fusión no estaba ausente el espíritu, y ya en la época colonial un artista iluminado como el Aleijadinho levantaba en la piedra "sabao" de Minas Gerais su dramática galería de profetas. Y en las misas de Diamantina, Mariana, Ouro Preto y Sabará sonaban los motetes, trenos y aleluyas —otro mensaje bíblico traído a las nuevas tierras—, de un extraordinario conjunto de compositores religiosos que eran un poco los Aleijadinhos de la música. ¿Y no ofrece la literatura brasileña desde la romántica *Iracema* de Alencar hasta Euclides da Cunha, y más modernamente en obras tan significativas como *Gran Sertao e veredas* de Guimaraes Rosa o *Grabiela, cravo e canela* de Jorge Amado, el encuentro de lo más arcaico y solariego y de lo más virginal? Otro brasileñismo puramente psicológico, metido en los melancólicos redaños de la conciencia, nos da la obra de ese analista de pequeñas almas, casi Titán de lo

microscópico, cronista de una "vaga saudade", que se llamó Machado de Assís.

Milagro político

Que no se deshiciera en comarcas autónomas e insurgentes, sino que la unidad del tremendo territorio de más de siete millones de kilómetros cuadrados permaneciese hasta donde llegó el pie de bandeirantes y caboclos y aún más allá, en casi indecisa frontera de ríos y selvas, es un milagro brasileño más imponente que la compactación de los Estados Unidos. En el Brasil se luchaba con tierra más dura y no fue posible la marcha hacia el Oeste auxiliándose de la vía férrea para juntar fronteras. Tampoco se compraron territorios ni se sostuvieron guerras de tanta cuantía como la de Estados Unidos y México, ni estalló un amenazante conflicto de Secesión. La Provincia Cisplatina se convierte en República del Uruguay, y el Paraguay sale desangrado y exánime de la llamada guerra de la Triple Alianza, en las dos salidas del Brasil fuera de sus linderos nacionales. De mantener la unidad del país se encarga el río San Francisco, esa especie de vértebra longitudinal del territorio; el río que siempre se negó a hablar español, aun en la época colonial de los límites debatidos e inciertos; la vanguardia de las ciudades costeras y la hábil diplomacia del Imperio que perfeccionarán después, durante la República, los tratados del Barón de Río Branco. Si es cierto que la civilización brasileña es fundamentalmente civilización de litoral, la canoa y el machete y más recientemente el avión que aterriza en el más lejano puesto amazónico, siguen penetrando y unificando el Brasil. En los días contemporáneos un hombre como Rondón mezcló la pasión exploradora y la curiosidad etnográfica de algunos grandes misioneros del siglo XVI. Fue el nuevo Padre Anchieta de nuestros días, descubridor, pacificador y cronista de enormes espacios.

Fue su conciencia de diferenciación frente a los limítrofes y al mismo tiempo distantes países hispanoamericanos, lo que salvó la unidad brasileña. Después, frente a la conmoción y subsiguiente anarquía que desataron las guerras de Inde-

pendencia en el resto del continente, el Imperio del Brasil acepta la nueva nación, pero refrena el cambio radical en la forma de Estado. Después del paso de don Joao VI y de don Pedro I, monarcas adquiridos de Portugal, todavía nostálgicos de su lejana zona templada, don Pedro II ya quiere realizarse como soberano nacional. Interpreta el liberalismo burgués y quiere salvar los dramáticos extremos de jacobinismo y reacción absolutista. Lee a Guizot, la *Revue des Deux Mondes* y los debates del parlamento inglés. A pesar de la anacrónica corona y del manto de armiño —que en esta latitud meridional debió de ser especialmente caluroso— se comporta como soberano de levita y va forjando un sistema institucional y legal, a la "altura de los tiempos". Comienza el positivismo comtiano y un evolucionismo progresista aplicado a los hechos sociales. La vieja estructura señorial del Brasil se modifica un poco, y frente a la aristocracia terrígena de los *fazendeiros* surgen con los comerciantes y burgueses, los primeros industriales e ingenieros y aquellos bachilleres de Bahía, de Pernambuco, de Río de Janeiro, expertos en leyes, cuya aportación en los parlamentos y los ministerios, moderniza las instituciones y costumbres públicas. El largo reinado del segundo don Pedro fue para el Brasil calmada escuela de conservación y moderación; se libra de las guerras anárquicas y del caudillismo al modo suramericano de entonces y aprovecha aquel henchido momento de la cultura occidental —esplendor de Francia, opulento capitalismo inglés—, para europeizarse antes que otras turbulentas repúblicas.

A fines del siglo XIX, Brasil forma con Argentina y Chile la rara trilogía de naciones latinoamericanas que se están comportando bien, frente a la improvisación y desorden que imperaba en las demás. La propia evolución hacia formas modernas de Derecho y Economía que se operaba en el reinado —casi victoriano— de don Pedro, debía remover aquel trono, un poco artificioso en América. Se acentuaba el anacrónico contraste entre la esclavitud, que aún existía en los grandes dominios del Brasil tropical, y la nueva y movida riqueza que creaban empresarios y audaces inmigrantes europeos en las templadas regiones del Sur. Cuando el 13 de mayo de 1888 —mientras el Emperador viaja— la Princesa Isabel

decreta la abolición definitiva de la esclavitud, por el inmediato impacto económico y social que ello produce, se está generando el movimiento que un año después ha de abolir también el Imperio. Pero la operación se cumple casi sin encono y sin odio. La continuidad de la Nación parece mucho más importante que el cambio de régimen. El mariscal Deodoro, primer presidente, casi diríamos primer protector, trae las presillas y galones de la propia corte imperial y no procederá como un jacobino de las calles. No son tiempos de jacobinismo ni de romanticismo, sino de filosofía positivista. Contra la conocida vehemencia suramericana, el Brasil escribe en su escudo la palabra "Orden", y la promesa de infinito desarrollo material le hace añadir, como optimista conjuro, la palabra "Progreso". No habrá guerra civil ni bandos inexorables. La política —dicen enlevitados doctores que leyeron a Spencer— es o debe ser una "ciencia experimental". Claro, que algunos grandes escritores, juristas y tribunos como Ruy Barbosa defienden para la recién nacida República mayor idealismo ético. Pocos años después, en su largo y estudioso ministerio en Itamaratí, el barón de Río Branco, tan semejante a un primer ministro inglés de la época victoriana, perfecciona y ensancha como acucioso artista, los límites ya gigantescos de la nación brasileña. Tiene la geografía de Suramérica en su cabeza; sabe dónde nacen todos los ríos y las cordilleras divisorias, y así como otros leen novelas de aventuras, a él le place soñar ante los mapas. Entre los anticuarios de Londres, de París y de Holanda formó su impresionante mapoteca. Posee imaginación bastante para mandar describir y explorar algunos abrumadores misterios continentales, a un escritor con la pupila y la fuerza de Euclides da Cunha.

Hubo, a pesar de las sensatas previsiones positivistas, algunas revueltas en el Brasil: en 1893, en 1910, en 1922, en 1924, en 1930, en 1935, etc., etc. Alguna elegante temporada de ópera en Río de Janeiro con las últimas casacas, abanicos y condecoraciones del Imperio, se interrumpió porque se había sublevado la Marina. Hubo —en días más cercanos— la larga protección, y el llamado "Estado Novo" de Getulio Vargas. Pero todos esos "cambiamientos" —aun el de los impe-

tuosos gauchos del Sur que llegaron con Getulio y fueron un tanto suavizados por la ironía carioca— no acabaron de alterar, radicalmente, un viejo fondo institucional y tradicional bastante visible en la política brasileña. Aunque hubiera caciquismo provincial, en ciertas jerarquías del Estado como la Justicia y la Diplomacia se afirmaba una rigurosa disciplina civil. Los diplomáticos que se formaban en la escuela del barón de Río Branco debían entrenarse como para una orden monástica y adquirir el "Trivium y el Cuadrivium" de una Cultura moderna. Servían para jueces en La Haya y para los más hábiles alegatos en la Sociedad de las Naciones. Fue orgullo del Brasil tener la más avisada diplomacia latinoamericana.

Si se achaca a los pueblos tropicales la discontinuidad en la acción y el gusto de las vehementes mudanzas, este institucionalismo brasileño ha servido de muro de contención y firmeza; parece ya una constante de su proceso político.

Jerarquía y cortesía

Las varias y disciplinadas Instituciones brasileñas que pueden llamarse, "Itamarati", Escuela Superior de Guerra, Instituto Río Branco o Academia de Letras fijan para el hombre una meta, lo incorporan en las pautas y cánones de una tradición; equilibran dentro de un sistema jerárquico lo que podría convertirse —como en otros países— en desorbitado individualismo y violenta aventura personal. La impersonalidad y las normas de la respectiva institución limitan ese contrario impulso anárquico del aventurero o del resentido. Para ser funcionario de Itamarati, profesor del Instituto Río Branco o escritor aceptado en la Academia de Letras hay que cumplir una serie de requisitos, de mérito conquistado y aprendizaje. Pero cuando el honor se logró, la propia Institución proteje a quien supo ganarlo y el individuo no tendrá esos sobresaltos y asechanzas que en otras tierras marcan el destino dramático de muchas gentes. Años, cultura y trabajo serán reconocidos, y ya la suerte no depende del humor y arbitrariedad de un jefe o de las intrigas de una cábala.

No digo que todo sea perfecto e impere la más clara y ordenada justicia, pero se han estatuido las normas para proceder de modo ecuánime. Podremos adivinar, acaso, los años de servicio y el grado de cultura con que fulano llegó a "desembargador" en la carrera judicial, o a ministro plenipotenciario en la carrera diplomática. No todos serán personalidades sobresalientes, pero mantienen su "status" en un rango de corrección y eficacia. La institución refleja sobre sus miembros que sean dignos de ella, su aura protectora, su halo de respeto.

El escritor joven, por ejemplo, puede que no esté de acuerdo con determinadas corrientes literarias o estéticas que predominen en la Academia de Letras, pero deseará que al llegar a los cuarenta años, el valor de sus obras le permita formar parte de tan calificada compañía. No es una Academia más, sino la sede reconocida de los grandes letrados del Brasil. El valor de la institución se mide no sólo por su antigüedad y continuidad, sino por el valor de cultura que pueda ofrecer. A la Academia de Letras se le llama la "casa de Machado de Assís" como a Itamarati la "casa del barón de Río Branco". Tan santos y egregios patronos, ¿no constituyen una especie de conjuro contra la mediocridad y la improvisación?

También el "institucionalismo" brasileño y la tendencia a incluir sus hombres dentro de comunidades de cultura y reglamentado servicio público es intuitiva defensa contra la dispersión a que invitaría el inmenso territorio. A través de estas jerarquías se forja la unidad espiritual del país. No sólo las leyes y reglamentaciones oficiales, sino el esmero de hablar y escribir un buen idioma, la tradición humanista y la tradición literaria cumplen el vasto trabajo unificador. Las instituciones crean metas o forjan arquetipos a que aspiran las gentes que aun separadas por distancias enormes como la que media entre Recife y Porto Alegre, siguen y comentan con tanto interés como un debate político, el brillante discurso que se pronunció en la Academia de Letras. Sociólogos e historiadores de la cultura como Freire, Cruz Costa o Pedro Calmón, ya se han detenido bastante en estudiar aquellos repertorios de ideas y corrientes filosóficas que han contribuido a la unificación moral del Brasil y marcaron su tipici-

dad y diferencia entre los países latinoamericanos. La metrópoli lingüística del mundo lusitano ya no es precisamente Portugal, sino el Brasil, donde ahora hay una literatura más varia y moderna que en la vieja nación europea. Y desde el Brasil —como lo ha visto Gilberto Freire y toda una escuela de antropólogos y etnógrafos que han estudiado extraños procesos de "transculturación"— se tiende como un imaginario puente entre América y aquellas tierras africanas y asiáticas donde llegaron los grandes portugueses aventureros del siglo XVI. Así, en tierras tan lejanas como Goa o Lourenço Marques se leen ahora libros brasileños, y etnógrafos europeos no sólo estudian en Africa sino también en Bahía el largo camino oceánico que hicieron viejas religiones y mitos africanos. Se está trocando de este modo la tierra brasileña en un pululante meridiano del mundo.

Todo circula y se expresa en la inigualable cortesía brasileña, limadora de discordias, forma de cordial comunicación humana. Más allá de los superlativos portugueses que al principio sorprenden al viajero que de simple vecino y ciudadano se vio elevado a "ilustrísimo señor", se ofrece un trato obsequioso y diligente, y al poco rato de charla dos recientes amigos se pueden despedir con un "apertado abraço". El matiz del agradecimiento por el servicio que se nos prestó va del "obrigado", el "prazer", la "satisfaçao" al "muito sensibilizado". ¡Y qué áspero resulta nuestro español ante estas sutiles y fervientes invenciones del idioma lusobrasileño! Mi buen amigo Vivaldo, que sin conocerme de antes se prestó con inigualada gentileza a mostrarme todos los colores, estilos, paisajes, danzas y sabores de su prodigiosa ciudad de Bahía (visitamos desde los altares barrocos y los caserones blasonados hasta las "madres de santo"; comimos la colonial repostería de los conventos y los camarones del mercado), sabe hasta qué punto esa cortesía no esquiva para el viajero la participación y disfrute de un bien común de cultura; hace fácil el aprendizaje del Brasil.

Jeito

Y por el camino de la cortesía nos acercamos a otro extraño matiz del alma brasileña que sólo puede nombrarse con la intraducible palabra jeito. No sé que ningún sociólogo haya hecho todavía un tratado —que bien lo merecería— de esta peculiar actitud anímica. Como definición provisoria diría que el *jeito* es la benévola solución inesperada con que a veces se afronta la dificultad de las cosas. Es un orden emocional que pretende resolver lo que en estricta lógica parecería cruel e implacable. Tiene algo de la "corazonada" española y del "pálpito" de que hablan los argentinos, pero va más allá de esta iluminación súbita de la realidad. Participa de aquel espíritu de fineza de que hablaba Pascal, pero no es sólo "comprensión de las razones que la razón no comprende", porque anhela asimismo, actuar y ayudar. La persona sumida en su conflicto no sólo desea que la comprendamos, sino que le prestemos auxilio. Y entonces se avista esa comarca, un poco mágica, donde el *jeito* parece el numen. La ley y la rutina determinaron tales o cuales cosas, pero bien puede acontecer que surja una situación tan extraña que haya que resolverla por otro método. Quizá el rey Salomón, ante la querella de las dos mujeres que reclamaban la misma criatura, fue un lejano precursor del *jeito*. Se comportó Salomón como el más dúctil de los "cariocas". Y para lograr un buen *jeito* se necesitan dos virtudes que no siempre son compatibles: imaginación rápida y benevolencia. En la primera parte del proceso, el *jeito* consiste en entender lo anómalo y extraordinario de la situación; en tal caso, no vale la pena acudir al código, porque muy pocas veces los códigos hablan de las excepciones a la regla, y en una segunda parte, la dúctil fantasía del que va a otorgarlo, inventará la fórmula que no parezca ilícita. La persona que da el *jeito,* franquea durante algunos segundos el peligrosísimo camino que separa lo habitual y legal de lo desusado. Debe moverse con tacto para no caer en lo reprobable. Pero nunca el *jeito* —creación de un pueblo bondadoso e imaginativo— se da por interés, sino por generosidad estética. Es abundancia de corazón. Si se inventa el *jeito* como una creación imaginativa

—casi fábula, casi poesía—, se otorga y concede como prenda de magnanimidad.

¡Y qué pocos brasileños pueden resistirse cuando se llama a su buen ánimo en el nombre imponderable del *jeito*! Porque gran parte de la virtud que se atribuye al hombre, radica, precisamente, en esa virtud de servicio y obsequio. Quien los concede se siente el árbitro de una situación: prueba doblemente su generosidad y su hombría. Es preferible pecar de generoso que de demasiado estricto. Estamos bastante lejos del puritanismo angosto y la hipocresía del fariseo, porque se quieren comprender esas razones de la vida, no siempre reductibles a la escueta previsión de la ley y la norma abstracta. El *jeito*, que como toda cosa humana puede ser también pecaminoso si no distingue entre lo auténticamente lícito y lo culpable, es una de las más singulares vivencias del alma brasileña.

Conciliación y futuro

Paradójicamente los problemas del Brasil no son de angostura e irremediable escasez, sino de espacios vacíos y de naturaleza que no acaba de domesticarse. El Brasil está vistiéndose su traje de gigante. Un pesimista hablaría de la desolación y el hambre que azotan las estepas del nordeste cuando no llegaron las lluvias, y los enjutos sertanejos emprendieron su inmensa peregrinación hacia tierras más bonancibles, mordiendo la raíz amarga de un suelo ascético poblado de jaral y de espinas. O pesa en el momento la inflación monetaria de un país que crece a tamaño desmesurado y a veces carece de divisas extranjeras para pagar el costo de su proceso industrial. O después de haber vivido durante largos decenios exportando el café de las grandes haciendas paulistas, sufre en el mercado externo la competencia de los ruinosos productos africanos. El mundo bebió demasiado café y se impone la fundación y racionalización de nuevos cultivos. Economistas sagaces están estudiando y midiendo los fenómenos de la peculiar coyuntura brasileña. Y si leemos un documento tan poblado de cifras y perspectivas como

el Mensaje Presidencial de 1959, advertimos que para muchos de esos problemas se abre una solución a distintos plazos, y la seguridad del indeclinable crecimiento es una de las fuerzas motoras del Brasil. Para la aridez del *sertao* los técnicos planean la llamada "operación nordeste" que con sus obras hidráulicas acaso realice un milagro como el que obtuvo Estados Unidos en el valle del Tennessee. Las estepas cearenses no son menos redimibles que lo fueron las tierras más agrias del suroeste norteamericano. También en el gigantesco valle del Amazonas, en el valle de San Francisco y en el río Dulce, esperan a la energía brasileña otras "operaciones" para vencer distancias y cambiar las formas de vida y de producción. El Mensaje enumera esos recursos y riquezas que está valorizando o ha de desenvolver el Brasil: petróleo, carbón mineral, energía eléctrica, energía atómica; nuevas siderúrgicas —porque Volta Redonda se está haciendo escasa—; industria petroquímica, cemento, química básica, papel y celulosa, industria automovilística, construcción naval. La población crece, y los 62 millones de brasileños acaso sobrepasen el centenar antes de treinta años. El país vive un imponente cambio industrial como el que vivieron los Estados Unidos en los últimos decenios del siglo pasado, y será necesario conciliar las economías antagónicas que van desde el pescador y cazador casi nómada de los espacios amazónicos, hasta el técnico muy calificado de una fábrica de motores en Sao Paulo.

Naturaleza y tradición pesan mucho en el paisaje brasileño; la vida familiar es muy fuerte para que se llegue a una civilización puramente mecánica y deshumanizada. Junto a las fábricas y la gran autopista que conduce de Sao Paulo a Santos y a las playas de Guarujá, crecen flores y árboles inverosímiles. Siempre habrá pintores que quieran pintarlas. De las *favelas* de Río, donde se acumula una urgida población proletaria, no sólo baja en los malos días la protesta social, sino también las danzas y las canciones. Allí la fantasía popular engendra la "zamba". En la zamba carioca hace el pueblo la crónica de sus burlas, su constante humor, sus pequeñas ilusiones. El resumen gozoso e irónico de lo que se soñó en el año, los personajes que ocuparon la

fantasía pública, los mitos cotidianos se recogen en estas zambas del carnaval dionisíaco que al llegar a la Avenida Río Branco se esparcen por todo el país. A pueblos tan benévolos y humanos como los de Bahía y Río Janeiro, al pueblo que se llama Joao, Bento, Manoel, Moacyr, cuando no se bautizó con nombre de Historia clásica o de Mitología griega, le basta su *charuto* y su *cafezinho;* su domingo de fútbol y su poco de baile para olvidar toda pena. No toma en exceso "cachaza" y tiene la voluntad de ser pacífico. Se olvidó, y ya pertenece a la más remota historia un descabellado propósito de "fascismo" que despuntó en pequeños grupos hacia 1930. Los fascistas de entonces —porque pocos les acompañaron a levantar el brazo o sacar olímpicamente el mentón— terminaron por trocarse en quietos vecinos. O les ganó la partida en aquella época, con menos paso de ganso y camisas de color importado, el astuto gaucho que se llamaba Getulio Vargas.

Cada brasileño sabe que recibió en su enorme territorio una dádiva desmesurada de Dios, y no vale la pena, no "vale una figa" —como se decía en arcaico castellano y se dice en portugués— salir a bravuconear y a propalarlo. La cortesía nativa detesta lo que se llama "a briga", la pelea inútil, porque prefiere alegrar el tiempo de vagar y descanso en el juego, retruécano e invención amable que se esconde en la palabra *brincadeira.* También el Brasil crece de noche en fecundidad cósmica, respondía un despreocupado e irónico carioca a quien le recomendaban una monstruosa y racionalizada disciplina de trabajo como la que enseñaba el sistema Taylor. Crece el Brasil con las estrellas que se desparraman en su cielo caliente y con la azul marejada que salpica el litoral. En leguas inacabables se dilata una enorme esperanza. Surgen ciudades y desembarcan inmigrantes. En su flora y vida biológica caben todas las familias y todas las especies. País prodigiosamente "fauniflorado" o "florifaunado", me decía en graciosa invención lingüística un poeta de Bahía, mientras probábamos ostras acompañadas de limón y cachaza. Tierra de sumo sabor y amistad, nos impregna al dejarla un poco de húmeda "saudade". El paisaje de Río, mientras nos alejamos, dibuja como las manos

de un dios travieso, de un dios en traje de baño y en trance de perpetua invención, dibuja playas, morros, ensenadas de todo verdor; rocas que terminan en airosas palmeras para continua alegría de los hombres.

VELADA EN RIO

Este perfecto balcón sobre las playas de Río Janeiro y disparado hacia las montañas que tienen el color de berilos, amatistas, aguasmarinas, que eligió como residencia el excelentísimo señor Embajador de El Salvador, es propicio a las inspiraciones felices como la que dio origen a nuestra peña de escritores y artistas. Si abundan en ella los diplomáticos, ya sin casaca ni condecoraciones, es porque aquí habrán de acercarse mejor al conocimiento de los hombres que están haciendo en sus libros y creación estética la historia espiritual del Brasil. Creadores y padrinos de la idea, el Embajador Barraza Monterrosa y su encantadora señora doña María Augusta, debemos agradecerles la calurosísima hospitalidad y las horas de despierto diálogo que nos esperan en esta casa. Casa que es mucho más que una sede diplomática, pues los entusiastas anfitriones han sabido animarla y embellecerla con obras de arte que salen de sus manos. Cuando el Embajador no escribe un informe a su Gobierno ni la Embajadora se reparte en las mil obligaciones de sociabilidad que le impone la vida carioca, ambos están esculpiendo o pintando en su taller algunas de estas hermosas obras que decoran la casa. Ninguna otra podría abrirse mejor a los nómadas conversadores que nos hemos congregado esta noche.

El Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores don Francisco Negrão de Lima, tuvo la gentileza de aceptar la Presidencia de honor de la "peña", y con su extraordinario don amistoso, nos ha animado diciendo que será un contertulio frecuente. No escapa a su dinamismo y alta inteligencia que la función de los diplomáticos no se agota en el es-

tricto trabajo oficial y las funciones de protocolo, porque también nos importa, de modo prominente, conocer la vida espiritual del país donde estamos acreditados para acercarlo mejor a nuestra mente y a nuestro corazón. Seríamos acaso malos diplomáticos y malos latinoamericanos si no nos abriésemos a los estímulos de una Cultura tan viva y alerta, tan fiel a su tierra y al destino de América, como es la del Brasil.

* * *

Por ello hemos querido agasajar como uno de los primeros nombres y los primeros afectos de nuestro coloquio, a ese todavía joven y vivacísimo Decano de la Poesía brasileña que se llama Manuel Bandeira. La lujosa edición que acaba de hacerse de sus "Obras Completas", hace pensar no sólo lo que debe el Brasil, sino toda nuestra América al gran artista y hombre de letras que, no sólo ha escrito Poesía de universal validez, sino ha paseado su mirada de comprensión, su juicio y curiosidad agudísima por el ámbito de todas nuestras literaturas. A pesar de la relativa frontera de distancia que pueden erguir entre los países suramericanos sus dos grandes idiomas maternales, pocos hombres como Bandeira miraron las letras americanas en extraña unidad ecuménica, como alma y razón del Nuevo Mundo.

Nutrido sabiamente —con sabiduría que se volatiliza en gracia y conciencia estética— de una tradición literaria tan vieja y tan fresca como Camoens y Gil Vicente y tan nueva y prístina como su continua invención lingüística y su fantasía en incansable aventura creadora, pocos espíritus más jóvenes y alertas como el gran poeta brasileño. Se da el misterio en Bandeira —misterio de supremo arte— de haber llegado a ser popular sin dejar de ser refinado y exigente, y sin que la agudeza y maestría del oficio ahogue su entrañable testimonio humano. Si esta Poesía se expresa en uno de los más ágiles e invencioneros lenguajes poéticos que se hayan escrito en América, en un verso capaz de toda audacia, más allá del hechizo de la palabra, alienta su íntegro amor humano, su comprensión de lo pequeño, olvidado y humilde, y aquel juego sonriente de ironía y de piedad con

que conjura los lances trágicos de toda existencia. Apuesta ganada a la muerte, y en que la vida vuelve a emerger luminosa y tolerante, abierta a los colores, fragancias y suma fraternidad del mundo, ¿no fue desde su temprana y probada juventud, toda la poesía de Bandeira? Aquel poeta, enfermo en un sanatorio, que se preparaba a morir en 1912, y que ha llegado tan sano a la unánime admiración de sus contemporáneos de 1958, sublimó su dolencia en alegría, trocó en ternura la primera hiel de la vida, y cuando pretendían apartarlo de la confiada comunidad de los vivientes, sacó de su alma tesoros y reservas de inaudita esperanza. El mundo otra vez se le dio todo, porque él lo miraba sin amargura y él era bueno. La ascesis, la disciplina vital que en otros seres es el más penoso ejercicio, en él se transformaba en gusto completo de la vida hasta en lo más menudo y humilde que ella puede ofrecer a los pasmados mortales.

Los juegos y fábulas de los niños; la naturaleza del Brasil no sólo en su dimensión macrocósmica, sino en la matizada y microcósmica de la hoja verde que cae, del insecto que pasa, del pájaro que ensaya una canción, y la lengua del rapaz, de la muchacha, de la negrita Irene que quiere entrar al cielo y del loco del pueblo que profiere onomatopeyas, todo se orquesta, se hace música, eco y añoranza en su arte poético. Porque en el combate del mundo otros se atropellan y pelean por los sitios de estrepitosa y visible figuración, Bandeira, como sus domésticos santos brasileños —como San Benedicto o Santa Teresinha, como el San Antonio de los barrios de Río Janeiro, a quien le encienden fogatas las mozas "casadeiras"—, fue abogado de causas y de cosas humildes que venturosamente dejaron de mano la codicia y el furor de los hombres. Y siendo tan universal, de tan varia y cosmopolita riqueza estética, a veces gusta de disfrazarse de poeta municipal y parece alegar ante el inmenso Brasil como extraño "vereador" poético, los derechos a la calma y el sueño de su barrio Santa Teresa. O es el más perfecto cicerone de las callejuelas de Ouro Preto, o gratifica a sus amigos con los más deleitosos e ingeniosos versos de improvisación y circunstancia. Así la Poesía parece trocársele en acto cotidiano de alabar a Dios y a la Luz

por el milagro que nos ofrece cada mañana o por las estrellas que desparrama en la noche. Y juega, como si fueran globos, con todas las lunas del Brasil: la de Recife y la de Natal, la de Petrópolis o Belem de Pará. Que Dios y los artífices celestes de luz, pájaros, flores y frutos, fueron especialmente dadivosos con la tierra brasileña, exclamamos al leer algunos poemas de Bandeira.

Si la interpretación étnico-psicológica-climática de la Literatura no estuviera tan desprestigiada por la crítica de hoy, provocaría estudiar cuanto de raizal brasileñismo se nos revela a los lectores foráneos en la obra poética de Bandeira. En pocas naciones de América se alían tan vitalmente lo ancestral europeo del portugués añoso y navegante y lo mágico, lo indiano, lo telúrico, como en el inmenso Brasil. Y todo ese mundo de gentes, tierras, sangres y mitos conviven en un país pacífico que ama la tolerancia, el juego, el humor y la ironía benévola, y aun aquella solución y corazonada misteriosa que el brasileño llama el "jeito". ¿Y no es, a veces, el "jeito" la bondadosa puerta de escape, la sonrisa y piedad que se opone a la excesiva importancia o el énfasis que atribuyamos a la vida? Acaso un escollo espiritual del Brasil sea salvarse del gigantismo a que parecía invitar su desmesurado espacio y su siempre elástica e infinita esperanza. Un mañana, "a manhá" inagotable promete el Brasil. Pero he aquí, cómo los mejores espíritus de la Literatura brasileña —valga el ejemplo de Bandeira— ahondan un sentido de la gracia, el humor y el matiz que son los mejores disolventes de lo hiperbólico.

Hacer fabuloso y mítico lo cotidiano; invitarnos a esa inalcanzable "pasárgada" que es la nostalgia misma de felicidad del hombre, o comunicarnos con magia indecible aquella infancia en Recife —que nos parece la de todos los que nacimos en el trópico— es parte del secreto comunicativo de Manuel Bandeira. Pero, ¡qué pobre la prosa del comentarista para ahondar en el complejo misterioso poético de un poeta semejante; para recoger todo el mensaje de esta poesía, que más allá de las galas inútiles y la presunción de otros ha ido —en admirable proceso de simplificación y anti-retórica— destruyendo apariencias para exprimir esencias!

Gustando de la gracia que no excluye la profundidad de esta poesía, dijérase que el mundo hubiera sido inventado por un dios juguetón, benévolo e ingenioso, bastante parecido a Manuel Bandeira; un dios dispuesto a romper la rutinaria jerarquía de lo terrestre, porque le interesan más los niños que las gentes graves; las hormigas, los pájaros cantores y los insectos, que los animales de presa. Un Dios que ama más que la guerra, el poder y el predominio, esos "fogos" festivales y estrellas efímeras que sus buenos feligreses brasileros encienden en cada ocasión de regocijo: para la víspera de un santo, el cumpleaños familiar o el triunfo de los futbolistas. Un Dios que no teme perder su naturaleza divina, entreteniéndose en alzar en la playa de Copacabana un día de sol y henchido viento, los encantadores "papagayos" cariocas —los más bonitos y coloreados del mundo— que parecen pájaros y flores aéreas. Un Dios que tuviera —más que la cólera de Jehová— la misma naturaleza poética, traviesamente inventora y el cabal humanismo amistoso de Manuel Bandeira.

Es con regocijo que le tenemos y le festejamos esta noche, entre nosotros. No sólo es altísimo poeta, sino hombre bueno y ciudadano ejemplar. Para los que hemos venido de lejos, es maestro y guía cordialísimo de toda la intimidad del Brasil. ¡Qué concordia habría en el mundo si lo poblaran muchos artistas y hombres de su linaje!

CALOR DE CORO

El calor de Coro se atempera por el viento casi constante, el gusto de las frutas que comimos en el mercado, la piscina azul del Hotel, el fulgor fantástico de los plenilunios y la cordialidad adivinadora y sensible de sus gentes. Coro es tierra de amigos. A la sombra de un verdadero oasis doméstico, jubiloso de pájaros tropicales, de nísperos, de los cujíes más copudos de la República y de violentas flores de berbería como el que erigió en su casa, tan abundante de libros e Historia regional Monseñor Mármol, tuvimos reparo de buena conversación y tratamos de entender lo personalísimo de esta ciudad entre todas las venezolanas. Luego, un grupo de animosas muchachas y de jóvenes nos invitaron a una excursión lunar a los médanos. Y como si fueran las serranas del Júcar cantadas en una de las más graciosas letrillas de Góngora, las muchachas se quitaron los zapatos, enlunaron sus pies, triscaron por los montículos y bailaron en corro donde la arena era más blanca, más fantasmal. Quise decir como el viejo poeta cordobés:

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

Y seguía repitiendo la imaginación conmovida:

Alegres corros tejían,
dándose las manos blancas
de amistad, quizá temiendo
no la truequen las mudanzas.

Naturalmente, cantaron "Sombra en los médanos". Y casi lamenté llegar a Coro con atraso de muchos años, pues ¡qué promesa de gracia, de agilidad amorosa, de tierna compañía emanaba de aquellas muchachas! Ya canoso y desengañado, me contenté con embelesarme en sus danzas y firmarles el álbum de autógrafos. Pero, además, hacen mucho por la cultura regional; animan un Ateneo laborioso, organizaron hace pocos días una exposición de pintura, forman conjuntos musicales y asistieron con interés y cortesía perfecta a la conferencia a que me invitaron. Jóvenes y muchachas quieren a su tierra con pasión estimulante; cuentan al viajero las leyendas de la ciudad, nos acompañan a la visita a las iglesias, al añoso Museo diocesano con sus primitivos retablos y sus arcones de caoba que huelen a siglos, con sus espejos, candelabros y escribanías, y a aquellas casas de columnas panzudas, portadas de blanco mojinete y ferradas ventanas, donde parece asomarse todavía —según una tradición de la ciudad— la muchacha que salió una noche de luna, llevando ya su muerte de amor, y se perdió en los médanos. Y el "chuchube, rabilargo de amoroso cantar", "pájaro juglar del desierto" —como dice la canción nativa—, aún le busca y le llama en la lejanía movediza de las arenas.

Ciudad de excepción entre las venezolanas es esta venerable Santa Ana de Coro. Primada de Venezuela, núcleo de las más arriesgadas aventuras de Tierra Firme, centro de una pequeña civilización indígena que el viejo Manaure —especie de Néstor de los indios—, varón de gran autoridad y sosiego, empluma de leyenda, Coro creó un estilo de vida original que todavía nos ofrece su potente solera. Acaso porque una tierra penitente, erosionada y desértica, que invita a la vez al combate y al ensueño, o serranías sin caminos la separaban del Centro y del Occidente de la República, el coriano acendró valores de cultura y tradición de que todavía puede enorgullecerse. Coraje, estoicismo y fantasía se juntan en su blasón. Sus soldados podían ir lejos, aguantar el hambre y la sed, convertir a los infieles y cantar la "égira" como los soldados de Mahoma. En coloquio de periodistas se me habla y se me pregunta sobre Manaure,

sobre José Leonardo Chirinos, sobre el teólogo y filósofo escotista Quevedo, sobre el magnánimo Mariscal Falcón, como si fueran personajes de estos días. Me muestran la casa en que escribió versos en latín y defensas del régimen republicano y de la soberanía popular con argumentos teológicos, el Obispo de Tricala, Mariano de Talavera y Garcés. Lo que no saben mis acompañantes me lo puede explicar en el propio Coro don Angel S. Domínguez, y en Caracas el eruditísimo doctor Pedro M. Arcaya. Y de los personajes de "Urupagua", la jugosa novela regional de Agustín García, las gentes hablan como si los hubieran conocido en los más alegres velorios de la Sierra.

El linaje espiritual de Coro se afirma ahora frente a Punto Fijo, la ciudad neófita, no concluída de bautizar, hija que se volvió cosmopolita, aluvional y bullanguera. Si ella supera en habitantes y negocios a la ciudad matriz, algunos afirman que todos esos pobladores no son precisamente "almas". Allí se cruzan las lenguas y la codicia de muchas razas, y las camisas a todo color de negociantes y cantineros, las sedas, afeites y gargantillas escandalosas de las cortesanas que bajan a comprar desde el lejano sitio de La Concha —especie de isla de Citerea de las petroleras—, emula con la decoración a chafarinones de las sinfonolas que a pleno día levantan su estrépito. Al próspero, dinámico y promisorio Punto Fijo, porque ya le sobra aventura y riqueza, parece faltarle un poco de sosiego civilizador. Punto Fijo y toda la península de Paraguaná, con sus torres de acero, sus espléndidas refinerías, su pampa ocre, el extraño trompo surrealista que levanta a la distancia el monte de Santa Ana, el cobalto perfecto del Caribe y, por contraste, las aguas sucias, un poco malditas, del Golfete, merece una novela que haría violenta antítesis a la novela tradicional de Coro. Y los corianos afirman que están separados de Punto Fijo, no sólo por noventa kilómetros de carretera, sino por cuatrocientos cincuenta años de Historia.

Para que reviva la contribución cultural de Coro a la República, me regalan en el aeropuerto —casi al despegar el avión— una reciente "Antología" de escritores falconianos compilada por el escritor Luis Arturo Domínguez. Abar-

ca desde el teólogo Agustín de Quevedo y Villegas, pariente ultramarino del señor de la Torre de Juan Abad, quien componía en Latín teñido de sensibilidad barroca tratados sobre la "Unidad de Dios", hasta los poetas y prosistas del siglo XX. Hay figuras que pertenecen no sólo a la historia literaria, sino a una más accidentada y novelesca como aquella romántica señora Juana Zárraga de Pilón, bisabuela de las poetisas corianas, escapada a Cuba y a España en los más trágicos días de la guerra de Independencia; conocida dama de Corte bajo el reinado de Isabel II, que sigue en su destierro y destronamiento a la "Reina Castiza" y evoca de anciana, en un llorado poema, el paisaje y la gente de su niñez. Si había soportado tanto —como lo dice en sus versos— fue porque los corianos "son de raza generosa y fuerte". O la figura bizarra de don José Heriberto García de Quevedo, uno de los delegados de Venezuela con el General Ros de Olano a los más movidos cenáculos del Romanticismo peninsular; enamorado también de la livianísima hija de Fernando VII y hombre de aventuras, duelos y quebrantos. O el Mariscal Falcón, quien también hacía latigueantes endecasílabos, cantando a su caballo "noble corcel, fiel compañero" en plena y tremenda diáspora de la guerra de los cinco años.

Las poetisas de Coro —las primeras que tuvo la República— ocupan buena parte del libro antológico. Es misterio curioso de la vida nacional, porque allí florecieron como en ninguna otra parte. ¿O cuando sus maridos iban a la guerra, en los interminables alzamientos provinciales de Colinas y Rieras, Castillos y Tellerías, las mujeres, recluídas en aquellos caserones poblados de leyendas y fantasmas, donde las flores huelen con extraño poder embriagante, se consolaban con la música o reflejando en versos ingenuos un drama de ausencia y de soledad? Formaban grupos literarios y musicales que se llamaban "Armonía" y "Alegría". Eran sacerdotisas de la Luna que allí brilla más hechicera y mágica, e iban de serenata hasta los médanos. Y como pañuelos de soles en que se humedecieron o frustraron sus sueños, dejaron versos y novelas en que parece adelantarse una empresa de comprensión y defensa femenina. Fundaban cole-

gios y escuelas que mejoraban la angosta instrucción pública de entonces. Aún en la Mérida de mi infancia había maestras corianas de quienes decían en la ciudad:

Ellas vinieron de Coro
y con decoro han vivido.

Con su testimonio lírico o matriarcal del siglo XIX, pasan por el libro estas valientes precursoras de las poetisas y novelistas de hoy: Doña Josefa Victoriana Riera, poetisa épica que "tenía sangre de caudillos, fuerte como un cujizal", dice el antologista; doña Virginia Gil de Hermoso; doña Carmen Brigé; doña Antonia de Lima; doña Polita de Lima del Castillo. Las vemos con sus camafeos y cintillos románticos, sentadas en sus mecedoras de Viena, leyendo novelas patéticas y queriendo vencer la angustia, quizá la murria provincial de aquellos años, en sus canciones emocionadas. Invocan los "silfos de la aurora", los "elfos", las "hadas intangibles", las vagas y susurrantes divinidades de la noche y de los bosques, y quisieran vivir —como dice uno de esos versos— en un "alcázar azul".

Me siguen esas imágenes de Coro; el afán de cultura y hospitalidad de sus gentes, los fantasmas ochocentistas de sus poetisas, el eco de sus valses y sus "polos" con que me obsequió largamente una orquesta regional, la añoranza de sus calles y caserones —del "sol", de "las ventanas de hierro", de los "Talaveras", de los "Tellerías"—; de la vieja cruz de cují, donde según la tradición se dijo la primera misa en Tierra Firme; de los "chuchubes" y cardenalitos rojos que vuelan sobre los médanos, mientras el avión despega en busca del mar. En alabanza de las bellas muchachas que tan gentilmente me mostraron la ciudad, torno a repetir los versos de Góngora:

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

. . . . . .

Alegres corros tejían
dándose las manos blancas.

RETRATO DE UN PAIS

Como uno de aquellos emplumados maestros brujos que en las cosmogonías mayas pronosticaban el desastre o el apogeo de las cosas, un gran escritor de Guatemala, Luis Cardoza y Aragón, ha escrito sobre su pueblo un libro encantador y apasionante, que constituía en los días de mi última andanza mexicana uno de los mayores éxitos libreros. Se llama "Guatemala, las líneas de su mano", y aspira a ser un indispensable horóscopo de su país. Hablaban del libro por su raizal interpretación de lo criollo y lo indígena, por descubrir temas que frecuentemente se escapan a los historiadores profesionales, en todos los círculos de arqueólogos, escritores y artistas. Lo plástico y lo conceptual, la imagen y el juicio se equilibran en estas páginas simultáneamente desgarradoras y deleitosas.

Desde aquellos dioses "formadores y destructores" de que nos habla en el solemne paralelismo de sus sentencias y en extraordinarias metáforas el "Popol Vuh", la dulce y trágica tierra guatemalteca (uno de los más finos paisajes y una de las historias más viejas y turbulentas de América) fue escenario de migraciones, conquistas, violencias y sustitución de pueblos, cuya impronta se marcó en el monumental arte indígena y en las blancas iglesias y soportales de Antigua, Pompeya americana que se quedó dormida al pie de su volcán, un día lejano del siglo XVIII. Los poetas del "Popol Vuh", los constructores de Tikal; Pedro de Alvarado en su caballo de conquistador, la maravillosa crónica de Bernal Díaz, oidores, frailes, encomenderos y tiranos de alma sombría —Carrera, Estrada Cabrera, Ubico— se aso-

cian a la contradictoria tradición de Guatemala. Es tierra donde coexisten la dulzura y el temor: la suma delicadeza del "dios del maíz", especie de Apolo maya, modelado por un Praxiteles indígena que no era inferior al griego, y el sumo espanto de aquel "Señor Presidente" que noveló Miguel Angel Asturias. Y esta doble cara de un país donde se juntó la belleza con la adversidad histórica, es lo que nos transmite con la más efusiva sensibilidad el libro de Cardoza y Aragón. Libro que todos los hispanoamericanos deben leer, porque constituye, de cierto modo, un viaje y prospección de las más remotas raíces de América y el psicoanálisis poético (si estos términos pueden conciliarse) de una nación mestiza.

De acuerdo con un símbolo estético, grato al autor, y que ya había desarrollado en un estudio muy valioso sobre Arte mexicano, si los pobladores europeos nos trajeron una cultura latina y mediterránea, condujeron a Cristo y a Apolo, en latitudes indígenas como las de México y Guatemala encontraron otras culturas poseídas de espanto cósmico, de trágicas teogonías que aún gravitan, hibridizadas y mestizadas, en el alma de semejantes pueblos. Apolo y Coatlicue, dice el autor buscando los términos extremos del mestizaje cultural. Siglos, mitos y estilos de vida antípoda se ponen, así, a chocar en el alma del mexicano y del guatemalteco. Lo indígena —que pretendieron avasallar u olvidar como un mal sueño, los "científicos" positivistas que aconsejaban a Porfirio Díaz, o los reglamentos policiales del señor Ubico—, no es sólo Arte y Arqueología y maravilla para los turistas, en ruinas, ferias populares y museos, sino palpitante problema social. Se cruzan en Guatemala, un legado de mitos —que cuentan entre los más bellos de la tierra— y un paralelo legado de violencia e injusticia, que plantea su dialéctica combativa a los hombres de hoy. Porque si los indios, en sus fiestas, su liturgia, su rico arte popular, nos invitan a un mundo mágico, muy distante de la mecanizada civilización contemporánea, las gentes feudales que las explotan son como los feroces albaceas de aquellos conquistadores que seguían a Pedro de Alvarado con su jauría de mastines. Y tanto dolor, tanta angustia, ya hacía pensar a Bartolomé

de las Casas en el propio siglo de la conquista, en formar en Guatemala una provincia evangélica de la "Vera Paz", donde reinase la más ecuánime y sosegada concordia humana; donde ya no se hablara de indios y españoles, de opresores y oprimidos, de ricos y pobres, sino de hijos de Cristo. Irónicamente la provincia de la "Vera Paz" (que así continúa llamándose) es ahora el dominio monopolista de una inmensa compañía extranjera, donde los indios siguen trabajando como esclavos.

¡Qué luz para el historiador, el educador, el sociólogo, arroja este apasionante y hermoso libro! Porque tampoco sería una solución positivista, puramente técnica y cuantitativa la que resolvería el problema de semejante pueblo. Los necesarios cambios económicos para darles tierra, vestido, alfabeto, alimento o maquinaria a la norteamericana, a los indígenas, no serían efectivos si no se respeta, también, su alma cultural; si paralela a la tradición de los dominadores no se afirmase, a la vez, el legado artístico y ritual que dejaron las antiguas razas. Si de náufragos de nuestra civilización mecanizada, los indios no ascienden a la plena dignidad de hombres; si no son algo más que folklore o nota pintoresca en las procesiones, las danzas y las ferias, para elevarse a una auténtica y laboriosa ciudadanía. Fray Bartolomé de las Casas, el apóstol de la Vera Paz, aún tiene mucho que enseñar a los esclavistas de nuestro tiempo.

La conciencia de un país es en gran parte la fértil memoria de su pasado para afirmar su situación en el mundo y alumbrar su rumbo venidero. Quien no tiene Historia, vaga entre las cosas y los seres con la inseguridad y casi con la vergüenza del hijo bastardo. Que esta Guatemala, ahora tan mediatizada por las fuerzas de opresión e injusticia, tiene una gran Historia y es una de las cunas de la más vieja cultura americana, nos lo recuerda en su prosa ejemplar Cardoza y Aragón. Si ahora se fortalece en casi todos los países hispano-americanos un creciente sentimiento nacional, es como defensa de los pueblos débiles ante la libertad y la economía condicionada que le imponen los más fuertes. "¿Tantos miles de hombres hablaremos inglés?", inquiría con espanto Rubén Darío. Pero contra la valoriza-

ción puramente material de la Historia, uno de esos finos artífices de los mercados indígenas de Guatemala que describe con tanta gracia Cardoza y Aragón, pudiera darle una lección de estética y quizá de humanidad al más ensoberbecido mercader de Chicago.

Siguiendo la metáfora maya, el autor del libro ha viajado "a la ceiba de las leyendas", a la "selva de la memoria"; ha interpretado lo que en una frase admirable llama "los silencios apretujados y sumergidos" de su pueblo, o recoge el "canto rodado que se fue puliendo en el recorrido del tiempo", para darnos esta imagen en varios pisos y dimensiones de la tierra guatemalteca. Como él mismo lo dice, "ha seguido el plan de un rumbo y descripción del mismo, con finalidad poética, es decir, hambrienta de perentoria verdad práctica". Y para descubrir eso que don Miguel de Unamuno llamaba la "intra-historia", lo que está más allá de las cifras y de la estadística porque pertenece también al mundo del alma, no le sirven tan sólo los documentos —que los maneja cualquiera—, sino su intuición de gran artista. Es la mejor Historia, porque fue sufrida, soñada y sellada de sus más íntimas experiencias.

MENSAJE A LOS MERIDEÑOS

[EN EL IV CENTENARIO DE LA CIUDAD]

No puedo estar en Mérida entre mis compañeros de generación y entre las gentes más jóvenes, contando amigos muertos y abrazando amigos vivos, para celebrar el cuarto centenario de la ciudad. Espero que el Chama, el Mucujún, el Albarregas, el Milla, los cuatro ríos que la ciñen y las pequeñas quebradas que le siguen cantando, se porten bien para ese día de fiesta, y la Sierra —a pesar de los relativos nublados de octubre— estrene las nieves más limpias para el regocijo. Y haya bastantes flores en las lomas, y algunos muchachos —como cuando éramos niños— levanten en el Llano Grande sus cometas de color y de viento. Que luzca perfecto para los forasteros que la visiten ese paisaje en que suelen juntarse —como en muy pocas tierras del mundo— lo eglógico y lo wagneriano. Mérida es eglógica, mirada desde aquellas pequeñas heredades agrícolas de La Otrabanda, San Jacinto, Liria, El Vallecito, La Pedregosa, donde nunca faltaba junto al cilindro de descerezar el café y los tanques para lavarlo, la sombra hospitalaria del corredor con sus enredaderas y la silla y el buen "puntal" para el caminante. ¡Cuántas y hermosas fábulas aprendí —para que me encantaran la vida— en esas travesías campesinas! Recuerdo hasta los nombres de los caballos en que monté cuando era muchacho. Oigo con la memoria, el habla un poco arcaica, suave, cortés de las gentes que habitaban esas casas. Admiraba —contra el despilfarro, la vulgar ostentación y la precipitada moral de nuevos ricos que prevaleció después en la Venezuela del

petróleo— su comedimiento, su sencilla hospitalidad, su sosiego. Parecía que aquellas gentes habían aprendido a vivir y prever la existencia, leyendo "Las Geórgicas". Junto al mundo cotidiano de las siembras, del pañizuelo de frutos menores, de las flores que hay que cuidar para que se adornen las señoritas, no les faltaba, tampoco, su fantástico mundo memorioso en que podían hablar de "Carlomagno y los doce pares" y recordaban algún arcaico romance español. Tiempos y liturgias vivían entrelazados en una de las tradiciones más solariegas, quizás más ceremoniales, que conociera el interior venezolano. Por lo mismo que tantos cerros y páramos, ríos crecidos y selvas, nos separaban del resto del país podíamos soñar con mares y países desconocidos.

Y otra invitación a la fantasía era el escenario wagneriano que allí convive con el paisaje eglógico; ese empinamiento de cumbres que se apelotonan en el horizonte; las gargantas profundas que cortaron los ríos, las "morenas terminales" de milenarios ventisqueros; los árboles que trepan sobre las grietas de las montañas y los torrentes que brincan regocijadamente contra las peñas, como colas de caballos blancos. Sí; el paisaje de Mérida fue creado en un día de sumo alborozo por un Dios demasiado inventor que se entretenía en recortar y tajar montañas, en esparcir paletadas de color, en orquestar, desde la meseta, una sinfonía de aguas que a veces braman como el Chama en los meses más tormentosos, o apenas susurran como el Milla cuando acaricia los verdes campos de Liria. Y hay otra agua subterránea que acompaña nuestros pasos —no sé si como un perrillo o una sirena— en aquellas caminatas adolescentes, en busca de nuestra vocación, desde las alturas de Belén o de la Columna hasta la plaza del Llano. Así en la ausencia de mi ciudad, cuando pronuncio la palabra "Mérida" vuelvo a oír cantar todas las aguas y huelo todas las flores y las plantas de un inalienable territorio poético. Digo, por ejemplo (y todo merideño me comprenderá bien): "díctamo real", "cínoro", "incinillo". Me provocan las frutas que vendían en el mercado: las rosadas "curubas" de los páramos; los "caimitos" de Ejido; las raras manzanas de Pueblo Nuevo; las "piñas" de Chama; las "badeas" de la Pedregoza. Recuerdo a don Salomón Briceño, don Pedro

Enrique Jorge Bourgoin, don Emilio Maldonado, don Nicolás Brizuela que cuentan entre las gentes que amaron más las frutas, las flores, los pájaros y mariposas de Mérida.

Me pregunto qué es lo que debo a mi ciudad, y yo diría que primeramente un aprendizaje estético. Vivíamos en uno de los paisajes más singulares del mundo para que esa naturaleza tantas veces recorrida a pie o en el plácido "dos y dos" de nuestras cabalgaduras andinas, no nos marcara de su dulce e imponente fascinación. Soy todavía un jubilado jinete de mucha memoria para no saber todas las vueltas que tenía la "Cuesta del Ciego", o cómo se subía a través de cerros y "llanadas" a aquel extraño lugar paradisíaco en que ocultaba su secreto mágico la "Laguna de las flores". (Hay hasta una leyenda de un viejo hacendado que daba cita al diablo para que le trajera morocotas, aunque después se chamuscara su alma, en la boscosa y un poco sombría soledad de "La Carbonera"). Y en mi obra literaria quise reflejar algunos de los mitos, visiones y temas que debo a mi oriundez merideña. En esa tierra aprendí a amar la Poesía, y acaso un poco de sentimiento poético arraigado desde mis años mozos, me acompañó consoladamente en los peores trances de la vida.

Entre todas las ciudades de Venezuela, Mérida fue siempre labradora y estudiosa. A veces era un poco la ciudad Penélope, pues se quedó administrando su casa, sembrando sus barbechos, cosiendo sus vestidos, mientras tantos Ulises aventureros se perdieron en las sirtes del mundo. Y en toda añoranza de hijos pródigos, Mérida parece esperarnos con su cortesía y su recato hospitalario como la buena mujer de la Odisea. Como ella también, con su sosiego y su parsimonia, se negó al asedio de tantos pretendientes que rondaban con su codicia o el ruido de sus espadas junto a los muros del palacio. ¡Y cuántos pretendientes, coléricos de poderío, golpearon a la puerta de nuestras ciudades, en lo que va de este siglo! Pretendientes a dictadores, aspirantes a verdugos. Pero acaso desde las viejas aulas del Colegio de San Buenaventura que se transformaron en Universidad republicana, Mérida había aprendido bastante Derecho para no capitanear empresas de violencia. Se dijo de nosotros que éramos corteses

más que agresivos, irónicos más que fanáticos, y que a veces con demasiada calma preferimos la contemplación a la acción ciega. Aunque nunca podrá esquivarse la responsabilidad de muchos letrados que pecaron por cobardía o silencio en tantas desgracias venezolanas, fue característico de Mérida preferir siempre el jurista al caudillo. Cuando en muchas horas de mal destino nacional la vencieron y ocuparon los malos hombres de presa, la cultura autóctona se vengaba de los falsos dominadores, por el sarcasmo o la reticencia. Dejaban los merideños de asistir al baile del cacique invasor, o se mofaban de su torpeza y sus pocas letras marcándole de un apodo, ejemplarizándolo en una anécdota en las más buidas tertulias de los estudiantes. Cuando en la historia regional se citan nuestros próceres, frente a un primer civilizador de los Andes como el Canónigo Uzcátegui, mencionamos aquellos héroes niños que interrumpieron sus estudios en el Colegio de San Buenaventura para seguir a Bolívar en 1813, o aquel gran capitán de huestes juveniles, universitario que se convirtió en paladín, en primer Roldán de la República como Rivas Dávila. Después, los próceres de Mérida eran más bien catedráticos que daban sus clases de balde y se les tornasolaban de uso y vejez las levitas, cuando el cesarismo de Guzmán Blanco despojó de sus tierras y solares a la casa universitaria. Vosotros conocéis sus nombres preclaros, y si no alcancé a ver al incansable viejo Caracciolo Parra, sí asoman en mis primeros recuerdos la levita del Dr. Monsant, del Dr. Lope María Tejera. Asistí a las clases de Matemáticas y Dibujo Lineal de don Emilio Maldonado, y como tantos otros muchachos formé parte del alegre grupo que rodeaba a don Tulio para oírle muy sabrosos cuentos a la salida de su lección de Historia. Y aun en estas tierras —aparentemente tan internadas— ¡cuánta modernidad, qué aire polémico de ideas y corrientes filosóficas y literarias nos ofrecía la rica biblioteca y la vivacísima conversación de un Julio César Salas! Para un merideño de mi tiempo, aunque después se disparara por los más varios y contradictorios caminos, Mérida fue mucho más que el lugar de origen; el primero y dramático impulso del destino y la vocación. Sacamos también del alma en nuestro recuento de aconteceres, la niñez florida de frutos,

bañada en las aguas blancas de este paisaje y la adolescencia dispuesta como una flecha en las manos del arquero para rebotar contra los conflictos del mundo.

Del balance que ahora hace la ciudad labriega y estudiosa al cumplir cuatrocientos años, pudiéramos descubrir también hacia el futuro cuál es el destino y la voluntad de Mérida; qué prospecto de Historia quiere fijarse para el tiempo y las generaciones que está emplazando. Hemos dicho tantas veces que los azares y contratiempos de Venezuela dependen no sólo de la fuga y dispersión del hombre en un territorio demasiado vasto cuya naturaleza no acabamos de domesticar, sino de los desniveles de Educación que centran la Cultura, la riqueza y el poder en una escasa y privilegiada minoría, mientras las grandes multitudes permanecen fuera del tiempo histórico. Y seguir estudiando, porque cada época trae nuevas técnicas y nueva organización de los conocimientos y experiencias humanas, parece la mejor meta que puede fijarse nuestra ciudad en los días venideros. Si cuando insurgimos contra el régimen colonial, los teólogos y juristas merideños supieron escribir en una admirable Constitución de la provincia la lista de sus derechos, y lo que ya le estaban pidiendo a la cultura del siglo XIX, las disciplinas y los estudios de hoy deben adiestrarnos para conquistar otros horizontes mentales. ¡Qué bien sería que en Mérida, junto a los abogados y los médicos se formasen también los ingenieros, los físicos, los químicos, los investigadores científicos de toda índole que necesita —aun para desenvolverse económicamente— esta parte del oeste venezolano! Desde la defensa de la naturaleza azotada por un tratamiento empírico y devastador; la lucha contra la erosión, el cambio de suelos y cultivos, las obras hidráulicas para transformar en electricidad y energía la vasta agua realenga que se precipita en torrente desde la Cordillera, es parte de la tarea regional que habrá de pedirse a los universitarios merideños. La riqueza de Venezuela no es un producto espontáneo del suelo, sino de la técnica, la previsión, el cálculo y la competencia con que sepamos aprovechar las dádivas de Dios. La mejor tarea del hombre será la respuesta previsora y gallarda al cotidiano desafío que nos plantea el ambiente. Y que junto a la Tecnología y la Ciencia,

reclamos de nuestra edad para hacer más accesibles los recursos terrestres, nunca falten entre estos merideños paisanos míos, otras almas artistas y contempladoras que comprendan que también la Poesía y la Belleza son intrínsecas necesidades humanas y elevan al hombre desde una esfera de contingencia a otra más alta de libertad y felicidad. Porque lo verdaderamente libre no es el cuerpo que envejece y muere, sino el espíritu que pretende traspasar el tiempo y hacernos invulnerables a la muerte.

INDICE

Hora y deshora 7

PRIMERO: TEMAS HUMANISTICOS

Humanitas 11
Viejos y nuevos mundos 17
La UNESCO y el desafío humano 23
Respuestas al cuestionario de la Revista "América" 33
Por qué y para qué escribir 39
Humanismo, hace dos mil años 45
Literatura y sociedad 51
Vicisitudes en el arte de historiar 57
Tesoros del Bouquinista 63

SEGUNDO: NOMBRES Y FIGURAS

Menéndez y Pelayo leído otra vez 69
Todavía Sarmiento 77
Varón humanismo 85
Imagen de Mozart 95
Testimonio de Gabriela 103
Emilio Boggio y su pintura 107

TERCERO: VIAJES Y LUGARES

Caracas en 1957 121
Imagen del Brasil 137
Velada en Río 155
Calor de Coro 161
Retrato de un país 167
Mensaje a los merideños 171

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL 14 DE DICIEMBRE
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y TRES, EN LAS
PRENSAS VENEZOLANAS DE
EDITORIAL ARTE, EN LA
CIUDAD DE CARACAS

events in Venezuela and Chile during the first three decades of this century. A respect for esthetic canons, together with a mild sceptiscism and an absence of doctrinaire attitudes, underlie all his mature writings. A modest even-tempered man, he writes with a warmth tinged with gentle irony wit. Light rather than heat emerges from his discussions..."

Se han ocupado extensamente de la obra de nuestro autor críticos y ensayistas de España y América Latina como Pedro Salinas, Manuel Bandeira —el eminente poeta brasileño—, Afranio Coutinho —el gran crítico de las letras del Brasil—; Gilberto Freire, Luis Alberto Sánchez, Hernando Téllez, Germán Arciniegas, María Zambrano, Alone, Raúl Silva Castro, Amanda Labarca, Benjamín Carrión, E. Abreu Gómez, Fernando Díaz de Medina, Ernesto Mejía Sánchez, E. Anderson Imbert, José Luis Cano, etc.

Quizás el estudio más completo sobre la obra de Picón Salas es el del gran crítico chileno Ricardo A. Latcham en el extenso prólogo bibliográfico que precede a la antología de "Ensayos Escogidos", que editó la Editorial ZIG-ZAG, de Santiago de Chile en 1958.

Además, el escritor Jean A. Mazoyer ha escrito un extenso prólogo para presentar en francés la traducción del libro "Regreso de tres Mundos" que edita actualmente la Editorial Casterman de París y con la que se inaugura la colección internacional de libros titulada "La Porte du Soleil".

PUBLICACIONES DEL ATENEO DE CARACAS